

A young boy is seen from behind, walking through a shallow, rocky stream. He is carrying a long, thin pole or stick across his right shoulder. The scene is set in a forest with sunlight filtering through the trees, creating a warm, golden glow. The boy is wearing light-colored shorts. The water is clear, and the rocks are visible at the bottom of the stream.

Baruc
en el río Rubén
Abella

Annotation

¿Es cierto que somos lo que recordamos?

La vida de una familia humilde cambia por completo la tarde de verano en la que Baruc, el hijo mayor del matrimonio, se escapa de casa tras una regañina de su madre. Ésta, cautivada por un novedoso hombre pasajero, está a punto de hacer naufragar su matrimonio, a lo que su marido, en medio del desconcierto por la desaparición de Baruc, responde de forma inesperada. Entre tanto, Hugo, el pequeño de la familia, se queda en casa esperando a que regrese su hermano, a cuya sombra ha vivido siempre, mientras trata de aceptar lo ocurrido. Presos de la inocencia del narrador y cómplices de la historia, Baruc en el río nos hace buscar casi inconscientemente en nuestro interior y en aquello que hemos vivido. Con un exquisito léxico, **Abella** nos sorprende con las diferentes verdades de una sola historia con denominadores comunes: el amor y la culpa.

Baruc
en el río
Rubén
Abella

DESTINO

© Rubén Abella, 2011

© Ediciones Destino, S. A., 2011

ISBN: 978-84-233-4529-8

Depósito legal: M. 35.826-2011

S.A.C.

Ángel del cieno corta tus alas.

Álvaro Mutis

Todo empezó con el perro, ese mil leches de ojos turbios y piel atigrada que mi hermano Baruc se encontró cuando iba al río a pescar barbos. Se quedaron los dos mirándose, como si se conocieran de algo y no recordaran de qué. Baruc frunció los ojos. Ladeó la cara. Entonces esbozó esa sonrisa tan suya, una leve inclinación de la boca, apenas un trazo, que le dejaba el gesto suspendido entre el descaro y la tristeza. Reanudó su camino sin prisa, con la caña desmontada en una mano y el macuto colgado del hombro. Y el perro lo siguió.

Hoy, después de tantos años, desde la perspectiva clara e inútil de lo ya sucedido, resulta fácil leer los signos que aquella mañana de agosto presagiaban el desastre. Había amanecido con furia. Aún no eran las ocho, pero el sol —un puro fulgor blanco— calentaba ya como si fuera mediodía. Baruc avanzó por la sombra de los edificios, volviéndose cada poco para ver si el perro iba tras él. Llevaba la ropa de siempre, la ropa del río, como él la llamaba: los vaqueros desgastados, el niqui verde seco y las viejas playeras azules con bandas naranjas que Madre ya no le dejaba ponerse con la ropa de calle. En el quiosco de Leo se detuvo y pidió un chicle de clorofila y un Bisonte sin filtro. Leo estaba fuera, colocando los fardos de periódicos sobre la balda.

—No debería venderte tabaco, ¿sabes? —dijo, como todos los días.

Como todos los días, Baruc se encogió de hombros. Leo rodeó el quiosco y entró en él por la puerta trasera. No era viejo, pero lo parecía. Caminaba doblado por la cadera y resollaba con cada mínimo esfuerzo. Era calvo. Ojeroso. Y aunque apenas pasaba del metro sesenta, tenía las manos tan grandes que no le cabían en los frascos de las golosinas y debía volcarlos cada vez que quería sacar algo de ellos. Los cigarrillos sueltos los guardaba, junto con los mecheros, en una caja de hojalata decorada con una litografía del Niño Jesús.

—Tres pesetas —dijo.

Baruc apoyó la caña en la balda, sacó un duro del bolsillo y lo puso en el mostrador. El cigarrillo y el chicle los guardó en un compartimento del macuto.

—¿Y tu hermano? —dijo Leo, entregándole la vuelta.

—En casa.

—No me extraña. Con este calor, hoy no salen ni las chicharras.

Baruc cogió la caña y echó a andar de nuevo.

—¿Y ese chucho? —oyó preguntar a Leo mientras se alejaba, pero no le contestó.

Dejó atrás las casas de ladrillo marrón y postigos blancos de la calle Lepanto, cruzó la pradera del Cid, a esas horas desierta, y tomó la sirga que conducía a la Isla. Nada más pisar la ribera notó que el río estaba distinto. Abrazado por las orillas vibrantes, bajaba tan lento que había que mirar con fuerza para ver que se movía. De su superficie recalentada manaba un inusual aroma de lodo y azúcar, interrumpido a ráfagas por el hedor de los desagües. No se oían los sonidos de siempre. Ni el aleteo de las palomas, ni el zumbido de las moscas, ni el chapoteo de las carpas buscando alimento en los tramos estancados. Sólo, más allá del verdor y de los espejos del agua, el leve murmullo de la ciudad desperezándose. Baruc percibió los cambios, pero no supo qué significaban. No se dio cuenta de que aquella mañana de agosto se había

apoderado del aire la calma tensa que precede a los naufragios.

De la higuera que había atravesada en el sendero arrancó dos higos. Uno lo comió él. El otro se lo dio al perro.

—A partir de ahora, te llamas Tigre —dijo.

Caminaron río abajo envueltos en el temblor del bochorno. Acabaron de salvar la pendiente. Sortearon los herrumbrosos trampones del molino de la fábrica de harinas abandonada. Luego Baruc se quitó las playeras, se remangó los vaqueros y, con mucho cuidado, guió a Tigre a lo largo de los veinte metros de hormigón que unían la ribera y la Isla. Era un pasillo estrecho y resbaladizo, a ras de río, cubierto por una cinta de agua que tiraba de los pies como una resaca marina. Cada vez que lo cruzaba, Baruc pensaba en la muerte. Su propia muerte. Imaginaba que daba un mal paso. Que perdía el equilibrio. Que se golpeaba la nuca contra el hormigón y la corriente lo arrastraba hacia el silencio. Entonces, convertido en espíritu, en puro aliento, era testigo de sus exequias. Se veía a sí mismo tendido en el ataúd, vestido con la chaqueta azul de botones dorados, los pantalones grises y los castellanos con borlas de los domingos. En el primer banco de la iglesia estábamos nosotros. Padre estragado, mirando el ataúd con ojos de niño enfermo. Madre y yo llorando. El tío Sócrates rígido e inexpresivo como un tótem. Y los abuelos desconsolados, gimiendo «Dios mío, Dios mío». En este punto de la ensoñación, a Baruc lo asaltaba la culpa. Se sentía mal por hacernos sufrir, aunque el sufrimiento fuera inventado. Antes de volver a su cuerpo ya las aguas tirantes del río, se daba el gusto de contemplar, diseminados entre la concurrencia, los rostros arrepentidos del padre Damián, del doctor Castillo, de Margarita. De aquellos que, de un modo u otro, lo habían castigado sin causa. Era su forma de saldar cuentas. De poner las cosas en su sitio.

En la Isla la calma era honda. Baruc atravesó el macizo de álamos, castaños y chopos y se detuvo frente a la pesquera, el único lugar aquella mañana inmóvil donde el río parecía seguir respirando. Dejó en el suelo las playeras, la caña y el macuto.

—Cuídame esto, ¿vale? —le dijo a Tigre y, remangándose un poco más los pantalones, se metió en el río.

Pasó un rato cogiendo mechones de ovas, unas algas verdes que crecían en las caídas de agua. Cuando tuvo suficientes, volvió a la orilla y los escurrió. Luego montó la caña, ató un mechón al anzuelo y, entrando de nuevo en el río, dejó que el cebo se deslizara por los espumaderos.

Allí Baruc se sentía a gusto. Erguido en medio de la corriente, con los pies descalzos agarrados al limo y el dedo índice trabado en el tambor del carrete, para percibir al instante la picada de los barbos, disfrutaba de una paz que rara vez lo visitaba en otros sitios. Allí las reglas eran sencillas. No busques barbos en las aguas mansas, sino en las batidas. Las carpas, en cambio, viven en los tramos sucios y estancados, donde apenas hay oxígeno. En verano al río le gusta madrugar; abre los ojos antes de las primeras luces y se mantiene activo hasta que el calor lo aletarga. El freno del carrete hay que dejarlo flojo, para evitar que los peces se lleven el aparejo. Si el agua baja turbia, achocolatada, significa que ha llovido. Las ortigas pican, pero conservan muy bien el pescado. En septiembre se aparean las hormigas de ala. Revolotean sobre el río, se desploman aturdidas y hacen que los peces suban ávidos a la superficie. El gusano y la patata cocida son buenos cebos para las carpas. Los barbos prefieren la sanguijuela y la ova. Cuidado con las subidas del río: si el nivel rebasa la pesquera ya no se puede volver a la orilla. Allí, en la Isla, todo estaba claro. Absorto en el ir y venir

del anzuelo sobre los saltos de espuma, Baruc se olvidaba de que, fuera de ella, no entendía casi nada. No entendía que, siendo todavía joven, Leo pareciera viejo, ni que protestase cuando en realidad no le importaba vender cigarrillos a un chico de quino: años. No entendía por qué cada domingo tente que ir a misa y soportar las soporíferas homilías del padre Ateneo. No entendía la sonrisa de las chicas. No se entendía a sí mismo. Y no entendía por qué últimamente Madre se comportaba de una forma tan extraña. Estaba nerviosa y ausente. Distinta. Como en el río, Baruc percibía los cambios, pero no alcanzaba a intuir qué decían.

Aquella mañana la pesca fue floja. Sólo picaron tres barbos raquíticos —que Baruc desanzueló y devolvió al río— y un neumático que a punto estuvo de romperle el puntal. Salió del agua agotado por los empujones de la corriente. Desmontó la caña sin quitar el aparejo y, para evitar accidentes, clavó el anzuelo en la empuñadura de corcho. Luego sacó el Bisonte del macuto, lo encendió con un mechero y se sentó a fumarlo a la sombra de un chopo.

—Vaya día —le dijo a Tigre, exhalando una bocanada de humo.

Tigre había pasado la mañana persiguiendo ratas entre los matojos, sin alejarse demasiado de la pesquera, como si temiese perder de vista a su nuevo amo. Baruc le acarició el lomo y contempló hipnotizado la incesante caída del agua. En el cielo sin manchas se dibujó la estela muda de un reactor. Desde la ribera llegaban los gritos gozosos de los bañistas de la piscina del Club Hípico. En algún lugar sonó una bocina. Una bandada de gorriones abandonó las ramas de un álamo. Y por encima de todo, el sol. Grande. Hosco. Entronizado en su cenit como un dios iracundo. Cuando acabó de fumar el Bisonte, Baruc tiró la colilla al río y miró la hora en el reloj digital de plástico negro que Padre le había regalado en su penúltimo cumpleaños. Apenas legibles bajo los rayones de la pantalla, los números marcaban las dos y diez.

—Llego tarde —dijo, y se levantó precipitadamente.

En casa se comía a las dos y cuarto, para que Padre pudiera echar una cabezada antes de bajar a la tienda. Era una pauta inamovible, uno de los ritos sagrados que jalonaban y daban forma a nuestra vida familiar. Baruc se colgó el macuto en el hombro, con la correa atravesada sobre el pecho. Sacó el chicle de clorofila, lo desenvolvió y se lo metió en la boca. Siempre que fumaba, mascaba chicle para que Madre no pudiera detectarle el tabaco en el aliento. Iba a tirar el envoltorio al agua, pero a mitad de gesto cambió de opinión y se lo metió en el bolsillo. Luego cogió la caña y las playeras y, seguido de cerca por Tigre, emprendió el camino de regreso. Atravesó el macizo de árboles. Cruzó el pasillo de hormigón. Sorteó los trampones oxidados del molino de la fábrica de harinas. Una vez en la ribera, se calzó y se desenrolló los vaqueros. La tela empapada se le pegó a las pantorrillas como una segunda piel tibia y molesta. Recorrió un tramo de orilla. Remontó la sirga. Y, acosado por el ardor del mediodía, volvió al asfalto.

El timbre de la puerta sonó a las dos y media. Recuerdo la hora exacta porque, después de una espera inútil, nos acabábamos de sentar a la mesa. Padre estaba enfadado.

—Y encima viene sin llaves —dijo, negando varias veces con la cabeza.

Salió a abrir Madre. Los demás nos quedamos esperando, con la mirada fija en los platos de judías verdes y el oído atento a lo que ocurría en el *hall*. Al no oír nada, nos extrañamos un poco. Padre dejó la servilleta sobre el mantel y, con más inquietud que

enojo, fue a ver qué pasaba. Tras él fuimos el tío Sócrates y yo. Encontramos a Baruc en el centro del rellano, prudentemente alejado de la puerta. Tenía el rostro acalorado y el pelo adherido a la frente. A su lado jadeaba el mil leches, mirándonos y moviendo la cola.

—... se me olvidaron —le oímos decir, casi en un susurro.

—Has fumado. Lo huelo desde aquí —dijo Madre, y en su voz había un residuo de ira que ninguno de nosotros había escuchado antes.

Baruc, sorprendido, agachó la cabeza.

—Mírame. Has fumado, ¿verdad?

—Isabel... —empezó a decir Padre, en tono conciliador.

—Déjame —dijo Madre—. ¿Y ese perro?

—Se llama Tigre.

El tío Sócrates puso una mano apaciguadora en el hombro de Madre, pero ella la apartó con un gesto irritado.

—Ese perro no entra en casa —dijo.

Se produjo un silencio tenso, salpicado por los jadeos de Tigre.

—¿Me has oído? He dicho que ese perro no entra en casa.

—Porque tú lo digas —dijo Baruc entre dientes.

Lo dijo sin convicción, como un niño que acepta un castigo pero se niega a no plantar un mínimo de resistencia. De pronto Madre se acercó a él y le dio una bofetada que resonó como un latigazo en las escaleras del edificio. Nos quedamos todos atónitos, incluida Madre, que no había pegado a nadie en su vida. Baruc nos miró de uno en uno con los ojos brillantes. A mí me miró el último, fijamente, como queriendo decirme algo que yo no comprendí. Luego bajó un tramo de escaleras, dobló la esquina del descansillo y desapareció. Tigre lanzó un ladrido y salió tras sus pasos.

Como digo, todo empezó con el perro.

Siempre he querido a mis padres, aunque debo admitir que no empecé a conocerlos bien hasta que, ya de adulto, me puse a indagar para escribir esta crónica. De su relación, al menos de sus inicios, puede decirse lo mismo que de tantas otras: es una cuestión de versiones. Según la de Madre, ella y Padre se vieron por primera vez la mañana del domingo siete de octubre de mil novecientos sesenta y dos. Ella estaba con la abuela Palmira en la estación de trenes, esperando al abuelo Tomás y al tío Sócrates, que volvía victorioso de un torneo de ajedrez. Él llegaba de algún sitio —Madre nunca ha sabido precisar de dónde—, y se cruzó con ellas en el andén. Iba de uniforme, el del ejército de tierra, y ella pensó que nunca había visto a un hombre tan guapo. «Ya sabes cómo le sientan a tu padre los uniformes —dice cada vez que rememora la escena—. Si hasta la bata de la tienda le queda como un guante.» Y tiene razón. Padre era, y sigue siendo, un hombre bien parecido, delgado, recto, como hecho a propósito para llevar traje o atuendos reglamentarios. Además desde muy joven tuvo canas, lo que, unido a su buen porte, le daba un aire pudiente, aristocrático, que no se correspondía con su verdadero estatus. El caso es que aquel día en la estación de trenes Madre lo miró embobada y, según ella, él le devolvió la mirada.

La versión de Padre es diferente. Él asegura que no estuvo en la estación el día siete, sino el ocho lunes, para coger el regional de las cinco de la mañana a León, donde aún le quedaban por cumplir dos meses de instrucción en el campamento militar del Ferral. La mañana del domingo la había pasado en casa preparando el petate. Por la tarde fue a la sesión vermut del cine Delicias. Ponían *La chica con la maleta*, con Claudia Cardinale y Jacques Perrin. No estaba obligado a llevar el uniforme, pero se lo puso de todas formas para presumir ante los amigos y llamar la atención de las muchachas. A la salida se topó con Madre. O, mejor dicho, Madre se topó con él. Había ido al cine con dos amigas, atraída por el melodramático aspecto de la cartelera y de las fotos en blanco y negro expuestas en la vitrina. Al bajar las escaleras de la calle pisó mal y habría rodado hasta la acera si la espalda de Padre no la hubiera detenido. Él se dio la vuelta, la sujetó por los hombros y le preguntó si se había hecho daño. Azorada por el tropiezo, ella trató de sonreír y respondió que no. De modo que no le falta razón a Padre cuando dice que su primer encuentro fue más bien un accidente. Aquí las dos versiones confluyen. Al comprobar que eran tres para tres, Padre se apresuró a hacer las presentaciones y propuso ir a tomar algo al café Bonnard. Madre no podía creer su buena suerte, en especial cuando, una vez acomodados en la única mesa que quedaba libre, Padre se abrió paso entre el barullo de conversaciones cruzadas para decirle que era igual que la Cardinale. Era una exageración evidente. Madre compartía con la actriz algunos rasgos generales —el cabello castaño, la sonrisa franca, los ojos que todo lo dicen—, pero carecía de su piel cremosa, de sus formas rotundas, de su cándida voluptuosidad. Aun así el piropo surtió efecto. La envolvió en una nube de embeleso que tardó más de una hora en disiparse. Cuando quiso darse cuenta, ya se estaban yendo a casa. Se cambiaron las direcciones escritas en servilletas y se despidieron con dos besos en las mejillas, prometiendo mantener el contacto. En ningún momento mencionó Madre que había visto a Padre por la mañana. No quería mostrar sus cartas tan pronto, menos aún envanecerlo. Meses más tarde, cuando por fin se lo dijo, Padre se quedó pensando y, medio en serio, medio en broma, comentó: «Qué fatalidad, cariño. Te fuiste con el soldado que no era».

Padre era un hombre sin dudas. Sin grandes dudas, quiero decir. Podía dudar sobre qué camisa ponerse, o sobre si cruzaba o no cuando parpadeaba el semáforo, o sobre si cogía el paraguas antes de salir a la calle. Pero no tenía dudas sobre sí mismo. No

había fisuras entre quien era y quien quería ser. Desde siempre tuvo claro que él estaba en el mundo para ser padre y esposo. Un hombre de familia. Lo supo desde niño, cuando se asomaba a la ventana de su habitación e imaginaba a la futura madre de sus hijos en las niñas que tiraban tabas y jugaban a la goma en la acera. Durante el bachillerato adquirió cierta fama de seductor, gracias a la admiración que sus aires de galán de cine causaban entre las alumnas de los colegios femeninos cercanos. Una fama inmerecida, pues lo cierto es que antes de conocer a Madre, Padre sólo tuvo tres novias. Tres fracasos, teniendo en cuenta sus aspiraciones. Con ninguna de ellas duró más de dos meses. Con ninguna sintió nada comparable a lo que sintió al ver a Madre en las escaleras del cine Delicias: un vuelco repentino del estómago, acompañado de la certeza, irracional y definitiva, de que estaba a punto de conocer a su esposa.

La despedida en el café Bonnard marcó para él el inicio de una larga lucha. No con Madre, que lo adoraba desde el primer minuto, sino con la vida, que parecía empeñada en ponerle dificultades. Lo que le quedaba de campamento fue un suplicio. A los absurdos desfiles por la nieve, los gritos de los mandos, las guardias eternas en garitas heladas, el rancho escaso y las esperpénticas clases teóricas —impartidas por un sargento que afirmaba que lo que hace que una bala de cañón describa una trayectoria curva y luego caiga no es la fuerza de la gravedad, sino el propio peso de la bala—, se sumaron varios arrestos cuartelarios por limpiar mal las letrinas y llegar tarde a formación. Así las cosas, en ocho semanas Madre y él se escribieron varias cartas, pero sólo pudieron verse dos veces. Un par de citas decorosas que no les sirvieron para intimar demasiado, pero sí para confirmar sus sensaciones. En la primera dieron un paseo por el parque de los Héroes, lejos del gentío escrutador de las calles del centro. En la segunda, a pesar del frío, fueron a tomar leche helada al Salón Ideal. En ambas volvieron a casa ilusionados, convencidos de que eran lo que buscaban.

A mediados de diciembre, después de la jura de bandera, enviaron a Padre a Huesca, a la brigada de zapadores de Canfranc. Un viaje de quinientos kilómetros, bastantes de ellos entre montes. Una lejanía casi insalvable en aquellos años de trenes lentos y carreteras precarias. Quitando el permiso largo de Semana Santa, durante el que pudieron verse con sosiego, sus escasos encuentros de esa época fueron breves y estuvieron marcados por el cansancio, las prisas y la ansiedad. Padre salía del cuartel el viernes por la tarde, y entre los trasbordos —algunos de varias horas—, los retrasos y los parones inexplicables, no llegaba a casa hasta la noche del sábado. Viajaba en tercera clase, para no tener que pedir a los abuelos más dinero del preciso, de modo que además de tarde llegaba entumecido por la incomodidad de los asientos de madera y los efectos de la noche en blanco. A Madre la veía un rato después de la cena, lo justo para ponerse al día y decirse en persona lo mucho que se echaban de menos. El domingo por la mañana, todavía cansado, emprendía el viaje de vuelta, rezando para no llegar tarde a la diana del lunes.

Las citas a mataballo fueron las pasaderas iniciales de su relación, las piedras que Padre y Madre usaron para tratar de salvar la distancia. Pero el verdadero puente, el hilo que de verdad los mantuvo unidos durante aquel año y medio, fueron las cartas. Madre aún las conserva. Las tiene guardadas en una caja, en el altillo del ropero. Nunca me las ha dejado leer. «Son cosas nuestras», dice tajante, aunque con un rastro de timidez en la mirada. Lo que sí ha hecho es hablarme de ellas. Dice que al principio eran muy formales y aburridas, meros inventarios de sus actividades diarias y de los cambios del tiempo, pero que con el correr de los meses se fueron destilando hasta despojarse de lo superfluo. Lo que quedó fue la ilusión, la fe, las puras ganas de estar juntos. Yo creo que fue entonces, mientras se escribían, cuando se enamoraron de veras. La intimidad que generaron las cartas era tan efervescente, tan perfecta, que

ambos llegaron a temer que, después de aquello, la vida real no estuviera a la altura. Pero era un temor infundado. El servicio militar terminó. Padre regresó a casa y, tras una emotiva cita con Madre en el café Bonnard, en la que quedó claro que nada había cambiado, se dispuso a cumplir con su destino. Entonces la relación tropezó con un escollo inesperado.

Tanto la familia de Padre como la de Madre llevaban vidas modestas. El sueldo del abuelo Rafael, que era cartero, apenas alcanzaba para cubrir gastos. El abuelo Tomás trabajaba en la cadena de montaje de la Renault, donde ganaba lo justo para mantener a los suyos. De modo que si la abuela Palmira se opuso al noviazgo, no fue porque se sintiera superior a nadie, sino porque sabía bien lo que era vivir con poco y no quería que, una vez casada, su hija lo siguiera haciendo. En ese sentido, el plan que Padre había trazado no permitía concebir muchas esperanzas. Como no se le daban bien los estudios, había decidido que la mejor forma de salir adelante era sacando provecho a su habilidad más destacada: arreglar aparatos eléctricos. A los doce años, sin que nadie le dijera cómo, había reparado la radio Philips a válvulas en la que cada tarde la abuela Milagros escuchaba *Lo que nunca muere*, el serial de moda por aquel entonces. Más tarde reparó la nevera, el interruptor del cuarto de baño y la caja de fusibles del *hall*. A través de la abuela Milagros, que presumía de él en las tiendas, se corrió por el vecindario la voz de que el hijo del cartero lo arreglaba todo. Empezaron a traerle aparatos rotos a casa. Si eran demasiado grandes, lo llamaban para que fuese a arreglarlos. También reparó cosas en el colegio. Y después en la mili, donde no tardaron en apoderarle el Mesías, por su don para resucitar trastos muertos. Llevaba años haciendo chapuzas gratis. ¿Por qué no empezar a cobrar por ello? ¿Por qué no profesionalizar su destreza? Pediría un préstamo y abriría un negocio de reparación y venta de electrodomésticos. «Hasta aquí hemos llegado», dijo la abuela Palmira cuando Madre, henchida de ilusión, le contó los planes de Padre. Estaban en la mesa de la cocina, tomando un vaso de leche caliente antes de irse a dormir. Madre se quedó de piedra. Tras un largo silencio, la abuela meneó la cabeza y dijo: «Se acabó. No quiero que vuelvas a ver a ese chico».

Varios días después Padre llamó sin avisar a la puerta de Madre. Al abrir, la abuela Palmira se encontró con un joven erguido, vestido de traje, mucho más guapo en persona que en la fotografía que Madre le había enseñado. No le dio tiempo a preguntar qué quería.

—Me llamo Melchor Gaitán y he venido a hablar de Isabel —dijo Padre muy serio, ofreciéndole una cajita de pastas que traía sujeta de un cordel rojo.

Eran las seis de la tarde de un día de diario. Padre dice que viernes; Madre no está segura. El abuelo Tomás y el tío Sócrates estaban fuera, en un torneo. Madre había salido a hacer unas compras. Sorprendida por su determinación y por su buena planta, la abuela Palmira invitó a Padre a pasar y le ofreció asiento en el sofá del salón. Padre se sentó en un extremo. La abuela Palmira en el otro.

—Bueno, pues tú dirás —dijo, preguntándose si había hecho bien en dejarlo entrar, y puso la caja de pastas sobre la mesita del tresillo.

Entonces, sin preámbulos, de una vez y casi sin tomar aliento, Padre dijo todo lo que una madre quiere oír decir al pretendiente de su hija. Que la quería más que a nada en este mundo. Que no concebía la vida sin ella. Que para él lo más importante era la familia. Que puede que con la tienda nunca llegara a rico, pero ni a Isabel ni a los hijos que Dios quisiera darles les iba a faltar nunca de nada. Hablaba con una serenidad humilde pero concluyente, de hombre cabal, que hizo que a la abuela Palmira le

entraran ganas de abrazarlo.

—Créame, señora —dijo, para terminar—. Nunca he estado tan seguro de algo.

En ese momento llegó Madre. Se quedó inmóvil en la puerta del salón, mirándoles de hito en hito con las bolsas de la compra en las manos. La abuela Palmira carraspeó, cogió por el cordel la caja de pastas y se levantó del sofá.

—Voy a preparar el café —dijo, y antes de volverse para ir a la cocina le dirigió a Madre una sonrisa diáfana.

Cuando regresó, diez minutos más tarde, todo había cambiado. Las bolsas descansaban en el suelo, apoyadas unas contra otras como cuerpos dormidos. Padre y Madre estaban sentados en el sofá, mirándose en silencio. La abuela Palmira dejó la bandeja en la mesilla, repartió las tazas y sirvió el café humeante convencida de que ya estaban casados. Las cosas que quedaban por hacer —la petición de mano, los preparativos, la boda— no eran más que detalles.

Creo que, al menos hasta que pasó lo que pasó, Padre y Madre fueron felices. Luego, no sé. Es más fácil ocultar el desencanto que la dicha, y desde que tengo uso de razón yo siempre los recuerdo contentos, dueños de una alegría serena, sin aspavientos, que nos iluminaba a todos y nos ayudaba a salir bien parados de los baches y las encrucijadas de la vida doméstica. Discutían, cómo no, pero sin amargura. Sus discusiones eran eso, discusiones, no pretextos para saldar cuentas ocultas. De su vida íntima sé muy poco. Nunca me he atrevido a preguntarles. Por pudor, y porque sé que si lo hiciera ellos no me responderían. Pero recuerdo con nitidez los sonidos que salían de su dormitorio durante las siestas de los sábados y los domingos. Las primeras veces Baruc y yo nos reímos. Luego, de una forma tácita, adoptamos la costumbre de cerrar la puerta del cuarto de estar y subir el volumen de la televisión.

No me cabe duda de que Padre y Madre se querían. Quizás aún se quieran. Lo que me cuesta trabajo creer es que Padre no fuera consciente de lo que tarde o temprano tenía que ocurrir. Si algo he aprendido en la vida, es que las cosas rara vez suceden de repente. Por lo general las intuimos. Las vemos venir. Y aun así dejamos que nos aplasten como si fueran aerolitos caídos del cielo. No creo que en eso Padre fuera una excepción. Tuvo que parecerle extraño que, ya en su primer encuentro en el café Bonnard, Madre pidiera dos bebidas que no tenían —un zumo de naranja y un té— antes de conformarse, no sin cierto fastidio, con un simple café con leche. Tuvo que llamarle la atención lo rápido que se cansaba de todo. De la ropa. De la comida. De las rutas que elegían para sus paseos dominicales. De los programas de la radio y, más tarde, de la televisión. Y, aunque nunca dijo nada, tuvo que inquietarle la creciente asiduidad con que cambiaba de sitio los muebles de la casa. Como Baruc en el río aquella mañana de agosto, Padre tuvo que percibir las señales. Pero nunca supo o, quizás, nunca quiso interpretarlas.

3

De la tarde en que se marchó Baruc recuerdo sobre todo el silencio. Volvimos a la mesa y seguimos comiendo con la mirada hundida en el plato, aferrados a un mutismo incómodo que hacía resonar los cubiertos con una intensidad multiplicada. Nada más terminar el postre, el tío Sócrates se levantó y se fue a su casa.

—Seguro que vuelve enseguida —dijo, sin dirigirse a nadie en concreto.

Escuchamos sus pasos alejándose por el pasillo, el chasquido de la cerradura, el leve lamento de las bisagras, el golpe seco de la puerta al cerrarse. Luego, otra vez el silencio, como una nube oleaginosa sostenida por la tirantez del aire.

—No hacía falta que te pusieras así. El pobre Baruc no tiene culpa de nada —dijo Padre de repente.

Su voz sonó triste, hosca. Desconocida.

—¿Qué quieres decir? —dijo Madre, y los ojos se le humedecieron.

—Pues eso, que el chico no tiene culpa de nada.

Madre separó los labios para decir algo más, pero cambió de parecer y los juntó de nuevo. Tras unos instantes de vacilación, se levantó y se puso a recoger la mesa. Padre exhaló un largo suspiro.

—Me bajo a la tienda —dijo y, mientras lo veía marcharse, pensé que debía de estar muy disgustado para romper el hábito de la cabezada.

Hacía calor. Teníamos las ventanas abiertas y las persianas medio bajadas, pero aun así en la casa se respiraba bochorno. Ayudé a Madre a quitar la mesa. Luego me senté en un taburete de la cocina mientras ella fregaba. Nunca la había visto tan alterada. Acostumbrado a sus palabras dulces y a sus gestos amables, me asustó la brusquedad con que manipulaba los platos. Los atacaba con el estropajo enjabonado, los sumergía una sola vez en la pila de agua tibia y, chorreantes de agua y detergente, los amontonaba ruidosamente en la encimera. Entre plato y plato se pasaba el antebrazo por la frente para quitarse el sudor. Acababa de empezar con los vasos cuando, de pronto, se detuvo. Se quedó pensativa un momento. Luego arrojó el estropajo al agua, se secó las manos con un trapo y, volviéndose hacia mí, dijo:

—Voy a buscar a tu hermano.

—Voy contigo —dije, poniéndome en pie.

Por un instante me miró con los ojos de siempre. Los ojos protectores de Madre. Se acercó a mí. Sonrió. Me acarició la mejilla.

—No. Tú mejor quédate. Por si vuelve.

A continuación se puso los zapatos, se arregló el pelo, se alisó la ropa con las manos y, siguiendo los pasos de Padre y del tío Sócrates, salió de casa.

Una vez más, el silencio.

En silencio acabé de fregar los cacharros, los sequé, los coloqué en armarios y cajones. En silencio cogí el *Capitán Trueno* que había dejado sobre la cama cuando

me llamaron para comer y fui a leerlo al salón. El salón era, con diferencia, la mejor habitación de la casa. La más grande y luminosa. En el centro había una mesa redonda de cristal llena de fotos enmarcadas y cajitas de estaño repujado. El sofá de escay marrón era más amplio y mucho más cómodo que el castigado sofá cama del cuarto de estar. En un rincón, junto a la ventana, había un sillón verde con grandes orejeras acolchadas. Sobre los anaqueles de la librería se alineaban los volúmenes que, sin un criterio visible, Padre había ido adquiriendo a lo largo de los años. Una colección de premios Nobel encuadrada en plástico azul. Manuales de electrónica. La enciclopedia universal de Salvat, comprada a plazos cuando la tienda empezó a dar beneficios. Las tragedias de Shakespeare. Novelas de Miguel Delibes, Somerset Maugham y Ayn Rand. Un ensayo de Alain Peyrefitte titulado *Cuando China despierte* que, que yo recuerde, nadie leyó jamás. En la pared, encima del sofá, colgaba un óleo con un grueso marco de madera barnizada. Mostraba cuatro chopos en hilera, dos grandes y dos pequeños, sobre un fondo nebuloso de color azul. «Somos nosotros», solía decir Padre con orgullo. El salón era, como digo, la mejor habitación de la casa, y sin embargo era la que menos usábamos, pues estaba estrictamente reservada para las visitas. Yo violaba esa reserva siempre que podía. Manso y aplicado por naturaleza, esas inocuas incursiones en lo prohibido satisfacían con creces mi escasa sed de subversión y me ayudaban a entender un poco mejor a mi hermano.

Me acomodé en el sillón y abrí el tebeo por la primera página. Intenté leer, pero no pude. Quise concentrarme en las viñetas, pero no dejaba de pensar que en casa ocurría algo extraño y, por más vueltas que le daba, no lograba intuir qué era. Dejé el tebeo en el reposabrazos y me acerqué a la ventana. El barrio estaba sumido en el sopor de la sobremesa. No había gente. No había tráfico. No parecía haber ni aire. Entonces vi a Baruc. Surgió de entre los bloques de ladrillo y empezó a cruzar la calle Normandía, un pequeño paseo flanqueado de plátanos que corría perpendicular a la calle Lepanto —nuestra calle— y venía a morir a los pies de nuestro edificio. Iba un poco encorvado, como si llevara el calor sentado en los hombros. Caminaba sin prisa, con las manos en los bolsillos y la caña de pescar prendida entre el brazo y el costado. Visto a través de la calima, parecía un espejismo. Un fantasma nacido del asfalto. Tras él iba Tigre, jadeando y meneando la cola. Cuando alcanzó la otra acera, Baruc miró hacia la ventana. Al verme se detuvo, sonrió y me saludó con la mano. Yo le devolví el saludo. Permaneció quieto unos segundos, titilando en la canícula. Luego, tan súbitamente como había aparecido, se esfumó. El barrio volvió a llenarse del vacío ardiente de la mediatarde. Fue todo tan fugaz, que por un momento pensé que no había ocurrido. Me disponía a regresar al sillón cuando sonó el teléfono. Salí corriendo al pasillo y lo cogí al tercer timbrazo. Era Padre, desde la tienda.

—¿Dónde estabas.? —preguntó impaciente.

—En la habitación.

—¿Ha vuelto tu hermano?

—No.

—Dile a tu madre que se ponga, anda.

—No está.

—Cómo que no está.

—Salió a buscarlo.

—Cuándo.

—Hace un rato.

—¿Y no fuiste con ella?

—Me dijo que me quedara, por si volvía Baruc.

—Ah, vale... ¿Y qué haces?

—Nada, leyendo.

—Bueno, pues si hay alguna novedad, me llamas, ¿vale?

—Vale.

—Hasta luego, hijo.

—Hasta luego.

No sé bien por qué lo hice. Por qué no le dije a Padre que había visto a Baruc. Supongo que porque no percibí en la sonrisa de mi hermano señal alguna de desdicha, nada que indicase sufrimiento o deseos de volver a casa. La imagen que conservo en la memoria no es la de un fugitivo contrito, sino la de un rebelde desafiante, resuelto, vibrando como una aparición en las reverberaciones del bochorno. Supongo también que callé porque nada une más a dos personas que un secreto, y si había algo que yo anhelaba en aquella época era sentirme unido a Baruc. El era el espejo en el que me miraba, todo lo que, a mis trece años, quería ser cuando tuviera quince.

Después de hablar con Padre regresé al salón. Del rato siguiente sólo recuerdo los mandobles y puñetazos que el Capitán Trueno y sus amigos propinaban a los Encapuchados de la Muerte en la posada del Cuervo Negro. A eso de las seis llegó Madre. Al oír la puerta levanté la vista del tebeo y, conteniendo la respiración, seguí el sonido de sus pasos hasta la cocina. Dejé el tebeo en el sillón y fui a verla. Estaba sentada en un taburete, con la mirada extraviada. El calor le había enrojecido los pómulos. Tenía el cabello desordenado, con finos mechones húmedos pegados como algas a la frente y a las sienes. No pregunté. Me acerqué a ella muy despacio, casi temeroso, como quien se acerca al lecho de un enfermo. Entonces me arrepentí de no haberle contado a Padre lo que había visto. Comprendí que mi silencio y la angustia de Madre estaban relacionados. Madre volvió de su extravío para mirarme.

—Hay que ver lo que has crecido —dijo, como si llevara meses sin verme.

—Seguro que está bien —contesté.

Nos quedamos los dos en la cocina, Madre escuchando la radio y yo releendo el *Capitán Trueno* que me traje del salón. De vez en cuando el motor de la nevera tropezaba con algo y emitía un chirrido que tapaba las voces de los locutores y el leve paso de las páginas. A las siete llamó por teléfono el tío Sócrates. Quería saber si Baruc había vuelto. Madre le dijo que no. Poco después se presentó en casa y se sentó con nosotros. Tenía el pantalón milrayas y la camisa de manga corta arrugados, como si se hubiera tumbado a dormir la siesta vestido. Era tan alto que no le cabían las rodillas bajo la mesa, de modo que se sentó de lado, con las piernas cruzadas y el antebrazo apoyado en el tablero, igual que en las fotos que conservaba Madre de sus tiempos de ajedrecista.

—Qué calor —dijo y, sacando un pañuelo del bolsillo, se enjugó la frente.

—Qué estará haciendo este chico —dijo Madre, y durante un largo rato sus palabras flotaron sin respuesta en el apretado ámbito de la cocina.

Un poco antes de las ocho llamó Padre.

—Nada —dijo Madre.

—Voy a ver si lo encuentro antes de que se haga de noche.

—Te acompaño.

—¿Está ahí tu hermano?

—Sí.

—Pues mejor dile a él que baje.

A las ocho y cinco Madre y yo nos quedamos de nuevo a solas. Madre apagó la radio y retornó al extravío de cuando volvió de la calle. Entre viñeta y viñeta yo la miraba de reojo, intranquilo, deseando poder hacer algo para disipar la preocupación que le oscurecía el semblante. Con el declinar de la tarde el calor aflojó un poco. Por la ventana abierta de la cocina entraban briznas de un frescor lánguido, suavemente impregnado de los verdes del río. Cuando la claridad se hizo penumbra, me levanté del taburete y encendí la luz. El zumbido de los tubos fluorescentes, vacilante al principio, constante y monótono después, se fundió en un solo murmullo con los chirridos de la nevera. La música de nuestra cocina, pensé.

—¿Y si no vuelve? —dijo de pronto Madre, como si la luz artificial la hubiera sacado de golpe de su ensimismamiento.

Y sentí que, con esas palabras de angustia, el mundo empezaba a acabarse.

Ya era de noche cuando Padre y el tío Sócrates volvieron a casa. No entraron en la cocina. Se quitaron en la puerta, envueltos en un vapor de derrota. Madre les preguntó con los ojos.

—Nada —dijo el tío Sócrates.

—Hemos ido a la policía —añadió Padre—. Tienen que pasar veinticuatro horas para poder denunciarlo como desaparecido.

—¿Desaparecido? —dijo Madre.

—Han dado aviso a las patrullas, por si lo ven por ahí mientras tanto.

—Desaparecido —repitió Madre, conteniendo las lágrimas.

Padre no cenó esa noche. Dijo que no tenía hambre y se puso a llamar por teléfono a los padres de los amigos de Baruc. Sólo consiguió localizar a Ramón Pellicer, y de casualidad, porque le había surgido un imprevisto en el trabajo y había tenido que retrasar unos días el inicio de sus vacaciones. «Moncho y su madre ya están en Astorga, con los abuelos», dijo, y prometió llamar si se enteraba de algo. Cuando ya no supo con quién más ponerse en contacto, Padre se hizo un café con leche y, sin decir palabra, fue a beberse al cuarto de estar. Los demás cenamos queso y embutidos en la cocina. Hablamos poco. Las cortesías básicas de la mesa y algún que otro

comentario sobre el calor.

—Llámame si hay noticias —dijo el tío Sócrates al terminar, y se levantó para irse.

Dio dos pasos hacia la puerta. Luego se detuvo, dudó unos instantes y regresó para envolver a Madre en sus brazos. Madre rompió en un llanto mudo.

—Tranquila, tranquila. Antes de que te des cuenta, lo tienes de vuelta en casa, ya verás —dijo el tío Sócrates, acariciándole la espalda, pero su voz había perdido el aplomo del mediodía.

Madre deshizo el abrazo y se secó las lágrimas con la manga de la blusa.

—Hasta mañana —dijo el tío Sócrates.

—Hasta mañana —contestamos Madre y yo al unísono.

Aquella fue, cómo olvidarlo, mi primera noche de mal dormir. Sospechaba que el sueño iba a tardar en llegar, así que traté de cansarme leyendo. Elegí *La isla del tesoro*. Las líneas empezaron a mezclarse al principio del tercer capítulo, cuando Billy Bones, convaleciente de un ataque de apoplejía, trata de convencer a Jim Hawkins para que le traiga un cortadillo de ron. Dejé el libro en la mesilla, apagué la luz y cerré los ojos. Permanecí largo rato en un duermevela inquieto, suspendido como un títere en la frontera que separa el sueño y la vigilia. Me sacó de él el ruido de un coche pasando. Me levanté, subí la persiana y me asomé a la calle. Esperaba ver a Baruc cruzando de nuevo la calzada, con el mil leches lamiendo sus pasos. Pero allí abajo no había nadie. Sólo el silencio y la oscuridad refulgente. Bajé la persiana y volví a acostarme. Me entretuve observando las sombras que, al pasar entre las láminas de la persiana, la luz de las farolas dibujaba en el techo. Pensé con desmayo en lo distinto que podía haber sido todo si, al ver a Baruc, hubiera avisado a Padre. Él habría salido corriendo de la tienda. Lo habría encontrado. Y ahora Baruc no estaría perdido en la noche, haciendo Dios sabe qué, sino en casa, durmiendo en su cama. Me dolía tanto la conciencia, que me levanté otra vez y me dirigí a la habitación de mis padres para confesarles mi falta. Al pasar frente al cuarto de estar vislumbré un bulto tendido en el sofá cama. Pensé que era Baruc, que había entrado en casa sin que nadie lo oyera y se había acostado ahí para no despertarme, pero enseguida me acordé de que no tenía llaves. Me acerqué lentamente, con la congoja atorada en el pecho. Era Padre. Estaba tumbado de lado, mal tapado con una sábana. Tenía la parte de arriba del pijama retorcida. Las piernas separadas. Un brazo bajo el cojín que le hacía de almohada y el otro colgando como una planta sin vida. Me quedé un rato mirándolo, tratando en vano de entender. Por fin regresé a la habitación, me acurruqué en la cama y recé con todas mis fuerzas para que acabara la noche. Para que acabara el silencio.

Baruc no quiso irse como lo hizo. Siempre que iba de pesca volvía a casa agotado y muerto de hambre, deseando quitarse de encima el olor a pescado. Tampoco pensaba quedarse con Tigre. Eso no se le ocurrió hasta que Madre le prohibió hacerlo. Lo que él quería era enseñárnoslo y luego dejarlo en el rellano. Antes o después el mil leches se aburriría y regresaría a la calle en busca de otro dueño. Eso es lo que Baruc quería hacer, pero el inopinado bofetón de Madre dio al traste con sus intenciones. Si me miró de esa forma, ahora lo entiendo, fue para pedirme ayuda. Y si se marchó como lo hizo no fue por rebeldía, como todos creímos entonces, sino para darle esquinazo a la turbación. Baruc no era un insumiso, ni padecía ningún trastorno de la conducta, como se apresuró a dictaminar el doctor Castillo después del incidente de la carabina. Quizás yo no sea quién para enmendarle la plana a un psicólogo, pero sé que Baruc era un adolescente normal. Un adolescente enamorado, eso sí. Pero normal. Lo demás fue cosa del hastío y la mala suerte.

Que a Baruc le gustaba Margarita, la sobrina del padre Damián, lo sabía todo el mundo. Cada tarde al salir del colegio nos desviábamos de nuestra ruta para poder verla pasar por la plaza de las Contiendas. Era una belleza en brote. Alta. Sinuosa. Con ojos azul cobalto y gestos de diva. En cuanto distinguía a Baruc entre la gente levantaba la barbilla, apretaba la carpeta contra el pecho y pasaba frente a nosotros con una altivez insultante. Sus amigas se reían. Baruc la seguía un trecho con la mirada y se quedaba embobado contemplando su estela. La escena se repitió casi a diario durante meses, pero a pesar de las chanzas y las provocaciones de las amigas, nunca llegaron a hablarse. A él no le salían las palabras. Yo siempre supuse que a ella le faltaba interés y le sobraba orgullo. Hasta que a mediados de mayo, al ver que el curso se acababa y, con él, las ocasiones de verla, Baruc se armó de valor y se decidió a actuar. Pensando que a esas alturas las palabras ya no bastaban, se le ocurrió hacer algo grande, definitivo, que compensara de golpe su prolongada pasividad. Un domingo por la tarde, mientras nuestros padres cumplían con el ritual de la siesta, se escabulló de casa y se fue al colegio. Tras comprobar que nadie miraba, se encaramó al portón de la tapia y se plantó de un salto en el patio. Era un patio enorme, dos manzanas enteras dedicadas al esparcimiento en pleno centro de la ciudad. Había una pista de atletismo de seis calles, un campo de balonmano, tres de minibasket, una cancha de baloncesto con gradas de cemento, una piscina en desuso cubierta con un plástico verde. Había incluso unos restos de un viejo claustro: una arquería de dos alturas que, según las normas no escritas del colegio, todo alumno debía escalar al llegar a quinto. Pero lo mejor era el campo de fútbol. De tamaño reglamentario, con un césped mullido y bien cuidado, era la envidia de las ligas escolares, estoicamente habituadas a los campos de tierra. Estaba en un extremo del patio y se veía no sólo desde las aulas de nuestro colegio, sino también desde las del colegio de Margarita, que se alzaba como un espectador curioso al otro lado de la tapia. Baruc se alegró de que el césped estuviera más crecido de lo habitual. También de encontrar abierto el cobertizo de las herramientas. Sacó de él una cortacésped, la encendió y se puso a segar el nombre de la muchacha sobre la hierba. Aquí se le acabó la suerte. Contra toda previsión, el padre Damián estaba esa tarde en su clase, corrigiendo unos ejercicios de álgebra. Molesto por el estruendo del motor en la calma dominical, se asomó a la ventana y vio con estupor cómo la cortacésped trazaba el palo de la segunda A sobre la línea de medio campo.

Cuando, muchos años más tarde, traté de hablar con él para reconstruir lo ocurrido, el padre Damián ya había muerto, así que no sé si sabía que ese nombre escrito a

medias en el césped era precisamente el de su sobrina. Yo imagino que sí. Todo el mundo estaba al corriente de los desvelos de mi hermano. En un colegio, esas cosas se saben. ¿Cómo no iba a saberlo él? Además eso ayudaría a entender, al menos en parte, la violencia de su reacción. Salió enfurecido de la clase, descendió las escaleras levantándose los bajos de la sotana, entró a grandes zancadas en el campo de fútbol y, sorprendiendo por la espalda a Baruc, que no le había oído venir a causa del ruido, le asestó una fuerte manotada en la nuca.

—¡Se puede saber qué haces! —gritó, fuera de sí.

Con el ímpetu del golpe, Baruc salió despedido hacia delante y chocó con el pecho contra el manillar de la cortacésped. Se volvió asustado, con una mano en la nuca dolorida. La cortacésped siguió sola unos metros. Luego emitió un traqueteo exhausto y se detuvo.

—Pero esto qué es —dijo el padre Damián, incrédulo, midiendo con la vista el destrozo.

Levantó la mano para pegar a Baruc de nuevo, pero se contuvo. Lo agarró del cuello del niqui y, entre empujones y resoplidos de ira, lo condujo al interior del colegio. Desde el teléfono de la secretaría llamó al padre Samuel, el director. Después a nuestros padres. Al igual que el padre Damián, el padre Samuel vivía en el colegio, así que llegó enseguida. Era un hombre corpulento, de rostro amable, que imponía en los alumnos un respeto sin miedo.

—Vamos a mi despacho —dijo, cuando el padre Damián le contó lo que había pasado, y miró a Baruc con una benevolencia severa.

Nuestros padres tardaron un poco. Entraron en el despacho agarrados del brazo, desorientados. Sólo Baruc sabía lo que esa llamada de teléfono había interrumpido. El padre Samuel los llevó a la ventana y les mostró las secuelas de la fechoría: el nombre truncado, el trazo serpenteante, la cortacésped detenida como un delantero indeciso al borde del área grande. A continuación les invitó a sentarse frente al escritorio, uno a cada lado de Baruc. Fue una reunión muy breve. El padre Damián explicó que lo que Baruc había hecho era gravísimo —«un desafío escandaloso», dice Padre que dijo—, y que por ello merecía ser expulsado. El padre Samuel le escuchó, pero no dejó que el asunto fuera más lejos.

—No es para tanto, Damián —dijo, en el mismo tono pausado que empleaba para hablar con los alumnos.

Por su trastada fallida, Baruc recibió dos castigos. El padre Samuel le obligó a igualar el césped de inmediato y a segararlo cada viernes hasta que acabara el curso.

—Por lo que veo, ya sabes manejar la máquina —dijo, con una sorna muy seria.

Una vez en casa, Padre lo castigó tres fines de semana sin salir a la calle. Y eso, por desgracia para Baruc, incluía la Isla.

Vista desde nuestra margen del río, la Isla no parecía gran cosa. Un mero gajo de tierra revestido de vegetación, de unos doscientos metros de largo por treinta de ancho, permanentemente acechado por el tétrico cascarón de la vieja fábrica de harinas. Si nos decidimos a ir —un año antes de lo de la cortacésped— fue porque ya estábamos hartos de pescar entre la inmundicia de las orillas. Nos pasábamos el día esquivando basura y cúmulos de excremento, tratando de no cortarnos con los trozos de botellas rotas que minaban los caminos. Siempre que el río subía, los árboles aparecían

cubiertos de preservativos y bolsas de plástico. En una ocasión nos topamos con dos avestruces muertas. Bajaron desde una granja cercana arrastradas por la subida y acabaron colgadas de las ramas como pollos gigantes, con las plumas encostradas de limo y los largos cuellos inertes meciéndose con la brisa. Al llegar a los crampones aquella primera vez estuvimos a punto de darnos la vuelta. Nos pareció mucho riesgo para ver más de lo mismo. Pero estábamos aburridos y cualquier cosa era mejor que tener que lidiar con el tedio. Salvamos los trampones, cruzamos descalzos el pasillo de hormigón y, de pronto, nos hallamos en otro mundo, un paraje intacto, un pedazo de naturaleza prístina puesto por alguien en medio del río para que Baruc y yo lo encontrásemos.

Pasamos la mañana reconociendo la Isla, como dos exploradores en una región ignota. Así descubrimos la pesquera. Los manantiales. El campo de amapolas. La piedra sobre la que se posaban las palomas torcaces para beber el agua del río. La guarida de los conejos. El zarzal. El macizo de álamos, castaños y chopos. Volvimos al día siguiente. Y al siguiente. y casi todos los días de aquel verano inolvidable en el que Baruc y yo nos hicimos de verdad hermanos. A nuestros padres no acababa de gustarles que pasáramos tanto tiempo en el río, aunque sí que lo pasáramos juntos. Pero si no pusieron fin a nuestras excursiones fue por otra cosa. La tienda daba para pagar nuestro colegio —Padre nos mandó al mejor porque quería que, al contrario que la suya, nuestra formación fuera impecable— y para vivir sin penuria, pero no para sufragar vacaciones fuera de casa. El verano era largo. El piso, pequeño. Y la Isla, un alivio para todos. Baruc y yo no queríamos que se nos cerrasen las puertas de aquel nuevo edén, así que no dijimos nada de los trampones oxidados, ni del peligroso pasillo de hormigón, ni de las ratas que corrían a sus anchas entre los arbustos, ni por supuesto de la carabina, la Cometa V que compramos a medias con lo que ahorrábamos de nuestras propinas para hacer tiro al blanco cuando nos cansábamos de pescar. El encargado de ocultarla era Baruc. Como no cabía en el macuto, antes de entrar y salir de casa se la metía en la pernera del vaquero, con la culata apoyada en el empeine y el cañón sujeto desde el interior del bolsillo. Cuando no la usábamos, la guardaba en nuestra habitación, en el fondo del armario, tras unas cajas de juguetes viejos. En la Isla Baruc y yo éramos felices. No es que fuera de ella no lo fuésemos. Por aquel entonces éramos unos muchachos alegres, despreocupados, sin heridas profundas. Tan sólo los rasponazos propios de nuestra edad. Lo que ocurre es que allá en la Isla, dulcemente perdidos en su naturaleza insólita, no sólo nos sentíamos felices, sino que además teníamos la embriagadora conciencia de serlo.

Acostumbrado a los desahogos de la pesca y el aire libre, Baruc vadeó como pudo el primer fin de semana de su castigo. Mató el tiempo leyendo mis tebeos en la cama, caminando de un lado a otro de la habitación, mirando por la ventana para comprobar con desánimo que la vida, insensible a su cautiverio, seguía tranquilamente a lo suyo. El domingo a la hora de acostarnos, Padre se asomó a la puerta, sonrió un poco y dijo:

—Si hubieras elegido a una chica con un nombre más corto, a lo mejor no te habrían cogido.

A Baruc no le hizo gracia. Se dio la vuelta en la cama con un movimiento brusco y se quedó muy quieto, dándonos la espalda.

—Buenas noches, hijos —dijo Padre.

—Buenas noches —contesté yo, y apagué la lámpara de la mesilla.

Esperé unos minutos, para ver si Baruc decía algo. Al final fui yo quien rompió el

silencio.

—¿Te pasa algo?

—No —dijo él, y su voz sonó esquivada, como si le molestase hablar.

—La que has armado —dijo, pero esta vez no hubo respuesta.

Mientras se me ocurría qué más decir, escuché los sonidos de la noche incipiente. El murmullo de un televisor. Una persiana bajándose. El chirrido de una puerta. Alguien llamando a alguien en la calle.

—¿Por qué hiciste una cosa así? —pregunté.

—Y a ti qué te importa.

Para entonces mis ojos ya se habían habituado a la penumbra. Distinguí a Baruc tendido boca arriba, estudiando fijamente los dibujos del techo. Pensé que era mejor no insistir. Me acurruqué. Cerré los ojos. Estaba a punto de quedarme dormido cuando Baruc añadió:

—Porque tengo miedo.

—¿De qué?

—De todo.

El segundo sábado de reclusión sólo se diferenció del primero en que Baruc no quiso comer con nosotros. Se quedó en la habitación, haciendo como que ordenaba sus cosas. Durante la siesta, impelido por el hambre, entró a hurtadillas en la cocina y se llevó una cuña de queso, un pedazo de pan y unas lonchas de mortadela. El segundo domingo amaneció brillante. Nítido. Perfecto para ir a la Isla. Las normas del castigo tenían su lado bueno, pues eximían a Baruc de los incordios de los días festivos. No tuvo que ir por el pan, y eso que le tocaba. No tuvo que ponerse los castellanos con borlas ni la chaqueta azul de botones dorados. Y por encima de todo, no tuvo que ir a misa ni que aguantar la soporífera homilía del padre Ateneo. Pero estoy seguro de que habría preferido hacer todo eso antes que quedarse allí enjaulado, viendo con creciente desesperación cómo se le escapaba el día. A la una menos diez, cuando Padre, Madre y yo nos fuimos a misa, lo noté muy inquieto, como si no supiera ya qué hacer con su impaciencia. Una vez solo en casa, trató de engañar a la angustia recorriendo de una punta a otra el pasillo. No funcionó. Luego entró en la habitación, abrió de par en par la ventana y respiró con ansia el aire primaveral. Olía a agua fresca y a hierba. Sobre las aristas de los tejados se alineaban las palomas, quebrando con sus pequeñas siluetas el azul blanquecino del cielo. Los plátanos de la calle Normandía rebosaban hojas. Unos niños vestidos de domingo jugaban un partido de fútbol en la acera. Corrían con mucha seriedad en un estrecho campo delimitado por el bordillo, la fachada de una casa y los cuatro promontorios de ropa que hacían de postes. Se echaban las manos a la cabeza. Simulaban faltas inexistentes. Escupían. Imitaban los gestos que tantas veces habían visto hacer a sus ídolos. Entonces Baruc perdió los nervios. No pretendo justificarle. Nada puede justificar lo que hizo. Pero sí quiero aclarar que aquél no era mi hermano. El vergonzoso fiasco de la cortacésped, los castigos, el saber que nunca tendría valor para acercarse a Margarita, todo ello sumado a la desazón por el día de pesca perdido, lo habían revuelto por dentro hasta convertirlo en alguien que no era. O al menos en alguien que yo nunca había visto. Bajó la persiana casi del todo. Luego cogió la carabina, cargó un balín, sacó el cañón por la rendija y apuntó a una paloma.

La persiana bajada camufló el disparo. Ante la impasibilidad de la bandada, la paloma se derrumbó batiendo las alas, resbaló por el tejado y se precipitó como un ángel muerto sobre la acera. Cayó a pocos centímetros de una de las porterías. El partido se detuvo. Los niños se agolparon alrededor del cadáver. Luego levantaron la vista y buscaron en vano la causa del desplome. Baruc cargó de nuevo y volvió a disparar. Y luego otra vez. Y otra. Disparó durante más de quince minutos. Falló muchos tiros. Algunas de las palomas heridas no llegaron a caer a la acera —se quedaron en las tejas y en el canalón del desagüe—, pero las que sí cayeron fueron suficientes para transformar el improvisado campo de fútbol en un macabro espectáculo de gorjeos agónicos y plumas ensangrentadas. No contento con la degollina, Baruc dirigió su atención hacia un niño que, paralizado por el pánico en pleno caos de carreras y gritos, observaba una paloma muerta al pie de una señal de dirección prohibida. Colocó la superficie redonda de la señal en el punto de mira y disparó. El impacto del balón contra el metal reverberó con un eco alegre, como el toque de una campanilla. El niño alzó los ojos, detectó la abolladura en la chapa y rompió a llorar. Padre Madre y yo entramos en la calle en el preciso instante en que Baruc se disponía a disparar de nuevo. Vimos los cuerpos esparcidos por el suelo. Vimos a los pocos niños que quedaban en la acera mirando aterrorizados hacia un mismo punto de nuestro edificio. Vimos el cañón de la carabina asomado a la ventana.

—¡Baruc! —gritó Padre.

Casi a la vez que el grito se oyó el chasquido del disparo. El niño de la señal se volvió hacia nosotros. En su frente apareció un hilo de sangre. Bajó como un trazo rojo por su nariz, le rebasó la boca y empezó a gotear sobre el asfalto.

—¡Dios mío! —dijo Madre, y salió corriendo hacia él.

Para entonces el vecindario ya se había percatado de lo que ocurría. Había gente en las ventanas y en las aceras. Padre cruzó la calle y entró en nuestro portal. Yo vacilé unos segundos, aturdido por la visión de la matanza. Luego lo seguí. Cuando llegué al portal él ya había cogido el ascensor, así que tuve que subir los tres pisos andando. La puerta de casa estaba abierta. Entré casi sin aire, justo a tiempo para ver cómo Padre abría con violencia la puerta de nuestra habitación. Baruc estaba sentado en la cama, con la carabina sobre las rodillas.

—De dónde has sacado eso.

—La compré —dijo Baruc, con un hilo de voz.

—Cómo que la compraste. Con qué.

—Con las propinas.

Dice Padre que en ese momento le entraron ganas de matarlo. No entendía que un hijo suyo pudiera haber cometido una crueldad como aquélla. El enojo y la tensión que sentía eran tan grandes, que tuvo deseos de sacudirlo con todas sus fuerzas de abofetearlo, de agarrar la carabina por el cañón y destrozarla a golpes contra los muebles. Pero no hizo nada de eso. Lo que hizo fue subir de un tirón la persiana. El niño de la señal lloraba en los brazos de Madre. A su alrededor se había formado un espeso corro de vecinos. Hablaban unos con otros. Miraban hacia la ventana. Contemplaban horrorizados la acera sembrada de cuerpos. Había palomas que aún estaban vivas. Batían las alas y saltaban de forma espasmódica sobre el asfalto, dejando tras ellas un errático rastro de sangre. Muy despacio, Padre caminó hasta la cama y se sentó. Con mucho cuidado cogió la carabina y la dejó sobre la colcha. De

algún lugar no muy lejano llegaron los gemidos entrelazados de las sirenas de la policía y la ambulancia. Entonces abrazó a Baruc. Lo apretó contra su pecho y, acunándolo suavemente, susurró:

—Te quiero, hijo.

Así fue como Baruc acabó en la consulta del doctor Castillo. Un hombre macilento, siempre mal afeitado, con cara de querer estar en otro sitio. Baruc no se cansó de decirle que lo sentía en el alma. Por las palomas y, sobre todo, por el niño, a quien por fortuna no encontraron más que un rasguño en la cabeza. Él sólo quería asustarlo, gastarle una broma, repitió una y otra vez, pero el grito de Padre lo sobresaltó y le hizo fallar el tiro. A pesar de sus explicación al final de la tercera sesión el doctor Castillo destapó la pluma estilográfica y, en el apartado de la ficha que decía Diagnóstico, escribió: «Trastorno evidente de la conducta».

Se equivocaba, pero no era el único. En realidad todos lo hacemos. Da miedo echar la vista atrás y pasar revista a muchas de las presunciones que cimentan nuestras vidas. Cuánta ceguera. Cuánta convicción errónea. Hace unos meses vi a Margarita en una cafetería del centro. Estaba sola en una mesa, bebiendo un cortado. Llevaba puesto un elegante traje de chaqueta de color beige. Junto a la silla había varias bolsas de papel con asas, de esas que dan ahora en las *boutiques*. Mi primer impulso fue terminar mi café y marcharme. Al fin y al cabo, ni siquiera nos conocíamos. Pero la curiosidad me pudo. Me acerqué a ella, un poco sorprendido por mi audacia.

—¿Margarita? —dije, buscando sus ojos.

Ella me miró con una mezcla de cortesía y recelo. Me di cuenta de que nunca la había visto tan de cerca. Seguía siendo una belleza, pero una belleza algo triste, domesticada.

—No sabes quién soy —dije, y antes de que pudiera contestar que no, me apresuré a añadir—: Soy Hugo Gaitán, el hermano de Baruc.

—Baruc... ¿El chico aquel que iba a verme a la plaza de las Contiendas? —dijo sonriendo, como si le alegrara acordarse.

—El mismo.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? ¿Veinte años?

—Más bien treinta.

Lo dije con mala intención. Subrayé el paso del tiempo porque me molestó que no me reconociese. Yo había estado allí todas las tardes con mi hermano, pero de mí no quedaba nada. Ni el más vago recuerdo. A nadie le gusta no existir.

—Treinta años. Qué barbaridad —dijo ella, para rellenar el silencio.

Entonces lo entendí. Supe que Baruc no era el único que había bebido los vientos por ella. Que si su olvido me había resultado molesto era porque desde la sombra, desde el rincón invisible de mis dos años menos, yo también la había querido.

—Te parecerá una tontería, después de tanto tiempo, pero a mí me gustaba mucho tu hermano —dijo.

No daba esa impresión.

—Cosas de chicas. En el fondo me moría de ganas de que me dijera algo.

Sonreía con la boca, pero los ojos los tenía serios. Supuse que estaba al tanto del episodio de la cortacésped, y de las cosas que ocurrieron después. No me pareció oportuno hablar de ello.

—Tengo que irme —dije—. Sólo quería saludarte.

Mientras me alejaba, me invadió un temor extraño. El miedo del peligro inminente. De quien se va sabiendo que quien se queda le apunta con un arma. Antes de salir de la cafetería oí el sonido de una silla al arrastrarse. Luego la voz de Margarita, implorando:

—Por favor, dale recuerdos.

Mi primera noche de mal dormir me dejó un único sueño. Baruc estaba en un claro de bosque, envuelto en una medialuz azulada y brumosa que tanto podía ser el alba como el ocaso. En una mano llevaba la caña. Con la otra fumaba un Bisonte. El macuto le colgaba en un costado, con la correa atravesada en el pecho. De su interior surgió una paloma torcaz con las alas manchadas de sangre. Miró a su alrededor con un movimiento nervioso y emprendió el vuelo, salpicando de rojo mis párpados. Desperté y me volví hacia la cama de Baruc. Seguía hecha. Me incorporé. Sentado en el borde del colchón, repasé una y otra vez el sueño. Lo desmenucé. Lo desmonté y lo volví a montar, igual que hacía Padre con los aparatos rotos que le llevaban a la tienda. Pero no logré entenderlo. Quizás me faltaba intuición. O puede que, por más que nos empeñemos en creer lo contrario, los sueños no quieran decirnos nada.

El nuevo día no había traído cambios. El mismo bochorno. El mismo silencio terco. En el cuarto de estar todo estaba en su sitio, tanto que llegué a pensar que el recuerdo de Padre dormido en el sofá cama no era real, sino un fantasma de la mala noche. Madre estaba en la cocina, sentada frente a un vaso de café con leche. Al sentirme entrar me miró con los ojos vidriosos. Me incliné sobre ella y le di un beso.

—Buenos días.

—Cómo te levantas tan pronto —contestó ella, en un tono que quería ser liviano y no podía.

—Qué hora es.

—Las ocho.

—He dormido mal.

Madre sonrió con pena. Apoyó las manos en la mesa e hizo ademán de levantarse.

—Tranquila, ya lo hago yo.

Mientras ella daba sorbos pensativos al café, me preparé el desayuno. Puse a calentar la leche. Corté dos rebanadas de pan, las unté de margarina y extendí sobre ellas una gruesa capa de mermelada de albaricoque. Luego retiré el cazo del fuego y, apartando la nata con una cuchara, vertí la leche humeante en una taza. Añadí dos cucharadas de Cola Cao y le di vueltas. No demasiadas. Las justas para teñir la leche sin deshacer del todo los grumos. Me gustaba que los pequeños coágulos de chocolate se me disolvieran en la boca. En medio de la zozobra, buscamos el consuelo de las cosas triviales.

—Seguro que está bien —dije al sentarme a la mesa, para tranquilizarnos a ambos.

Al poco rato apareció Padre. Se asomó de repente a la puerta de la cocina y, sin apenas mirar a Madre me dijo:

—Llévame a la Isla.

Había perdido prestancia. Estaba despeinado y tenía la cara rígida, como si la preocupación le doliese.

—¿Y la tienda.? —dijo Madre.

—Hoy no abrimos.

Siempre que hablaba de la tienda lo hacía en plural. Nosotros. Era su forma de hacernos partícipes del negocio familiar, en especial a Baruc y a mí, sus indiferentes herederos. Aunque sabía que nuestro destino era otro —con esa esperanza nos matriculó en un colegio tan bueno—, no quería que olvidáramos de dónde veníamos. A menudo nos mandaba a hacer recados. Nos ponía a despachar si hacía falta.

Y una vez al año, por lo general en septiembre, nos encerraba con él en el taller para hacer inventario. Nosotros le ayudábamos a regañadientes. Arrastrando los pies. Sin ver relación alguna entre nuestro porvenir y aquel laberinto de electrodomésticos.

—Acaba de desayunar y nos vamos —dijo, tajante.

Salimos de casa a las ocho y media. En la calle nos esperaba el calor. Un calor vibrante e impío. Al pasar frente al quiosco nos detuvimos para preguntar a Leo si había visto a Baruc.

—Ayer por la mañana, nada más abrir —dijo—. Y luego otra vez al mediodía.

Estaba sentado dentro, con los antebrazos apoyados en el mostrador. Desde fuera parecía un muñeco de guiñol. O un recorte pegado sobre el fondo oscuro de la ventanilla.

—¿A qué hora? —dijo Padre.

—A las dos y media o así. Compró unas chucherías.

Reanudamos la marcha, pero al cabo de unos pasos Padre se dio la vuelta y dijo:

—Ya hablaremos de los cigarros.

—Qué cigarros —dijo Leo.

—Los que le vendes a mi hijo.

Al llegar a la pradera del Cid vimos pasar el camión de riego del ayuntamiento. Los chorros de agua surgían de sus costados como potentes bigotes blancos. Empapaban con fuerza la calzada y, tras rebotar en el asfalto, acababan estrellándose contra los bordillos y las puertas de los coches aparcados. Poco a poco el camión se perdió de vista. En el aire quedaron los restos de agua pulverizada, que se adherían a la piel como motas de purpurina, y un intenso olor a lluvia. Atravesamos la pradera. Una vez en la sirga, me adelanté un poco para ver cómo estaba el pasillo de hormigón. Tenía miedo de que, si el río lo tapaba, Padre pusiera el grito en el cielo y nos prohibiera volver a la Isla. Pero hubo suerte. El caudal había bajado un poco y el pasillo se elevaba ancho y seco sobre la plácida alfombra de agua. Salvamos los trampones del molino y cruzamos el río sin necesidad de descalzarnos. Luego recorrimos el estrecho sendero que, a fuerza de andar el mismo camino, Baruc y yo habíamos abierto en la maleza. Así llegamos a la pesquera. No había brisa. Por encima de nuestras cabezas los árboles se abrazaban en silencio. En el suelo, frente al río inmóvil, seguían clavadas las dos ramas en forma de horquilla en las que pocos días antes Baruc y yo habíamos apoyado las cañas. A pocos metros de ellas, medio cubierta de tierra, estaba la carpa muerta. La habíamos dejado metida en una bolsa de plástico, para que se pudriera más rápido y le salieran antes los gusanos que usábamos de cebo. Pero se nos habían adelantado las ratas. La bolsa estaba hecha jirones y de la carpa no quedaba más que una raspa monda y una cabeza sin ojos. Padre miró el cadáver con

firmeza. Luego miró a su alrededor, negó varias veces con la cabeza y chasqueó la lengua, como si quisiera quitarse de encima algún pensamiento incómodo.

—Anda, vamos. Aquí no está —dijo, poniéndome la mano en el hombro.

Cruzamos el pasillo de hormigón. Sorteamos los trampones. Yo iba tan distraído, que al llegar a la higuera no tomé la sirga que salvaba el terraplén, como hacía siempre, sino que seguí caminando por la parte baja de la orilla. Avancé por el sendero con la imagen de la carpa muerta cosida a las pupilas, angustiado por la certeza de que iba a ocurrir algo malo. Así llegamos al viejo embarcadero. Yo no lo conocí funcionando, pero Madre me ha contado que de niños ella y el tío Sócrates solían pasar allí las tardes de domingo. Nunca se subían a los botes. Apenas sabían nadar y el agua les asustaba. Además, ya en aquella época el río exudaba un tufillo sucio que les hacía mantenerse a distancia. Se sentaban en uno de los bancos de piedra, a la sombra de los álamos, y pastoreaban las horas viendo cómo iban y venían las barcas. Nada permitía ahora recordar la cándida bonanza de entonces. El embarcadero se cerró a finales de los años sesenta. Luego la corrosión y los vándalos se habían empleado a fondo, sobre todo con la flota, que había quedado reducida a una hilera de cascarones maltrechos. En un extremo del muelle se alzaba la caseta del barquero, un sencillo cubo de ladrillo encalado, cubierto con un tejadillo de uralita. Las paredes estaban llenas de pintadas. No había puerta. El hueco era un rectángulo negro.

—Vamos a mirar ahí dentro —dijo Padre.

—No —dije yo, retrocediendo.

—Cómo que no.

—Ahí vive el Ogro.

—Ya no tienes edad para creer en esas cosas.

—Es un vagabundo. Baruc y yo lo hemos visto alguna vez. Anda siempre por las orillas, revolviendo en la basura.

Padre pensó un momento. Luego recorrió a grandes zancadas el muelle y entró en la caseta. Yo lo seguí, receloso. El brusco cambio de luz hizo que al principio no viésemos nada. Lo que sí pudimos fue oler. Allí dentro apestaba a sudor, a comida rancia, a desamparo. Lo primero que logramos rescatar de la penumbra fue un colchón tendido en el suelo. Era azul y estaba cuajado de manchas. Un palimpsesto de la miseria. Luego vimos las paredes sombrías, resudadas, que parecían tener tanto calor como nosotros. A nuestra derecha, junto a la entrada, había un carro de supermercado rebosante de ropa y bolsas de plástico. Un poco más allá se alzaba un pequeño refrigerador sin corriente. En las repisas y en las baldas de la puerta abierta había tarros, latas de conserva, una bolsa de leche metida en un recipiente, un cartón con varios huevos, piezas de fruta en distintas fases de descomposición, una caja de galletas maría, un plato lleno de pechugas de pollo. Al fondo, en el rincón más alejado, hallamos un hornillo de gas de color naranja. Sobre él, una sartén forrada de mугre. Y, dentro de ella, un cuchillo de cocina con el filo ensangrentado.

Otra vez la sangre, pensé.

—Vámonos —dijo Padre.

Al darnos la vuelta para salir vimos un macuto en el suelo, junto al hueco de la puerta, y una caña de pescar apoyada en la pared. Estaba desmontada, con el aparejo puesto y

los tres tramos unidos con gomas. Padre la cogió y la estudió de cerca.

—Es la suya, ¿no? —dijo.

Me fijé en las manchas oscuras del bambú macho, brillantes como pupilas a causa del barniz y la capa de cera. En el pesado carrito Segarra. En las virolas de latón, rayadas y un poco deformadas por el uso. En el hilo de coser rojo que Baruc usaba para sujetar las anillas. Asentí con la cabeza. Padre dejó la caña donde estaba y abrió el macuto. Dentro había un mechero, una bobina de sedal, una corchera con varios aparejos montados y una caja de costura llena de plomos y anzuelos. Se quedó unos instantes absorto, con la mandíbula tensa y el ceño fruncido. Entonces, fuera de sí, se puso a revolverlo todo. Miró bajo el colchón. Hurgó nerviosamente entre las bolsas del carro. Examinó los contenidos de la nevera. Recorrió con las manos y con la vista cada milímetro de aquel cuchitril inmundo. Luego salió a la luz y empezó a buscar entre los matorrales, bajo las piedras, por los terraplenes, en las aceitosas láminas de agua mansa que flotaban junto a la orilla. Contagiado de su zozobra, me uní a la búsqueda. Exploramos juntos el trecho de tierra que va desde el puente del Perdón hasta la sirga, pero sólo encontramos basura. Derrotados, volvimos al embarcadero y nos sentamos en un banco de piedra. Quién sabe. Quizás el mismo banco en el que Madre y el tío Sócrates se sentaban a contemplar el ir y venir de las barcas. Padre se envolvió la cara con las manos y respiró hondo. Reinaba una calma trémula. El calor se había hecho más húmedo. Más líquido. El río no fluía. Era una raya verdosa, compacta, alterada aquí y allá por las ondas concéntricas que trazaban las carpas al asomarse a respirar a la superficie. Lo único que rompía el silencio aquella mañana sin aire era el murmullo de la ciudad y el gorjeo espaciado de los gorriones. De pronto extrañé a Baruc. Estábamos tan ocupados buscándolo, preocupándonos por él, que no había tenido ocasión de echarlo de menos. Añoré su voz. Su compañía. Su protectora presencia de hermano mayor. Mientras Padre se levantaba del banco y se dirigía otra vez a la caseta, me vino a la memoria algo que había ocurrido dos años antes. Baruc y yo habíamos ido a la sesión doble del cine Goya. Hoy es un cine moderno, con butacas cómodas, sonido envolvente y tres salas oscuras como nichos. Pero entonces era distinto. Tenía una platea de maderas crujientes y un anfiteatro del que no dejaban de caer cosas. La pantalla estaba muy lejos, al fondo de un ancho escenario que a veces se alquilaba para conciertos y funciones teatrales. Si cierro los ojos, aún puedo oír su penumbra. Las explosiones de risa. El quejido inquieto de las butacas. Los sustos. Las erosionadas voces de los actores. Un cine de barrio. La primera película que pusieron aquella tarde fue *Grease*. A Baruc le gustó tanto, que se pasó semanas imitando los gestos de Danny Zuko y canturreando las canciones en un inglés inventado. Incluso quiso comprarse una camiseta y unos vaqueros negros como los que lleva el personaje en la escena final, pero Madre dijo que ni hablar, que no pensaba dejarle ir por ahí vestido de esa forma. A mí también me gustó, pero no tanto. No acababa de entender cómo Danny podía ser dos personas al mismo tiempo. Luego, con la edad, supe que todos lo somos. Dos personas. Incluso más. De la segunda película sólo recuerdo una escena: un hombre mal afeitado que llama furcia a una mujer con una bata rosa.

—¿Qué significa furcia? —le dije a Baruc, pero no me oyó, o sí me oyó pero prefirió no contestarme, como hacía a menudo.

—Baruc, ¿qué es una furcia? —repetí, más alto.

Detrás de nosotros estalló una carcajada. Al darme la vuelta vi a tres chicos de la edad de Baruc comiendo pipas. Los de los extremos sonreían con malicia. El del medio, todavía riendo, peló una pipa y me tiró la cáscara a la cara. Era un muchacho grande, mal encarado, con las cejas muy juntas.

—Qué es una furcia, qué es una furcia —dijo en tono burlón, y metió la mano en la bolsa para sacar otra pipa.

Entonces Baruc se levantó, apoyó las manos en el respaldo de la butaca y, con una voz clara y desafiante, dijo:

—Como le tires otra pipa a mi hermano, te parto la boca.

—¡Shhh! —dijo alguien.

Baruc no se movió. Siguió de pie, tenso, silueteado por el fulgor de la pantalla.

—Perdona, hombre. Era una broma —dijo el muchacho, con la mano aún en la bolsa, y se encogió en la butaca.

Al volver a sentarse, el hombro de Baruc tocó el mío, y noté que temblaba.

El resto de la película lo pasé intranquilo, pendiente de lo que pudiera ocurrir a nuestra espalda. Por suerte, no ocurrió nada. Los tres chicos guardaron silencio y, cuando la proyección terminó, se dirigieron a la salida sin siquiera mirarnos.

—Una fulana —me dijo Baruc, viendo cómo se alejaban.

—¿Qué?

—Que una furcia es una fulana.

Y me dio una palmada cariñosa en la nuca.

Padre trajo de la caseta la caña, el macuto y el cuchillo ensangrentado. Tenía la mirada perdida. El pelo revuelto. La camisa por fuera, sucia y empapada de sudor. Y hablaba como si le faltara el aire, como si estuviera a punto de quedarse sin fuerzas.

—La policía dijo veinticuatro horas, pero esto lo cambia todo —dijo, alargándome el macuto, y echó a andar río arriba.

Abandonamos la orilla por el sendero que sube hacia el puente del Perdón. Aunque la pendiente era leve, el calor hizo que llegáramos arriba exhaustos. Padre se dobló hacia delante y quiso apoyar las manos en las rodillas, pero la caña le estorbaba.

—Toma —dijo, con la voz ahogada.

Mientras recobrábamos el aliento, una urraca sobrevoló nuestras cabezas y fue a posarse en un cable de la luz. Tenía el vientre blanco y el resto del cuerpo muy negro, con reflejos metálicos que brillaban como chispas bajo el sol implacable. Se acomodó. Sacudió las alas. Entonces cantó algo, un alegre fragmento de música que me resultó vagamente familiar. Alguna canción de la radio, pensé. Las notas se agarraron al bochorno, ufanas e incongruentes. Miré a Padre. Seguía encorvado, con el cuchillo en la mano. Me asaltó una turbadora sensación de amenaza. De tragedia ineludible.

—Vamos —dijo Padre, irguiéndose de pronto, y nos dirigimos a paso rápido a la comisaría de la calle Ultramar.

La ciudad respiraba despacio. Las tiendas estaban abiertas. Había gente en la calle. Había tráfico. Pero el calor hacía que todo fuese al ralentí, como la sangre de un animal aletargado. En la avenida de Marte nos detuvo un semáforo en rojo. Durante un minuto eterno vimos pasar los coches que se dirigían al puente. Cuando el semáforo se abrió

levantamos la vista hacia la calle Cuzco, justo a tiempo para ver cómo Tigre doblaba una esquina y desaparecía dos manzanas más abajo. Padre echó a correr. Yo intenté seguirlo, pero el sedal de la caña se enganchó en el retrovisor de un coche aparcado y tuve que pararme a soltarlo. Con las prisas lo enredé más. Cuando por fin logré desprenderlo, el semáforo había vuelto a cerrarse. Esperé otro minuto infinito. Luego crucé la avenida, bajé corriendo por la calle Cuzco y doblé la esquina que había doblado Tigre. Padre estaba en medio de la acera, blandiendo el cuchillo ante una mujer aterrorizada. A un lado de la mujer, en el pavimento, había una bolsa de la compra y un charco de vino. Al otro, sujeto con una correa extensible, un mil leches que se parecía a Tigre, pero no era.

—Lo siento, señora. Me he equivocado de perro —dijo Padre.

La mujer se puso a gritar. Algunos transeúntes huyeron al ver el cuchillo. A otros los paralizó el miedo. Se oyó una sirena. A los pocos segundos un coche de policía se detuvo junto al bordillo con un chirrido de frenos. De él bajaron dos agentes. Uno era mayor. De pelo blanco. Barrigudo. Con el gesto apático de quien cree que lo ha visto todo.

—Deje el cuchillo en el suelo —dijo.

—¡Este hombre quiere matarme! —gritó la señora, y el perro empezó a ladrar.

—No. No. Es un error. Yo no. .. —dijo Padre.

—Le he dicho que deje el cuchillo en el suelo.

—Yo sólo quiero encontrar a mi hijo.

Entonces el otro agente desenfundó la pistola. Era mucho más joven que su compañero, casi un niño, con un cuerpo desgarrado que no acababa de entenderse con el uniforme. Llevaba los pantalones caídos. Al levantar el arma para apuntar a Padre, la chaqueta se le subió un poco, dejando al aire una franja de camisa arrugada.

— ¿Qué haces? —dijo el policía de pelo blanco.

El policía joven no contestó. Le temblaba el pulso. Sudaba. Parecía asustado. Padre dice que al ver la pistola casi le da un infarto, pero la sensación que transmitió fue de calma. Se agachó muy despacio y dejó el cuchillo en el pavimento. El policía de pelo blanco meneó la cabeza y murmuró algo que no alcancé a oír. Luego se acercó a Padre, le esposó las manos a la espalda y, cogiéndolo del brazo, lo llevó hacia el coche.

—Vete a casa y explícale a tu madre lo que ha pasado —dijo Padre, volviendo la cabeza para mirarme.

—Acompáñenos, señora —dijo el policía de pelo blanco—. Y tú guarda eso, anda.

El policía joven enfundó la pistola y fue a sentarse junto a Padre en el asiento trasero del coche. La mujer cogió la chorreante bolsa de la compra y ocupó con el perro el puesto del copiloto. El policía de pelo blanco se puso al volante. Las puertas se cerraron con tres golpes consecutivos. Durante unos instantes el coche permaneció inmóvil, ronroneando junto al bordillo. Entonces el policía joven se bajó de nuevo, cogió el cuchillo de la acera y volvió rápidamente a montarse. A través de la ventanilla bajada del conductor llegó hasta mí el murmullo de una radio. Estaba sintonizada en una cadena de música pop. El coche se puso en marcha. Antes de que desapareciera,

reconocí la canción que sonaba: *Sobre un vidrio mojado*, de Los Secretos. La misma canción que había cantado la urraca.

Madre dice que al tío Sócrates lo volvieron raro el ajedrez y la soltería, pero a mí me parece que fue al revés, que fue su rareza —el desapego, la falta de calor, el ensimismamiento— la que lo atrajo a los escaques y lo alejó de las mujeres. Y no sólo era raro. Además había nacido con una tara congénita: no tenía voluntad. Madre me lo explicó a su modo hace ya muchos años, por la época en que el tío Sócrates empezó a comer con nosotros todos los días. «Hazte a la idea de que tu tío es una cometa —dijo, muy seria—. Si hay aire, vuela. Si no, se queda en el suelo. A él le da igual una cosa que la otra.»

El talento es siempre un enigma, y nadie en la familia llegó a entender nunca de dónde le había venido al tío Sócrates la destreza para ganar batallas sobre el tablero. Aprendió a jugar a los siete años, leyendo las instrucciones de un juego que encontró en una alacena. Antes de cumplir los ocho ya derrotaba sin esfuerzo a todos los miembros de la familia, incluido el tío Amando, un hermano del abuelo Tomás, que se jactaba de ser un *amateur* competente. La genialidad brilla con más fuerza en los hogares humildes. Deslumbrado por su fulgor, el abuelo Tomás cogió a su hijo de la mano y lo presentó a torneos infantiles. Muy pronto, al ver la rotundidad con que vencía, decidió enfrentarlo a ajedrecistas adultos. Es difícil saber hasta dónde habría podido llegar el tío Sócrates si las circunstancias hubieran sido distintas. Si en vez de jugar por inercia, porque lo sentaban frente al tablero, hubiera mostrado un mínimo de ambición. Si además de un cerebro privilegiado hubiera tenido sangre en las venas. O si el abuelo Tomás hubiera podido dejar la fábrica para acompañarlo siempre. Aun así, llegó muy lejos. Entre los nueve y los veintisiete años el tío Sócrates ganó infinidad de torneos, quedó dos veces finalista del campeonato de España y participó junto a Arturo Pomar en la olimpiada de Siegen. Y como guinda en su carrera, se vio las caras con Bobby Fischer en Madrid una mañana de marzo de mil novecientos setenta y tres. Sobre esto hay varias versiones, ya que sucedió al margen de las competiciones oficiales, pero yo me quedo con la del abuelo Tomás. Era un hombre fiable y, como a él mismo le gustaba decir, el trabajo en la cadena de montaje le había enseñado a detestar las exageraciones.

Entonces más que nunca, Bobby Fischer era una leyenda viva. Siete meses antes, el treinta y uno de agosto del setenta y dos, se había alzado con el título de Campeón del Mundo de Ajedrez al derrotar en Reykiavik al ruso Boris Spassky. La Partida del Siglo, la llamaron. No se le había vuelto a ver desde entonces. Decían que se había hecho miembro de una secta. Que vivía de incógnito en un arrabal de Los Ángeles. Que nunca volvería a jugar. Por eso, cuando el abuelo Tomás lo vio sentado en un rincón del bar Iberia, lo primero que pensó fue que los ojos lo engañaban.

—No puede ser —dijo.

Era domingo. Él y el tío Sócrates habían ido a Madrid a jugar un torneo de ajedrez rápido en el teatro de la Ópera. Se habían alojado una noche en un hostel de la calle Espejo. Una vez terminado el torneo, habían cogido sus maletas y habían entrado en el bar Iberia a picar algo antes de encaminarse a la estación del Norte. Eran las doce. El tren de vuelta a casa salía a la una.

—Perdone. Ese señor de ahí, ¿no es Bobby Fischer? —preguntó el abuelo Tomás al camarero.

—¿Bobby qué?

—Bobby Fischer, el jugador de ajedrez.

El camarero se encogió de hombros y arqueó las cejas.

—Sí que es —dijo el tío Sócrates.

Conocía su cara de sobra. Por la prensa y la televisión. Pero sobre todo porque había coincidido con él en Siegen, aunque no les había tocado enfrentarse.

—Eso me parecía a mí —dijo el abuelo Tomás.

Ajeno a su conversación, Bobby Fischer comía un pincho de tortilla. Entre bocado y bocado se quedaba pensativo, con el tenedor suspendido en el aire. Aunque hacía fresco, él iba en ropa de verano: sandalias, pantalón bermudas y una camisa de manga corta con un estampado de orquídeas y hojas de palma. Su cuerpo estaba allí, de eso no había duda. Pero el resto estaba en otro sitio.

—¿Qué hacemos.? —dijo el tío Sócrates.

—Pues qué vamos a hacer, hijo. Ir a saludarlo.

Bobby Fischer no se inmutó al verlos aparecer a su lado, y eso que el tío Sócrates es un hombre imponente. Mide más de uno noventa y es muy corpulento, lo que, unido a su cabello y bigote rubios —herencia, según la abuela Palmira, de nuestros antepasados celtas—, le da un aspecto de vikingo airado que no encaja con su natural desidia.

—¿Es usted Bobby Fischer.? —dijo el abuelo Tomás.

Bobby Fischer no contestó.

—Dile tú algo.

—Qué.

—No sé, cualquier cosa.

—¿Quiere usted jugar una partida?

Bobby Fischer lo miró sin comprender. Ante el fracaso de las palabras, el tío Sócrates sacó del bolsillo de la chaqueta un juego plegable de ajedrez y lo puso sobre la mesa. Tanto él como el abuelo Tomás esperaban uno de los ácidos exabruptos por los que el maestro era mundialmente conocido. Para su sorpresa, Bobby Fischer apartó el platillo vacío, barrió las migas de pan con la mano, desplegó el tablero e hizo un gesto al tío Sócrates para que se sentara. Así dio comienzo la que, de haberla documentado alguien, habría pasado a la historia como la más excéntrica de las partidas. La Partida del Bar Iberia, habría habido que llamarla. Una partida insólita, irrepetible, que enfrentó en el corazón de Madrid a un hombre sin voluntad y al mejor ajedrecista del siglo veinte. Sólo hay una foto. La sacó el abuelo Tomás con la Kodak Brownie Fiesta que llevaba a los torneos, y no hay más que echarle un vistazo para entender por qué no hubo otras. En la mitad derecha de la imagen aparece el perfil del tío Sócrates inclinado sobre el tablero. La mitad izquierda la cubre la palma desenfocada de una mano. Tras ella, entre los dedos abiertos, se ven la frente fruncida y los coléricos ojos de Bobby Fischer.

Se han dicho muchas cosas de aquel inopinado encuentro. Se ha dicho que, al enterarse de quién era el turista de la camisa estampada, los clientes del bar se

agolparon a mirar frente a la mesa. Que enseguida se corrió la voz y en cuestión de minutos los curiosos desbordaron el local y se derramaron calzada abajo hasta la esquina de la calle Amnistía. También he oído decir que a eso de las tres se presentaron los del Nodo, pero que no llegaron a filmar nada porque no les dio tiempo a montar el equipo. Todo falso. Tan falso como la fotografía firmada de Bobby Fischer que aún cuelga en la pared del bar Iberia. Bulos esparcidos por el dueño para dar publicidad al negocio. Lo cierto, como no se cansó de contar el abuelo Tomás, es que casi nadie se fijó en ellos, y que los pocos que sí lo hicieron no creyeron que fuesen otra cosa que lo que parecían: dos amigos midiendo fuerzas sobre el tablero. Digan lo que digan, la verdad es que Bobby Fischer y el tío Sócrates jugaron en silencio y sin molestias. Si la partida tuvo la repercusión que tuvo no fue porque atrajera a una muchedumbre, sino porque poco antes del final acertó a pasar por allí uno de los organizadores del torneo de ajedrez rápido en que acababa de participar el tío Sócrates. Fue él quien hizo llegar la noticia a la prensa.

No se conocen los detalles de la partida. El abuelo Tomás fue de poca ayuda. Aunque llevaba dieciocho años respirando ajedrez, su comprensión del juego no pasaba de los rudimentos. Se sabía al dedillo las fechas y las normas de las competiciones, pero no entendía la diferencia entre una apertura Reti y el gambito letón. Al tío Sócrates llevo años preguntándole, pero nunca me ha contado nada. Dice que eso fue hace mucho. Que se le ha olvidado. No le creo. ¿Cómo se le va a haber olvidado su partida más importante? A mí me parece que no cuenta nada porque no le gusta acordarse del hombre que fue. Sea como sea, lo único que se sabe con certeza de aquel encuentro histórico es que fue muy reñido, que duró cuatro horas largas y que ganó el tío Sócrates. Después del jaque mate, el atónito campeón del mundo se quedó un rato absorto, buscando sus errores entre las ruinas de la partida. Luego estrechó la mano del tío Sócrates, se levantó de la silla y se fue. No volvió a jugar un torneo oficial hasta mil novecientos noventa y dos. Me gusta pensar que fue a causa de aquella derrota.

El abuelo Tomás y el tío Sócrates tardaron un poco más en marcharse. Primero llamaron a casa desde el teléfono público del bar, para tranquilizar a la abuela Palmira y explicarle el motivo del retraso. A continuación pagaron la cuenta: dos Coca-Colas, una ración de calamares a la romana y el pincho de tortilla de Bobby Fischer. Camino de la puerta se les acercó el organizador del torneo de ajedrez rápido. Efrén Gamboa, dijo que se llamaba. Dio la enhorabuena al tío Sócrates y se interesó por los avatares de la partida. No logró sacar nada en limpio. Entonces preguntó si alguien había tomado fotografías.

—Yo he hecho una, pero no sé si habrá salido —dijo el abuelo Tomás.

Efrén Gamboa le extendió su tarjeta.

—Mándeme una copia, por favor. Esto tiene que saberse.

El abuelo Tomás agarró la tarjeta, le dirigió una mirada rápida y la metió en el bolsillo de la camisa. Luego él y el tío Sócrates salieron corriendo hacia la estación del Norte. Cogieron por los pelos el regional de las cinco.

Una semana más tarde se desató la locura. La foto única de la partida apareció en la primera página de los periódicos, acompañada de un arrebatado texto de Efrén Gamboa que exhortaba a celebrar el talento patrio. De la noche a la mañana, el tío Sócrates se convirtió en un héroe nacional. El español que batió a Bobby Fischer. Daba igual que hubiera sido en secreto. O que no existieran datos de la partida. Lo que de verdad importaba era que había derrocado al rey. De pronto lo paraban en la calle.

Recibía cartas de felicitación. Lo llamaban de la televisión y la radio. Hasta Franco se interesó por él y lo invitó a cenar en El Pardo. Él se dejaba llevar de un sitio a otro con la misma indolencia con que se dejaba llevar a los torneos.

Después del clímax, se precipitó el derrumbe. El abuelo Tomás falleció de un infarto a mediados de mayo. Llevaba años viviendo al límite, cumpliendo como podía con las exigencias de la fábrica y con el calendario de los torneos, y el corazón no le dio más de sí. Yo iba a cumplir seis años. Sé que me puse muy triste, y sin embargo del entierro sólo recuerdo dos cosas: el rostro estragado de la abuela Palmira y el daño que me hacían los zapatos. A veces la memoria me confunde. Tras una decadencia en barrena, la abuela Palmira nos dejó el treinta y uno de agosto, exactamente un año después de que Bobby Fischer venciera a Spassky en Reykiavik. El médico dijo que fue un cáncer de páncreas. Madre cree que lo que de verdad la mató fue la pena. Privado del motor que lo movía, desprovisto de todo referente, el tío Sócrates dejó los torneos y siguió siendo quien era. Un hombre frío y desnortado, a quien daba igual ir que venir. Una cometa al arbitrio del viento. El Estado le concedió una pensión. Con eso y con lo poco que había ganado en el ajedrez, se instaló en una vida vacía. Tenía a su disposición las horas. Los días. Los meses. Pero no sabía qué hacer con ellos. Dormía hasta tarde. Escuchaba la radio. Paseaba. Malcomía. Veía la televisión. Jugaba largas partidas contra sí mismo. Un hombre sin apetencias en una casa sin gobierno. Alarmada por su rápido deterioro, Madre se hizo cargo de las tareas domésticas y, después de consultarlo con Padre —«La familia es lo primero», dijo Padre con resignación—, le propuso venir a comer y a cenar con nosotros.

Durante siete años esas comidas fueron su único contacto humano. No leía el correo ni escribía cartas. No hablaba con nadie. La gente lo olvidó rápido. De su fama fugaz sólo quedaron un álbum de recortes de prensa, meticulosamente recopilados por el abuelo Tomás, y el saludo cada vez más infrecuente de algún desconocido en la calle. Hasta que, una noche de junio de mil novecientos ochenta, el tío Sócrates cambió. Sé lo que ocurrió por Lope Bolívar, un ajedrecista local que habló con él dos meses más tarde, el día en que se fue Baruc. «No lo veía desde antes de la partida con Bobby Fischer y me sorprendió lo hablador que estaba. Supongo que se sinceró conmigo porque nos conocíamos de siempre», dijo Lope Bolívar, que me llamó para contármelo al enterarse por un amigo común de que estaba escribiendo esta crónica. Aquella noche de junio el tío Sócrates tuvo una experiencia insólita, que arroja luz sobre los pliegues más ocultos de su carácter. Todos pensábamos que llevaba su rareza sin desasosiego, con cierto orgullo incluso. Lo que hizo deja claro que no soportaba ser quien era. Duele imaginar lo que debe de haber sufrido. Harto de sus propias deficiencias, de vivir entre humanos sin acabar de serlo del todo, cerró todas las ventanas de la casa, abrió la llave del gas y se tumbó en la cama a esperar la muerte. No sintió temor. Sólo la paz que precede al sueño. De pronto se acordó del pájaro, el jilguero cantor que Baruc y yo le habíamos traído del río para que le hiciera compañía. Lo tenía en una jaula con un pie metálico en el salón, y su cuidado era la única tarea doméstica de la que se ocupaba él mismo. Cambiaba a diario el agua y el alpiste. Retiraba el papel de periódico cubierto de deposiciones y restos de comida. Lavaba los platos y las perchas. «No merece morir conmigo», pensó. Entonces se levantó de la cama, cruzó a oscuras el pasillo y entró en el salón. Descolgó la jaula del gancho. Abrió con la mano libre la ventana. Luego abrió la puerta de la jaula. «Vete. Eres libre», dijo, asomando la jaula a la noche. Pero el jilguero no se movió. Se quedó en la percha, picoteando el vacío. «Vamos», insistió inútilmente el tío Sócrates. Entonces le sobrevino el cambio. Entendió la firmeza del pájaro como un gesto de lealtad, y se emocionó. Y por primera vez deseó algo: prefería vivir a estar muerto. «Pues si tú no te vas, yo tampoco», dijo sonriendo. Cerró la puerta y colgó la jaula. Luego cerró la llave del gas, abrió el resto de las ventanas y, cuando el

aire volvió a ser respirable, se acostó.

No puede decirse que a partir de esa noche el tío Sócrates fuera otro. Siguió siendo raro, pero su rareza se hizo más humana. Más cariñosa. Poco a poco se fue acercando a nosotros. Empezó a hablar más. De vez en cuando echaba a Padre una mano en la tienda. Algunas tardes, después de comer, se quedaba a charlar con Madre en la cocina. Hablaban mucho de la abuela Palmira y del abuelo Tomás. «Las palabras nos ayudaban a mantenerlos vivos», dice Madre. O al menos, digo yo, evitaban que muriesen del todo. Y luego vino aquel abrazo cuando se marchó Baruc. El primero, asegura Madre, que el tío Sócrates le había dado en su vida. Lo que sí puede decirse, por tanto, es que a partir de esa noche el tío Sócrates, el hombre sin voluntad, el español que venció a Bobby Fischer, salió de su letargo y empezó a vivir con los vivos.

Baruc bajó las escaleras igual que podía haberlas subido. Estaba tan desconcertado por la bofetada de Madre, que no supo bien lo que hacía hasta que dejó atrás el relativo frescor del edificio y se vio de nuevo expuesto a los rigores de la canícula. Lo primero que pensó al echar a andar fue en el doctor Castillo. Llevaba tres meses asistiendo a su consulta y empezaba a vislumbrar indicios de que el fin de la terapia se acercaba. Las sesiones eran ahora quincenales, no semanales como al principio. Y de vez en cuando el doctor dejaba caer alentadores comentarios sobre sus progresos y su pronta recuperación. «Esto lo echa todo a perder», pensó Baruc, desazonado. El doctor Castillo interpretaría su espantada como un retroceso e intensificaría las sesiones para tratar de subsanarlo.

—Buena la hemos hecho —le dijo a Tigre, que lo seguía de cerca.

El aire quemaba. Las casas proyectaban una sombra escuálida. Baruc estaba cansado y tenía hambre. En el quiosco de Leo compró una bolsa de patatas fritas y un surtido de gominolas.

—¿Vuelves al río?

Baruc no se molestó en contestar. Pagó, guardó las gominolas en el macuto, abrió con los dientes la bolsa de patatas fritas y se puso a comer mientras caminaba. Cada poco se detenía para darle una patata a Tigre o para recolocarse la caña bajo el brazo. Recorrió los ardientes bloques de ladrillo, las aceras de alquitrán recalentado, la luz abrasadora de la mediatarde. Bajó al río por la sirga y, después de arrancar de la higuera un puñado de higos, buscó refugio en el verde espesor de la Isla. Se sentó bajo un chopo y acabó de comer sus provisiones mientras Tigre corría de un lado para otro ladrando y persiguiendo a las ratas. Calmó la sed en uno de los manantiales. El manantial de las Rocas, lo llamábamos. Una herida pétrea de la que brotaba un hilo de agua límpida. Luego se tumbó en la hierba, apoyó la cabeza en el macuto y, arrullado por el murmullo de la pesquera, se quedó dormido. No soñó nada, pero volvió en sí con la sensación de que en la inconsciencia del dormir había ocurrido algo importante. Por más que lo intentó, no logró recordar qué era. Tardó un rato en despertarse del todo. En saber dónde estaba y por qué. Las sombras habían crecido un poco y eran ya casi tan largas como las cosas. El mundo, deslavado durante el lapso blanco del mediodía, había recuperado parte de su color. Baruc se estiró. Miró hacia la ciudad, hacia la valla metálica del Club Hípico, y sintió un fuerte deseo de volver a casa. Echó de menos la tibieza de nuestro cuarto. La merienda en la cocina. Los cuidados de Madre. Además, empezaba a aburrirse. Quena regresar, pero se lo impidió el orgullo. Quería despedirse de Tigre y reincorporarse a su vida —a nuestra vida— como si no hubiera pasado nada. Pero sí había pasado algo. Madre le había dado una bofetada. Una bofetada inmerecida y cruel. No podía volver así como así, por iniciativa propia, pensó mientras recogía las cosas y abandonaba la Isla. Tenían que pedirle que lo hiciera.

Baruc vagó por el barrio durante horas, con la esperanza de que alguien lo viese y lo llevara a casa. Cuanto más lo pienso, más increíble me parece que no se topara con Madre. Los imagino a ambos deambulando por las calles, ansiosos, buscándose sin encontrarse. Imagino también a Dios, o a quienquiera que dirija nuestros pasos, apoltronado como un niño grande en las alturas, manejando muerto de risa los hilos de su perverso guiñol. Pero más increíble aún me parece que, por segunda vez en aquel día funesto, yo no fuera capaz de interpretar la mirada de mi hermano. Que al verlo desde la ventana percibiera resolución y desafío donde, ahora me doy cuenta, sólo

había anhelado de volver con los suyos. No dejó de pensar que si hubiera sabido leer lo que decía su rostro, nada de lo que ocurrió después habría ocurrido. Me equivoqué. Guardé silencio y lo abandoné a su suerte. Y todo por no saber ver. Por no entender que lo que su sonrisa pedía no era complicidad en su escapada, sino que lo salvaran de sí mismo. Pobre Baruc. Qué solo debió de sentirse al advertir que nadie iba a hacerlo. A las ocho, justo antes de que Padre y el tío Sócrates salieran a buscarlo, volvió al río. Pasó el final de la tarde recorriendo la orilla, disgustado, decidido a no regresar jamás. Prefería pasar el resto de su vida vagando con Tigre antes que volver a una casa donde nadie lo echaba de menos. La puesta del sol le desmadejó el aplomo. La oscuridad fue borrando las cosas. Los árboles. El agua. Los senderos. La basura. En cuestión de minutos todo quedó inmerso en una negrura silente y amenazadora. Baruc sintió miedo. Caminó unos metros más. Se detuvo. Acarició a Tigre. Miró el reloj, pero no pudo leer los números. Apretó un botón y comprobó la hora en la pantalla iluminada: las nueve y cincuenta y uno. «Ahora deben de estar cenando», pensó. Estaba a punto de rendirse, de volver con nosotros cuando, orilla arriba, vio encenderse una luz en la caseta del viejo embarcadero.

Fue Baruc quien le puso el mote al vagabundo. El Ogro. Un mote acertado, pues se trataba de un hombre renegrido y adusto, que refunfuñaba en voz alta y mantenía coléricas disputas con interlocutores invisibles. Tenía el pelo largo y enmarañado e iba vestido con una gabardina inmunda, ceñida a la cintura con un cordel deshilachado. Quizás algún día fue beige. O color hueso. Pero la intemperie y la miseria la habían teñido de un marrón achocolatado, como el del río cuando llovía. Llevaba unos pantalones azul marino y unos zapatos sin cordones encostrados de mugre. Baruc y yo lo veíamos de vez en cuando por la orilla, empujando un carro de supermercado rebosante de bolsas, hurgando entre la porquería que infestaba el terraplén y los senderos. Siempre nos causó temor. Parecía un enajenado. Un loco agresivo y malévol. En definitiva, un ogro. En circunstancias normales, Baruc se habría mantenido alejado de aquella luz amarillenta, que brillaba como un faro engañoso en la negrura del río. Pero esa noche las cosas habían cambiado. Detenido en la penumbra, reconfortado por los jadeos de Tigre, a Baruc le pareció que en realidad el Ogro y él no se diferenciaban en mucho. Descorrió la cortina del miedo y, al pasar al otro lado, sintió que los dos estaban en el mismo barco. El barco escorado y triste de los excluidos. De los que nadie busca. De los olvidados. Entonces echó a andar hacia la luz. Cruzó decidido las sombras y se dirigió a la caseta con la naturalidad de quien va a visitar a un amigo.

Dicen que al final todo se sabe, pero no es más que una frase hecha. A mí me parece que al final se sabe tan poco como al principio. Al menos así me siento yo con respecto a lo que aquí cuento. Llevo años atando cabos. Recordando. Preguntando a quienes jugaron algún papel —por pequeño que fuese— en esta historia. Cotejando sus testimonios y llenando las lagunas con intuiciones plausibles. Esforzándome por reconstruir el esqueleto de lo ocurrido a partir de los huesos que han sobrevivido al pasado. Y a pesar de mi empeño tengo la sensación de que lo fundamental se me escapa. De que la verdad —lo esencial, lo que nadie dice— sigue oculta bajo el impenetrable manto de las apariencias. Sepultada bajo los cascotes de lo superficial. Nada hace más ruido ni despista más que lo accesorio. Sé, por ejemplo, que Madre tuvo una relación con otro hombre cuando llevaba dieciséis años casada con Padre. No lo sé por ella, debo aclarar, sino por el tío Sócrates, que desde que volvió con los vivos ha sido el confidente de su hermana. Conozco los detalles de su singular idilio —cómo se conocieron, dónde se veían, qué hacían durante sus citas—, pero sigo sin saber los porqués. Sólo me queda conjeturar.

Padre y Madre se querían —eso ya lo he dicho—, y además se llevaban bien. Comparado con otros matrimonios que he conocido, el suyo no sólo seguía a flote después de tanto tiempo, sino que conservaba la mayoría de las velas intactas. Tras las tormentas y calmas chichas de rigor, habían conquistado un sano equilibrio entre el amor de dos y las servidumbres de la familia. Una unión sólida, firmemente asentada en la devoción a los hijos y en la atención a los ardores del cuerpo. De lunes a viernes estaban tan ocupados —él, vendiendo y arreglando electrodomésticos; ella, llevando como un hada tenaz las riendas de la casa—, que sólo se veían para las comidas y para acostarse juntos, cariñosos pero exhaustos. Los fines de semana daban largos paseos. Hacían el amor en la tenuidad de la sobremesa. Y hablaban. Hablaban mucho. Uno de mis recuerdos más nítidos es el de Padre y Madre poniéndose al día en el cuarto de estar el viernes por la noche, mientras veíamos el *Un, dos, tres* en la televisión. Se hablaban tanto y con tantas ganas, que Baruc y yo nos pasábamos el programa protestando, pidiéndoles que bajasen la voz o que se fuesen a charlar a la cocina. Pero entonces, si se entendían tan bien, ¿por qué se dejó Madre seducir por otro hombre? ¿Qué la llevó a arriesgarlo todo por una aventura furtiva? He pensado mucho en ello, y sólo se me ocurren dos explicaciones. La primera está relacionada con su forma de ser. La de ambos. Porque, a pesar de sus claras avenencias, lo cierto es que tenían personalidades contrarias. Padre era un hombre realista, de afectos estables, que abrazaba con total naturalidad su papel en este mundo. Un hombre sin dobleces. Sin complicaciones. A Madre la quería tal como era. Con lo bueno y con lo malo. Sin letra pequeña. No deseaba que cambiase, ni esperaba que hiciese cosas que nunca había hecho. No era amigo de las sorpresas. Madre, en cambio, esperaba sorpresas a la vuelta de cada esquina. Sorpresas que nunca llegaban. Era inquieta. Se cansaba con facilidad de las cosas. Y vivía con la incómoda sensación de que se estaba perdiendo algo. De que la vida de verdad sucedía en otra parte. Ese descontento crónico e irracional podría explicar su inveterada afición a los pequeños cambios. Cambiaba constantemente el orden de los muebles. Los guisos de las comidas. Las marcas de los productos que compraba. Las cadenas de la radio. Los manteles. Las cortinas. Las rutas de los paseos con Padre. Por suerte, a Baruc y a mí siempre nos mantuvo al margen de su impaciencia. Porque éramos sus hijos, supongo. Porque cambiábamos demasiado rápido como para cansar a nadie. Porque nos adoraba. Pero era cuestión de tiempo que el virus de su insatisfacción pusiera las miras en Padre. Lo que me sorprende es que tardara tanto. Mi primera explicación: Madre era

feliz, pero engañó a Padre porque se había aburrido de serlo. Extraño, pero posible. La segunda es más sencilla y tiene que ver con la ignorancia. O, como a algunos les gusta llamarla, el misterio. Creo que Madre tuvo una aventura con aquel hombre porque no lo conocía de nada. Y sobre todo, porque nunca llegó a conocerlo. La ignorancia —el misterio— hizo que le atribuyera cualidades de las que seguramente él carecía. La ignorancia —el misterio— la llevó a saltar al abismo. Pero, como digo, sólo son conjeturas.

De lo que sí tengo certeza —si es que se puede tener certeza de algo— es de que Madre vio por primera vez a aquel hombre una lluviosa mañana de marzo de mil novecientos ochenta, en el autobús, cuando iba a visitar a la abuela Milagros, que estaba en la cama con gripe. Además del paraguas, Madre llevaba una bolsa con limones y languadinas, para hacerle la comida a la enferma. Con tanto estorbo le costó trabajo subir los peldaños metálicos y sacar la cartera del bolso para pagar el billete. El autobús iba lleno, así que se resignó a hacer el viaje de pie. Se colgó el paraguas del antebrazo y se agarró a una barra. Iba a dejar la bolsa en el suelo cuando un hombre —aquel hombre— le ofreció su asiento. Era alto. Pálido. Con el pelo muy negro. Y llevaba el mismo abrigo de espiguilla gris que Madre había visto esa misma mañana en Galerías Preciados. «Es perfecto para Melchor», se había dicho. Pero tras los excesos de las Navidades la economía familiar no estaba para más gastos. Además, ya faltaba poco para que llegara el buen tiempo. «Qué casualidad», pensó, mirando el abrigo mientras el hombre se levantaba. Normalmente habría rechazado el ofrecimiento. Era una mujer joven y sana. Y aunque le gustaba que los hombres fueran atentos, en el fondo encontraba esa clase de gestos un poco condescendientes. Pero llevaba toda la mañana haciendo recados y tenía los pies molidos. Además, los ojos del hombre —grandes, algo caídos en los extremos— y el suave olor a almizcle que desprendió al moverse le inspiraron confianza.

—Gracias —dijo sentándose con un suspiro y, como para justificar su aceptación, añadió—: Los pies me están matando.

El hombre sonrió. Los ojos se le estiraron hasta convertirse en dos finas líneas que le daban un benévolo aire oriental. Madre se colocó el bolso en el regazo. La bolsa y el paraguas se los puso entre los pies. Se volvió hacia la ventanilla, pero apenas pudo ver nada porque el cristal estaba empañado. Limpió el vaho con la manga del abrigo y se quedó absorta contemplando la ciudad rezumante, los destellos del asfalto, el tráfico nervioso, la lluvia. Varias paradas más tarde apartó los ojos del cristal y notó que el hombre seguía allí, de pie junto a ella. Una cercanía innecesaria, consideró sin desagrado. Se había bajado mucha gente. Había espacio de sobra y varios asientos habían quedado libres.

—Yo hacía eso de niño, en el autobús del colegio —dijo de pronto el hombre, señalando con la mano el parche limpio sobre la superficie translúcida.

—Yo también —dijo Madre, sonriendo con rubor.

Rubor por la voz masculina y amable. Por sorprenderse a sí misma escrutando aquella mano larga, delgada, en busca de un anillo de casado. Por alegrarse de no hallarlo. Rubor por saberse ruborizada. Madre esperó con ansiedad la réplica a sus palabras. La frase que, tras la súbita puesta en marcha, echara a rodar la conversación. Pero el hombre no dijo más. Se sintió decepcionada. Luego, para su más íntimo asombro, se dio cuenta de que le agradaba compartir el silencio con aquel desconocido. El autobús sorteó con lentitud los agobios del centro. Recorrió la avenida de Marte avanzando a trechos, frenando, haciendo sonar la bocina, dejando y cogiendo pasajeros, exhalando

suspiros por sus puertas hidráulicas. En la plaza Nueva se enfadó la lluvia. Durante dos o tres minutos cayó sobre la ciudad una barahúnda de trombas furiosas que ennegreció la mañana e hizo temblar la carcasa del autobús. Madre limpió de nuevo el vaho de la ventanilla para poder ver cómo la gente corría por las aceras oscuras, huyendo en vano de los latigazos del agua. Al llegar a la estación de trenes, la tormenta amainó. En el barrio de Nazaret, el hombre, que durante todo el trayecto no se había movido un ápice de su posición, se inclinó sobre Madre, dijo «Hasta pronto» y se bajó del autobús. A través del brochazo de cristal limpio, Madre lo vio saltar a la acera. Lo vio caminar unos metros, un poco inclinado hacia delante, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo. Luego arrancó el autobús, y dejó de verlo.

Admito que hasta aquí lo sucedido me perturba —no deja de ser mi madre la protagonista—, pero creo entenderlo. Una mujer casada, amoldada desde hace años a las rutinas y restricciones de la vida doméstica, vislumbra en un autobús la chispa de lo imprevisible. De lo excitantemente nuevo. De lo ilícito. Siente sin haberlo buscado el temblor de la seducción. Piensa sin llegar a pensarlo qué pasaría si se dejara llevar. Si se decidiera a tomar aquel desvío. Se divierte abriendo puertas y ventanas con la imaginación, visitando con la mente los aposentos prohibidos de la infidelidad. Luego vuelve en sí, piensa en su familia, y lo olvida. Hasta ahí, todo bien. Lo que ocurre es que Madre no lo olvidó. Nada más bajarse en la parada de los abuelos, empezó a echar de menos al desconocido. Pensó en él mientras freía las lenguadinas y exprimía los limones. Añoró su presencia muda. Su perfume almizclado. Su sonrisa benévola. Lo extrañó con tanto apremio, que en los días que siguieron fue incapaz de hacer nada a derechas. Recuerdo bien aquel lapso de despistes y desgobierno, aunque entonces no pude imaginar a qué se debía. Al venir de la compra, Madre se daba cuenta con un estupor avergonzado de que había traído pan de más, o mortadela de menos, o un cepillo de dientes que nadie necesitaba. Andaba por la casa distraída, con la mirada nublada, y había que decirle todo dos veces para que te escuchase. El colmo de su descuido fue cuando quiso freír los huevos de la cena con Mistol.

—Dios mío. Qué despiste —dijo, retirando del fuego la sartén humeante.

—Míralo por el lado bueno, cariño. Esa sartén ya no habrá que volver a fregarla —dijo Padre mientras abría la ventana, y todos nos reímos.

El segundo encuentro tuvo lugar tres semanas después en el Salón Ideal, el mismo sitio en el que, dieciocho años atrás, había tenido lugar la segunda cita de mis padres. La vida dibuja circunferencias extrañas, aunque no me consta que Madre se diera cuenta de la coincidencia. Estaba sentada en la barra, tomando un café entre recados, y casi se le cayó la taza cuando vio que el hombre entraba y se detenía junto a ella.

—Por cierto, me llamo Ulises —dijo.

Madre, azorada, echó un vistazo a su alrededor. La ciudad no es muy grande. Tiene una periferia nueva, bastante extendida, y un casco antiguo compacto, de calles estrechas y enredadas, que propicia los encuentros casuales. Madre temía que alguien la viese hablando con un desconocido. El hombre entendió. Se alejó dos pasos y, atrayendo con un gesto la atención del camarero, pidió un cortado.

—No te preocupes —dijo, mirando al frente—. Estaremos juntos sin estarlo.

Bebieron los cafés en silencio. Al acabar, Madre dejó unas monedas en la barra y salió algo indecisa a la calle. Ulises salió tras ella. Durante más de una hora la siguió como una sombra prudente. La acompañó a distancia entre el gentío. Entró donde ella

entraba. En la droguería. En la mercería. En Galerías Preciados. Lejos de sentirse intranquila, Madre experimentó una dicha burbujeante y exaltada. Sin precedentes. Caminaba contenta, delicadamente vigilada por aquel ser protector e intrigante, que era y no era al mismo tiempo. En la pescadería, mientras esperaba su turno para comprar unos filetes de bacalao, pensó que nunca se había sentido tan cerca de nadie. Eso es lo que pensó. Por raro que parezca. Por mucho que me duela escribirlo. ¿Y Padre? ¿Es que nunca sintió esa cercanía con él? Prefiero creer que sí, y que la efervescencia del momento le hizo olvidarlo. Pero no sólo pensó eso. También se asombró de que hubiera podido vivir tantos años sin esa sombra callada, que hacía que la vida pareciera más vibrante. Más bella. Así, al menos, se lo contó al tío Sócrates. Entonces se dio la vuelta para hablar con Ulises, pero había desaparecido. Se quedó tan confusa, que olvidó a qué había venido y no supo qué decir cuando el pescadero le preguntó qué deseaba. Salió aturdida a la calle, ante la rumorosa sorpresa de las otras clientas. Se sentó en un banco y trató de recobrar la compostura. Hacía fresco, pero ella sudaba. Metió la mano en el bolso para sacar el pañuelo y halló una nota. Con una caligrafía precisa, sin vacilaciones, Ulises le indicaba el día, la hora y el lugar de su próximo encuentro.

Así empezó su idilio. Durante varios meses se citaron en sitios discretos, con una frecuencia caprichosa que no parecía responder a ningún plan específico, y siempre de forma breve y a horas prudenciales, normalmente por las mañanas, mientras la ciudad estaba ocupada con sus cosas. Se vieron en la rosaleda de los jardines de Zeus. En la plaza del Viejo Coso. En cafeterías alejadas del centro. Hablaban de todo menos de su otra vida, la que llevaban cuando no estaban juntos. A fuerza de no mencionarla, acabaron construyéndose una burbuja propia, en la que sólo cabían ellos dos, sin lastres ni aditamentos. Sólo ellos dos, con sus pareceres, sus anhelos, sus gustos. En lo que se refiere al deseo, Ulises siempre se comportó con una decencia exquisita. Nunca dio un paso en falso. Nunca hizo ni dijo nada que hiciese pensar a Madre que esperaba algo más de aquellas citas vibrantes pero castas. Sólo sus ojos, a veces, delataban su ardor. Sobre todo en las despedidas, cuando, después de besarle la mano a Madre, se la quedaba mirando con las pupilas radiantes. Al llegar a casa, eufórica como una colegiala, Madre hallaba en el bolso, o en los bolsillos de la chaqueta, una nota con los datos del próximo encuentro. Se vio con Ulises durante cuatro meses. Jamás supo cómo lo hacía.

Aquella fue para Madre una época convulsa y contradictoria. Los variables lapsos entre citas eran un tormento. Pozos negros de ansiedad y dudas. Cuando no estaba con Ulises, la vida era insípida. Incolora. Triste. Pero, al mismo tiempo, la ansiedad y las dudas le hacían sentirse viva. Deseaba verlo. Añoraba su olor. Su presencia. Su voz. Pero se daba cuenta de que desear verlo suponía un estorbo. Una complicación. Además de un insulto a Padre, a quien seguía queriendo. Lo quería, sí, pero en su relación ya no había sitio para lo inesperado. Padre era el orden. La existencia encarrilada. Ulises, todo lo contrario. Una pirueta sin red. Una ventana abierta a lo imposible. Soportó la tensión de sus instintos enfrentados mientras fue capaz de nadar y guardar la ropa. Llegó incluso a convencerse de que, al no sobrepasar la raya roja de la carnalidad, sus citas furtivas eran inocuas. Un mero divertimento de ama de casa aburrida. Una y otra vez se dijo que no pasaba nada. Que, mientras las cosas siguieran así, no había infidelidad en sus devaneos. Hasta que una mañana, al volver a casa después de un encuentro, sacó del bolso una nota que decía: «Martes, cinco de agosto. A las doce. Habitación ciento cuatro del hotel Avalón». Madre perdió definitivamente el norte. Tan pronto quería entregarse a Ulises y echar por tierra su matrimonio, como se apoderaban de ella la culpa y la vergüenza. ¿Cómo podía ella, una mujer casada y decente, una madre abnegada, dejarse arrastrar por unos impulsos

tan destructivos? Desde el despiste del Mistol, se había conducido por casa con una distracción más o menos eficiente. Tenía la cabeza en otro sitio —no había más que mirarla para darse cuenta—, pero se las arreglaba para cumplir con sus obligaciones domésticas sin causar estropicios. La nota de Ulises dio al traste con el poco equilibrio que le quedaba. Le arrancó el penoso jirón de alfombra que aún tenía bajo los pies y la convirtió en un manojito de nervios. En una ruina enajenada.

Así estaban las cosas el lunes cuatro de agosto, cuando Baruc llegó a comer con retraso, oliendo a tabaco, acompañado de un mil leches que se había encontrado en la calle. Madre le dijo que ese perro no entraba en casa. Baruc le contestó mal. Y Madre explotó. Sintió un chispazo en el cerebro. Un golpe de luz blanca que le nubló los sentidos. Lo siguiente que recuerda es el restallido del bofetón. Luego, en la atónita nebulosa del arrepentimiento, los ojos brillantes de Baruc. El sonido de sus pasos. Y su niqui verde desapareciendo por las escaleras.

A la mujer se le pasó el susto nada más subirse al coche patrulla. Alentada por el amparo policial, recobró la presencia de ánimo y volvió a ser la que era antes de toparse con Padre: una charlatana áspera y rezongona, que no sabía lo que era el silencio. Aunque el viaje fue breve, le dio tiempo a quejarse de todo. Del calor. Del volumen de la radio. De lo sucio que estaba el parabrisas. Del tráfico. De los baches de la carretera. Entró en la comisaría como si fuera su casa, tirando del perro y de la bolsa de la compra, dejando a su paso un reguero de vino. El policía joven se agachó para echarle una mano. Ella lo apartó con el codo y le dijo que no hacía falta. Que podía sola. La llevaron a la inspección de guardia, una oficina minúscula, delimitada por una pared verde y tres mamparas de cristal esmerilado. En el techo había un ventilador, pero giraba con tanta pereza que apenas se notaba su efecto. De la pared colgaban un retrato del Rey y un calendario atrasado con la foto desleída de una playa tropical. La mujer se sentó frente a la única mesa. Sobre ella había montones de papeles desordenados, un teléfono, una máquina de escribir, una grapadora plateada, un cenicero de barro lleno de colillas del que manaba un tufillo de humo rancio. Y, sentado al otro lado, un sargento con ojos cristalinos, del mismo azul desleído que el mar del calendario. El perro ladró. La mujer le acarició el lomo. «Tranquilo, Sultán. Tranquilo —dijo—. Enseguida nos vamos.» Luego apoyó la bolsa chorreante contra la pata de la mesa y, antes de que el sargento pudiera preguntarle nada, expuso su versión de los hechos. Dijo que Padre se le había echado encima en plena calle, gritando como un energúmeno, lanzando cuchilladas a diestro y siniestro. Dijo que si ella seguía viva era porque, a pesar de sus años —«Acabo de cumplir sesenta y tres», aclaró—, aún estaba ágil y había logrado esquivar el ataque. Dijo que Padre era una amenaza para la sociedad. Que no podía andar por ahí suelto. Que estaba loco y había que encerrarlo. Lo dijo de un tirón, abanicándose con la mano mientras hablaba. El sargento la encontró irritante, pero no vio motivos para no darle crédito.

Por eso el interrogatorio de Padre fue tan inclemente. Al contrario que la mujer, él había llegado a la comisaría con el susto intacto. Del rato que pasó en la sala de detenidos sólo recuerda las baldosas marrones y a un hombre con una rosa tatuada en el brazo. Luego le quitaron las esposas y lo llevaron a la inspección de guardia. No había hecho más que sentarse cuando el sargento empezó a atosigarlo con preguntas capciosas. ¿Por qué atacó a la mujer? ¿Quería robarle? ¿Qué tenía contra ella? Padre sintió que se ahogaba en aquel cuartucho asfixiante. El calor era insufrible. Las aspas del ventilador cortaban la luz de los tubos fluorescentes, arrojando al aire fognazos de sombra. Olía a vino. A tabaco. A inquina. El aire era tan espeso, tan oprimente, que Padre estuvo a punto de desmayarse. Cerró los ojos y sintió que caía en una espiral de aire hirviente. Dejó de oír al sargento. En su caída sólo escuchaba un leve burbujeo de agua. De pronto volvió en sí. Abrió los ojos. Respiró hondo. Pensó en Baruc. Eso le dio fuerzas para capear el interrogatorio. Una y otra vez, con una coherencia cansada pero inflexible, respondió las preguntas y contó lo que de verdad había ocurrido. Pero no valió de nada porque, después de haber escuchado el testimonio de la mujer, el sargento no quería creerle. «Lo que quería era meterme en la cárcel», dice Padre. Un agente llamó a la puerta y pidió permiso para entrar a buscar unos atestados. «¿No puede esperar? », dijo el sargento con impaciencia. «Lo siento, señor. Es urgente.» Padre siguió hablando mientras el agente entraba y se ponía a revolver el fárrago de papeles que había sobre la mesa. Una vez más, contó cómo el día anterior Baruc se había ido de casa con un perro callejero. Describió la búsqueda infructuosa por las calles del barrio. La visita a la comisaría. La noche en vela. La angustiada exploración de las orillas del río. Al mencionar la caseta del Ogro, el agente paró de buscar y prestó

atención. Padre, sorprendido, hizo una pausa para mirarlo. Era pelirrojo. Con la cara llena de pecas. No llevaba puesta la gorra, pero sí su marca: un sendero de cabello aplastado que le surcaba nítidamente la nuca. y parecía muy cansado. «Como si llevara días sin dormir», dice Padre. El sargento sacó una cajetilla de Ducados del bolsillo de la chaqueta y encendió un cigarro. Padre se volvió hacia él. Hacia su rostro desdibujado tras una nube de humo. Una vez más, dio detalles del inmundo cuchitril del mendigo y explicó cómo, entre la broza, había encontrado la caña de Baruc, su macuto y un cuchillo encostrado de sangre.

—Ha sido una confusión. Los perros se parecían —repitió—. Pero yo no he atacado a nadie. No soy ningún criminal. Sólo soy un vendedor de electrodomésticos que está buscando a su hijo.

El agente se inclinó sobre el sargento y le susurró algo al oído. El sargento escuchó con atención, con sus transparentes ojos azules clavados en el teclado de la máquina de escribir. Entonces aplastó el cigarro a medio fumar en el cenicero, se levantó, cogió al agente del brazo y salió con él de la oficina. Estuvieron hablando unos segundos junto a la puerta, de espaldas a Padre, en un murmullo tenso e inaprensible. Luego el agente pelirrojo se fue. El sargento volvió a entrar y se dejó caer en la silla con un suspiro largo y reflexivo.

—Vamos a tener que retenerle un rato. Es sólo por precaución, hasta que hagamos unas comprobaciones. Luego podrá irse —dijo.

—Necesito llamar a casa. Deben de estar preocupados —dijo Padre.

—Ya llamaré luego.

Padre abrió la boca para protestar, pero lo pensó mejor y guardó silencio. Confuso, se dejó conducir mansamente a la sala de detenidos. Era una habitación pequeña, aunque no tanto como la inspección de guardia. Tenía las paredes pintadas en dos tonos de verde. Verde oscuro hasta la altura del pecho y, de ahí para arriba, verde pálido. Las butacas, de plástico blanco, iban atornilladas a una barra horizontal metálica. Aparte de eso, nada. Ni calendarios. Ni fotos. Ni crucifijos. Nada con que distraerse y mitigar la zozobra. El hombre del tatuaje ya no estaba. A falta de otra cosa, Padre acabó fijándose en los zapatos del policía que lo custodiaba. Eran negros y estaban gastados pero muy limpios. Los zapatos de un hombre pulcro.

—¿Tiene usted hijos? —preguntó, sin levantar la vista.

El policía no contestó.

—Usted y yo debemos de ser de la misma edad —dijo Padre, hablándole a los zapatos—. ¿Se acuerda del colegio, cuando nos enseñaban lo que era el infierno? Todo eso del fuego eterno. Las tinieblas. El rechinar de dientes. Los tormentos...

Se quedó pensando. El zumbido de los tubos fluorescentes se mezclaba con su propia respiración y con el tecleo lejano de una máquina de escribir. El aire vibraba, como si el calor estuviera vivo.

—Pues es mentira.

Alzó los ojos, dirigió una sonrisa torturada al policía y añadió:

—Esto es el infierno.

Tengo miedo a la oscuridad. Por más que lo intento, no logro convencerme de que no es más que el mundo sin luz. Sólo eso. Me digo que no es ni buena ni mala. Que no hay nada en ella que no esté también en la claridad. Que no puede haberlo. Pero es inútil. Yo sigo poblándola con criaturas terribles, cuya única razón de ser es infundirme espanto. Puede que sea algo genético. Un temor heredado. Aunque lo dudo. Que yo sepa, ni Padre ni Madre comparten mi miedo. Tampoco el tío Sócrates. Y el abuelo Tomás me dijo una vez que él donde mejor pensaba era en la cama, camuflado en la negrura. Así que ha de ser una flaqueza mía. Un reflejo de mis recelos más hondos. Quién sabe. El caso es que me asusta no ver. Por eso me asombra que Baruc tuviera el valor de entrar de noche en la caseta del embarcadero. Más aún cuando ambos sabíamos que el Ogro no era el único que dormía en el río, sobre todo durante el verano. Había pequeños campamentos esparcidos por las orillas. Y digo campamentos por llamar de alguna forma a aquellas yacijas de cartones plegados. Baruc y yo nos habíamos tropezado con alguna en el curso de nuestras exploraciones. A veces, incluso habíamos llegado a ver a sus dueños. Recuerdo en especial a uno de ellos. Un hombre enjuto, pelón, con el cráneo lleno de costras y la cara devastada por la intemperie. Me acuerdo bien porque nos tiró un zapato para que nos marchásemos —a Baruc casi le dio— y porque varios días después encontraron su cuerpo en el agua, a la altura del Club Hípico. Según dijeron en el periódico, fue un pescador el que lo sacó de la corriente. O, mejor dicho, el que lo pescó, pues al parecer el cadáver se enganchó en el anzuelo y el pescador tuvo que traerlo a la orilla dando tirones y recogiendo hilo, igual que si fuera una carpa. Una carpa humana. Inflada. Con la tripa infestada de mordeduras de barbo. Nunca se investigaron las circunstancias de su muerte. Supongo que porque la policía consideró que aquel hombre no era nadie. Sólo un mendigo.

Y luego estaban los amantes, los borrachos, los grafiteros, los merodeadores. Los que no dormían en la orilla pero se amparaban en sus sombras para hacer lo que no podían hacer en otra parte. Baruc y yo nos íbamos antes de que ellos llegasen, pero sabíamos de sus actividades por los vestigios que dejaban. Nos llamaban especialmente la atención los preservativos. Había muchos, sobre todo bajo los puentes. Baruc se quedaba absorto mirándolos. Imaginando. A mí siempre me pareció extraño que a las parejas no les bastase la noche. Que para estar juntos necesitasen también un techo. El simulacro de un hogar. Lo de los grafitis nunca lo acabé de entender. No me cabía en la cabeza que alguien, por muy aburrido que estuviese, se tomara tantas molestias para hacer algo tan deplorable. Y es que no eran más que garabatos. Amorfos trazos negros que plagaban como una erupción la valla del Club Hípico, los bancos del embarcadero, la cara exterior de los desagües, los pilares de los puentes. Borriones que afeaban lo feo. Pero lo que a Baruc y a mí más nos molestaba eran las botellas rotas. Estaban por todas partes y era fácil pisarlas si no estabas atento. Todo eso ocurría en el río al amparo de la noche. Y a pesar de ello, Baruc tuvo valor para cruzar las sombras y entrar en la caseta.

La memoria da giros extraños. Pienso en el Ogro. Desprevenido. Solo. Pienso en Baruc acercándose. Desafiando la noche. Y de pronto me acuerdo de una costumbre que tenía la abuela Milagros. Le encantaban las sentencias. Cuanto más breves y melancólicas, mejor. Las sacaba de las radionovelas y las empleaba en cuanto tenía ocasión, emulando el tono melodramático de los actores. Yo crecí escuchando cosas como «En la vida no hay ensayos», «Aquí nadie sobrevive» o «A la felicidad se llega

sufriendo». No sé qué buscaba la abuela al pronunciarlas. Quizás era su forma de romper los silencios. O a lo mejor quería decir lo que decía. O las dos cosas. Desgraciadamente, ella ya no está aquí para aclararlo. Lo que sí sé es que, a fuerza de oírlas, sus frases lapidarias se quedaron conmigo. Tersas, inalterables, pero vacías de significado. Como la lista de las preposiciones. O el catecismo. O los poemas de Bécquer. O tantas otras cosas que aprendí de memoria en el colegio. El significado llegó más tarde. Con los años. Como podría haber dicho ella misma, entender lleva tiempo.

Ahora, en plena edad adulta, mientras me esfuerzo por reconstruir las horas que Baruc pasó en el río, vuelve a mí otra de aquellas sentencias: «Los momentos decisivos pasan siempre de puntillas». Eso explica que rara vez los detectemos, y que cuando lo hacemos sea siempre a toro pasado, gracias a la memoria, que a veces —sólo a veces— nos hace el favor de reflotarlos. Explica también que, al ver aparecer a Baruc en el hueco de la puerta, al Ogro no se le ocurriera pensar que aquel encuentro iba a cambiarle la vida. Que aquél era un momento decisivo. Estaba tumbado en el colchón, hojeando un periódico arrugado a la luz de una linterna de petaca, y lo único que pensó fue en defenderse. Se levantó de un salto, agarró un palo y amenazó con él al intruso.

—¡Qué quieres! —gritó.

Su voz sobresaltó a los pájaros. De la oscuridad llegaron graznidos. El temblor de las hojas. Un estruendo de alas. Baruc quiso huir, pero el miedo le impidió moverse. Tigre rompió a ladrar. Con cada ladrido su cuerpo se proyectaba hacia delante. Tenso. Fiel. Dispuesto a todo.

—Perdone. No quería molestarlo —acertó a decir Baruc.

—Haz que se calle —dijo el Ogro.

Baruc se agachó y acarició el cuello de Tigre.

—Shhh. No pasa nada —dijo.

Tigre dejó de ladrar, pero no se calló del todo. Siguió gruñendo. Mostrando los colmillos babeantes.

—Qué quieres —repitió el Ogro, bajando el palo, más calmado al ver que el intruso era sólo un muchacho.

El calor había amainado. El río olía a verde. A noche de agosto. Baruc dejó de acariciar a Tigre y, al levantar la vista, descubrió que el Ogro engañaba. Que asustaba más de lejos que de cerca. De lejos —como Baruc y yo lo habíamos visto siempre— parecía más grande y contrahecho. Más monstruoso. Además nuestra imaginación, proclive a exagerar, había añadido a su retrato algunas pinceladas propias, como una expresión dislocada y una furia que, visto de cerca, el Ogro no tenía. Al contrario. De cerca parecía un hombre manso. Un hombre manso que sufría. Porque tras la maraña de pelo que le tapaba la cara, tras la piel curtida y los sucios surcos, tras los ojos grandes, atentos, que brillaban con un fulgor mirífico a la tenue luz de la linterna de petaca, lo que había era dolor. Un dolor crudo. En carne viva.

—Me he escapado de casa y no tengo adónde ir —dijo Baruc.

El Ogro arrojó el palo a un rincón y, con un brusco gesto de la mano, invitó a Baruc a sentarse.

—Vaya susto me has dado —dijo.

—Lo siento.

Tigre dejó de gruñir. Husmeó el suelo sin mucho interés y se tumbó jadeando. Baruc apoyó la caña en la pared. Dudó si quitarse el macuto. Con él estaba incómodo, pero le daba aprensión separarse de sus cosas. La calma de Tigre le ayudó a decidirse. Se pasó la correa por encima de la cabeza y dejó el macuto junto a la caña. Luego se sentó con cuidado en una esquina del colchón.

—Iba a cenar. ¿Tienes hambre? —dijo el Ogro.

La linterna de petaca pendía de un clavo en la pared. Su luz débil y pastosa se derramaba sobre el colchón, formando un charco amarillo. Luego perdía fuerza y se oscurecía hasta confundirse con la noche. Baruc echó un vistazo a su alrededor. Reparó en el carro de la compra. En los montones de bolsas. En la nevera abierta. En la penuria que lo impregnaba todo. Iba a contestar que no, que no tenía hambre, cuando el estómago le recordó con un quejido que, quitando las chucherías del quiosco y un puñado de higos, no había comido nada desde el desayuno.

—Supongo que eso es un sí —dijo el Ogro.

—No quiero molestar.

—Ya te diré yo cuándo molestas.

El Ogro se acuclilló ante la nevera. Tras una rápida inspección, sacó un plato de aluminio lleno de pechugas de pollo. Lo olió, hizo una mueca de disgusto y volvió a dejarlo donde estaba. Pensó un poco, cogiéndose la barbilla con los dedos. Apartó varios tarros, revolvió en el fondo de una balda y sacó dos latas de conserva.

—¿Te gusta el *foie gras*? —preguntó.

Baruc asintió con la cabeza. El Ogro echó a un lado el periódico que había estado leyendo. Cogió un paño de encima de la nevera y lo extendió sobre el colchón como si fuese un mantel. Era azul claro y estaba adornado con el dibujo repetido de una fresa. Un paño alegre, de no ser por las manchas de grasa oscuras y de contornos caprichosos que lo salpicaban como continentes en un mapa antiguo. Junto a él, en el suelo, el Ogro colocó una botella de plástico llena de agua. Sacó una barra de pan de una bolsa de tela, la partió en dos con un cuchillo y cortó cada parte en dos mitades. Abrió las latas con un abrelatas mugriento. Luego se sentó en el colchón y se puso a untar el *foie gras*. De la ciudad, mitigado por la lejanía llegó el aullido de una ambulancia.

—Alguien se muere —dijo.

—¿Cómo lo sabe?

—Es de las pocas cosas que uno puede decir sin temor a equivocarse.

El Ogro miró a Baruc. Al notar su confusión, señaló con la cabeza hacia la calle y, casi sonriendo, añadió:

—Si no es ése, será otro, ¿no.?

El aullido se extinguió. El Ogro acabó de untar el *foie gras*, puso las tapas de los bocadoillos y le ofreció uno a Baruc.

—Que aproveche —dijo.

—Gracias —dijo Baruc.

Un solo mordisco bastó para hacerle olvidar las penurias del día. El primer mordisco de su primera comida de fugitivo. Durante el rato que le duró el bocadillo no pensó en la bofetada de Madre. Ni en mi torpe indiferencia. Ni en las horas pasadas al sol, esperando que alguien lo salvara de sí mismo. Dejó de sentir el vértigo de la huida. La soledad. El abandono. Me gusta imaginarlo allí, bajo aquella luz amarilla, comiendo y dándole a Tigre trozos de aquel bocadillo de *foie gras*. Baruc en calma, reconciliado con sus impulsos. Baruc contento en la caseta del Ogro. Qué paradoja. Entonces me viene a la mente otra sentencia de la abuela Milagros: «La felicidad son instantes».

—¿Estaba bueno? —dijo el Ogro.

—Sí, gracias.

—Anda, bebe, que te vas a ahogar.

Baruc cogió la botella de agua y dio un largo trago.

—Así que te has ido de casa.

Baruc dejó la botella en el suelo y asintió con la cabeza.

—¿Por qué?

La pregunta disipó el hechizo. Hizo añicos el instante de paz. Todo lo ocurrido durante el día volvió a la mente de Baruc. Turbado, buscó una respuesta. Lo único que encontró fue la bofetada de Madre, que por muy inmerecida que fuera, no bastaba para justificar su huida. Aparte de eso, nada. Nada, al menos, que pudiera decirse con palabras.

—¿No sabes por qué te has ido.? —insistió el Ogro.

Baruc se encogió de hombros.

—A tu edad yo también me escapé de casa.

—¿Usted tenía casa? —dijo Baruc, y al darse cuenta de su falta de tacto empezó a disculparse—. Lo siento, es que...

—A tu edad todo el mundo tiene casa —lo interrumpió el Ogro—. Quería irme lejos, así que cogí un autobús y me fui hasta la frontera de Francia, pero no llegué a cruzarla.

—¿Se arrepintió y dio la vuelta?

—No exactamente. Iba sin pasaporte y además era menor de edad. Un guardia de aduanas llamó a casa y vinieron a buscarme mis padres. Ahí se acabó mi viaje.

El Ogro sacudió el paño y volvió a extenderlo sobre el colchón.

—¿Postre? —dijo.

No esperó a que Baruc contestara. Sacó de la nevera una lata de melocotón en almíbar, la puso en el suelo y clavó en ella el pico del abrelatas. Llevaba abiertos tres o cuatro centímetros cuando el abrelatas se rompió. El pico quedó medio hundido en la tapa como un barco atorado en el hielo. El Ogro lo arrancó y lo lanzó a la noche. Luego

cogió el cuchillo, metió la punta en la grieta y golpeó la base de la empuñadura con la almohadilla de la mano. La fisura se hizo un poco más larga. Siguió golpeando, abriéndose paso alrededor de la superficie de aluminio. A mitad de tapa se distrajo. En vez de golpear la empuñadura, la mano resbaló por ella y, llevada por la inercia, rozó el filo del cuchillo.

—Lo que me faltaba —dijo el Ogro, mirándose el corte.

Sangraba, pero no era profundo. Poca cosa comparado con lo que podía haber sido. El Ogro cogió una prenda del montón que había en el carro —una camiseta blanca de algodón— y, rasgándola con los dientes, se hizo con ella una venda.

—Échame una mano. Con la izquierda no me manejo bien —dijo.

Baruc le ayudó a cubrirse la herida y a fijar el improvisado vendaje con un trozo de cinta aislante. A través de la tela surgió una mancha roja. Como si no hubiera pasado nada, el Ogro cogió el cuchillo y acabó de abrir la lata.

—Tengo tenedores —dijo, acercándosela a Baruc con la tapa levantada—. Pero esto sabe mejor si se come con los dedos.

Baruc sacó de la lata medio melocotón chorreante y lo mordió. Su boca se llenó del dulzor del almíbar y de la carnosa textura de la fruta.

—¿Y tú, te arrepientes de haberte escapado? —dijo el Ogro.

—Echo de menos a mi madre. Bueno, y a mi hermano.

—¿Ya tu padre?

—Sí. También a mi padre.

—Entonces, ¿por qué no vuelves?

Baruc no supo qué contestar.

—Porque no —dijo para salir del paso, y sacó otro trozo de melocotón de la lata.

—¿Vives por aquí?

—Por ahí —dijo Baruc, receloso, con un movimiento de la mano que apuntaba a todos lados y a ninguno.

Acabaron los melocotones. Luego, pasándose de uno a otro la lata, se bebieron el almíbar. El Ogro metió las latas vacías en una bolsa de basura. Dobló el paño y volvió a ponerlo sobre la nevera. El cuchillo, brillante de sangre y almíbar, lo dejó dentro de una sartén emporcada. Con varios trozos de cartón preparó una cama en el suelo.

—Aquí en el río tienes que acostarte temprano —dijo, bostezando—. En cuanto amanece se despiertan los pájaros y ya no se puede dormir.

Baruc lo miró, indeciso.

—Tú acuéstate en el colchón. Tienes que estar agotado. El perro que duerma donde quiera —dijo el Ogro—. Por cierto, ¿cómo te llamas, hijo?

—Baruc.

—Baruc qué.

—Sólo Baruc.

—Ya. Yo me llamo Carlos. Sólo Carlos. ¿Te molesta la luz.? Suelo dejarla encendida para ahuyentar a los ladrones.

Baruc respondió que no. El Ogro se tumbó sobre los cartones, acomodó la cabeza en un montoncito de ropa y suspiró.

—Buenas noches —dijo.

—Buenas noches.

No había luna y las luces de la ciudad no llegaban hasta la caseta. Lo único que Baruc podía distinguir a través del hueco de la puerta era las copas de los árboles, foscas y tenebrosas, recortadas contra el cielo opaco. «Se acabó. Me voy a casa», decidió. Se acurrucó en el colchón con las playeras puestas, con la intención de escabullirse en cuanto el Ogro se durmiera. « Ya vendré mañana a darle las gracias.» Entonces se acordó de Tigre. «Que se quede con él —pensó, cerrando los ojos—. Hacen buena pareja.» Y nada más pensarlo, se durmió. Cayó en un sueño tan hondo, que no sintió cómo al cabo de unos minutos el Ogro se levantaba y, a la tenue luz de la linterna, revolvía el interior del macuto y le hurgaba en los bolsillos de los vaqueros. Estaba tan agotado, que siguió durmiendo mientras salía de la caseta y se perdía en la noche, haciendo crujir las piedras del camino.

El tío Sócrates recibió la carta de la Federación de Ajedrez el veinticuatro de julio. Jueves. Diez días antes de que mi hermano se fuese. Lo normal es que no se hubiera molestado en abrirla. En los últimos siete años sólo había tocado el correo para llevarlo del buzón a la papelera. Con una excepción. Una misiva de quince páginas, con matasellos de Cambridge, que Bobby Fischer le envió en el setenta y siete. El tío Sócrates no sabía inglés, así que compró un diccionario y se pasó varios días traduciendo palabra por palabra aquel embrollo de texto, tableros y gráficos. Lo que entendió lo dejó perplejo. Con obsesiva prolijidad, el excéntrico maestro diseccionaba la partida del bar Iberia y ponía de relieve los graves errores tácticos cometidos por su adversario. El análisis concluía con una afirmación delirante: «Tú ganaste, pero yo jugué mejor». Ése fue el único correo que el tío Sócrates leyó en siete años. No le quedaron ganas de leer más. Si lo hizo, si se molestó en abrir la carta de la Federación aquel jueves de julio, fue porque desde el incidente del jilguero había empezado a sentir curiosidad por las cosas y porque le llamó la atención la elegancia del sobre. Era de papel de algodón de color crema y llevaba impreso, en el ángulo superior izquierdo, el emblema de la Federación: un tablero con el peón de dama blanco en e4 y el peón de alfil dama negro en c5. La defensa siciliana. Dentro había un tarjetón de cartulina en el que se le invitaba a la cena conmemorativa del cincuenta aniversario de la institución, que iba a tener lugar el lunes cuatro de agosto en el Salón de los Espejos del casino. Desde lo del jilguero, como digo, el tío Sócrates sentía más curiosidad por el mundo, pero no tanta como para enfrentarse, después de tanto tiempo, a una exposición pública como aquélla. Sin pensarlo dos veces, rompió el tarjetón, lo tiró a la papelera y se olvidó del asunto. No habría vuelto a pensar en ello si, el mismo día en que iba a celebrarse la cena, Baruc no se hubiera escapado.

Baruc se marchó a las tres menos veinticinco de la tarde. Los demás seguimos comiendo en silencio, con la vista hundida en el plato. Luego, como todos los días, el tío Sócrates se fue a su casa a dormir la siesta, pero no logró conciliar el sueño. Según me contó más tarde, se sentía inquieto. «Imagínate, sobrino —me dijo—. Inquieto yo, que nunca me había inmutado por nada.» En vez de acostarse en la cama, como era su costumbre, se tumbó vestido en el sofá del salón. Cerró los ojos. En el centro de su mente colocó un tablero de ajedrez, dispuso sobre él las piezas e inició una partida contra sí mismo. En el tercer movimiento de las negras perdió la concentración. El tablero se esfumó. En su lugar apareció Baruc, asustado, perdido en un laberinto de muros infranqueables. El tío Sócrates abrió los ojos y, resignado, se despidió del sueño. Vadeó la tarde como pudo. Oyendo la radio. Paseando por la casa. Viendo a ratos la televisión. A las siete nos llamó por teléfono. Quería saber si había novedades. Cuando Madre le dijo que no, se arregló el pelo en el espejo del *hall* y vino a estar con nosotros. Lo recuerdo sentado en la cocina. Grande. Silencioso. Con la ropa llena de arrugas. Me conmueve pensar que bajo su inexpresiva fachada bullía una sensación nueva: la preocupación. Un poco antes de las ocho llamó Padre. Sin saberlo, el tío Sócrates y él buscaron a Baruc en los mismos sitios en los que pocas horas antes lo había buscado Madre. En la pradera del Cid. En el parque de la plaza de América. Por las calles del barrio. Al no encontrarlo, Padre decidió pedir ayuda a la policía. El agente que los atendió les dijo que no se preocupasen. «Vemos casos así todos los días —dijo—. Cosas de chicos. Antes de que se den cuenta, lo tienen de vuelta en casa.» A medida que avanzaba la tarde, el tío Sócrates se fue llenando de angustia. Una angustia viscosa y asfixiante que, al contrario que los problemas del ajedrez, no se podía resolver con la mente. Después de cenar, sintió que la congoja ya no le cabía en el cuerpo. Fue entonces cuando abrazó a Madre. Por primera vez en su vida, la

envolvió en sus brazos de gigante manso y, a falta de otras mejores, le dijo las palabras que había dicho el policía. Salió de casa temblando. Mientras bajaba las escaleras, lo asaltó otra sensación nueva. Le daba miedo estar solo. En el portal se acordó de la cena de la Federación. Era tarde y no había confirmado su asistencia.

Aun así, decidió ir. Si se daba prisa, pensó, aún podía llegar a los postres.

El casino ocupa un edificio histórico del Casco Viejo, una mole neoclásica de tres pisos, con grandes columnas dóricas y tímpanos sobre las ventanas. A finales de los noventa el ayuntamiento mandó restaurarlo y le devolvió su esplendor, pero en la época de la que hablo era casi una ruina. Un catálogo del deterioro. Sobre todo por dentro. Yo estuve en él de niño, en la comunión de Goyo Marín, un compañero del colegio. Luego, ya de adulto, estuve más veces, en alguna que otra boda y en el baile de gala que se organizaba durante las fiestas patronales. Pero la impresión que conservo es la primera. La de la infancia. Parece que estoy viendo las raídas tapicerías de terciopelo rojo. Las paredes agrietadas. Las humedades. Los suelos levantados. Los cuadros ennegrecidos por el paso del tiempo y por los efluvios de los radiadores. Y esa perpetua semioscuridad, que olía a decadencia. A rancio. Y es curioso porque, pese a su decrepitud, el casino mantenía intacto su prestigio social. No había celebración de postín que no buscara acomodo en sus artríticas estancias. El Salón de los Espejos estaba en la primera planta. Tenía un techo muy alto, con un friso historiado y dos grandes lámparas de araña a las que faltaba la mitad de las bombillas. Y, haciendo honor a su nombre, estaba forrado de espejos. Para llegar a él, el tío Sócrates tuvo que subir la escalera central, que habían vestido con una alfombra roja para la ocasión, y atravesar una galería flanqueada de retratos de próceres. Hombres de gesto adusto que parecían mirar con reprobación su ropa arrugada. Entró nervioso, alisándose la camisa con las manos, y miró horrorizado a su alrededor. Había tres mesas —dos largas y una más corta— dispuestas en forma de U en el centro del salón, bajo la deficiente luz de las lámparas. Debía de haber unas cuarenta personas, pero el efecto multiplicador de los espejos hacía que pareciesen una multitud. Los hombres iban de traje y las mujeres con vestidos de noche. Los camareros corrían de un lado a otro retirando los platos del postre, sirviendo licores, repartiendo puros. Al ver aparecer al tío Sócrates, todo el mundo se calló. El tío Sócrates contempló su propio reflejo, múltiple y desaliñado, en medio de aquella muda profusión de collares relucientes y chaquetas impecables, y supo que se había equivocado. Que él allí no pintaba nada. Estaba a punto de darse la vuelta para irse cuando, en el tramo corto de la mesa, el de las personalidades, se levantó un anciano con chaqué y corbata de lazo.

—Querido Sócrates. Qué sorpresa —dijo, alzando las manos.

Era Cristino Silva, ajedrecista mediocre y presidente de la Federación desde tiempo inmemorial. Se acercó sonriente al tío Sócrates, tomó su mano entre las suyas y le dijo que era un honor que hubiera venido.

—Perdón por el retraso. Hasta el último momento no he...

Cristino Silva no le dejó seguir. Cogiéndolo suavemente del brazo, lo condujo hasta la mesa y pidió a los demás comensales que se movieran un poco para hacerle un hueco a su lado. A pesar de la hora, insistió en pedirle el menú completo, pero el tío Sócrates le dijo que ya había cenado.

—Sólo quería saludarles —dijo, aturdido por tanta deferencia.

Aceptó, sin embargo, tomar un trozo de tarta y una copa de champán.

Para entonces el silencio se había convertido en murmullo. Con una indiscreción amable, Cristino Silva empezó a preguntarle por sus actividades de los últimos años. Mientras salía del paso con vaguedades, el tío Sócrates echó un vistazo a las mesas. Había grupos que cuchicheaban. Hombres y mujeres que se volvían unos hacia otros. Que se inclinaban curiosos sobre el mantel. Que se hablaban al oído y lanzaban hacia él miradas fugaces. En una de las lámparas se fundió una bombilla. Un apagón diminuto, apenas perceptible, como una estrella que muere en un firmamento precario. El *mâitre* entró ceremoniosamente en el salón y anunció que el comedor se iba a cerrar. Si los señores lo deseaban, dijo, podían continuar la velada en el bar de la planta baja. El tío Sócrates terminó la tarta y se bebió de un trago el champán. Nada más levantarse, empezó a acercársele gente. Los hombres le estrechaban efusivamente la mano. Las mujeres le besaban. Todos expresaban su alegría al verlo de nuevo. El tío Sócrates no salía de su asombro. Sabía que no le hablaban a él, sino al hombre que había sido. El ajedrecista impassible que nunca se ganó el afecto de nadie. El gigantón sin sentimientos. Sin calor. Sin tacto. Entonces, ¿por qué una bienvenida tan cálida? ¿Por qué tanta amabilidad? «Los residuos de la fama», pensó mientras, entre saludos y parabienes, cruzaba de nuevo la galería de los próceres. Las dudosas ventajas de ser el tuerto en el país de los ciegos.

El efecto del champán lo alcanzó en las escaleras. Nunca bebía. No le gustaba el alcohol y, además, las exigencias del ajedrez habían cimentado en él la costumbre de tener siempre la mente despejada. Sintió un leve mareo. Un vahído tan corto, que no le hizo falta detenerse ni buscar apoyo en la barandilla. Entonces se apoderó de él una levedad blanda. Complaciente. Tan nueva como la preocupación que lo había atormentado durante la tarde. Muchos de los presentes aprovecharon el cambio de estancia para despedirse y regresar a sus casas. Otros, entre ellos Cristino Silva, se quedaron un rato más. No todos los días puede uno compartir tertulia con un ajedrecista célebre. Quizás me equivoque, pero podría apostar a que la charla los decepcionó. Quiero a mi tío, sobre todo desde que regresó del frío. Pero si me preguntan, soy el primero en admitir que es un conversador aburrido. Habla poco y, por lo general, sin ganas. Apostaría también a que esa noche todos comentaron su decepción en la intimidad de sus hogares y que al día siguiente presumieron de haber estado con el hombre que ganó a Bobby Fischer.

El último en marcharse fue Lope Bolívar. Una vez más, la vida y sus versiones. Hablé con él en el dos mil, veinte años después de la cena en el casino. Me pareció una persona íntegra, con los recuerdos bien asentados. Un hombre digno de crédito. Me dijo que el tío Sócrates y él se conocían desde niños. Solían verse en la Federación y en los torneos, y de vez en cuando coincidían en algún cumpleaños. Los multitudinarios cumpleaños de la infancia. Pero la experiencia que los unió para siempre tuvo lugar un poco más tarde, en la adolescencia. «Lo recuerdo como si fuera hoy», me dijo, sonriendo con nostalgia. Fue cosa del azar. Su padre se había puesto enfermo la noche antes de un torneo. Nada grave. Una gripe sin malas intenciones, pero con la suficiente fiebre como para impedirle acompañar a su hijo al día siguiente. Al enterarse, Cristino Silva llamó al abuelo Tomás, quien se ofreció a llevar a Lope Bolívar con él y el tío Sócrates. El torneo era en Bilbao y empezaba a las diez. La combinación de trenes era muy deficiente, así que fueron en el Renault 12 del abuelo. El mismo Renault 12 que, ya cansado y quejumbroso, acabaría heredando yo en mi juventud. Salieron antes del alba. «Fue mi primer madrugón de verdad —me dijo Lope Bolívar—. La primera vez que tuve que levantarme de noche.» El abuelo Tomás era un conductor impaciente. No encontraba placer en la carretera. Lo que le gustaba era alardear ante los amigos y los compañeros de la fábrica de lo poco que tardaba en llegar a los sitios. Al ponerse en marcha se marcaba un tiempo límite y hacía lo que fuese para no superarlo. Corría

más de la cuenta. Apuraba las curvas. Adelantaba con línea continua. Era tal la tensión con la que conducía, que llegaba a sus destinos exhausto, con el cuello duro como el mármol y las manos agarrotadas por la fuerza con que se aferraba al volante. Pero debía de tener un ángel de la guarda muy eficaz, porque nunca sufrió un accidente. Sólo esa vez que se salió de la carretera cerca de Benavente y terminó deteniéndose solo, sin chocarse con nada, en el patio de un desguace. Por suerte para ellos, ni Lope Bolívar ni el tío Sócrates tuvieron que padecer los excesos del abuelo Tomás aquella madrugada, ya que nada más salir de la ciudad se quedaron dormidos y, a pesar de los pitidos y los volantazos, no se despertaron hasta que llegaron a Bilbao.

En el torneo obtuvieron resultados dispares. El tío Sócrates quedó tercero. Lope Bolívar, más tenaz pero menos dotado, no pasó de la segunda ronda. Tenían previsto regresar por la tarde, pero las partidas comenzaron con retraso y el jaque mate final no se dio hasta las nueve. Luego un amigo del abuelo Tomás —un antiguo compañero de escuela que había hecho fortuna con el hierro viejo y tenía un hijo ajedrecista— insistió en que cenaran en su casa antes de emprender el viaje de vuelta. Entre unas cosas y otras, no salieron de Bilbao hasta las doce. A la altura de Miranda de Ebro, el abuelo Tomás empezó a quedarse dormido. El día siguiente era lunes. Su turno en la fábrica empezaba a las siete. Los chicos entraban en sus respectivos colegios a las nueve. Así que, conociendo su afición a los récords, muy mal tuvo que verse para hacer lo que hizo. Paró en un hostel de carretera y cogió dos habitaciones. Una doble y una individual. «Hostal Oasis, se llamaba. No se me olvidará en la vida», me dijo Lope Bolívar con los ojos encendidos. Sobre la entrada había dos cocoteros parpadeantes de neón verde. El recepcionista era un anciano lívido. Un muerto que aún se movía. Le pidió el carné de identidad al abuelo Tomás y, con una lentitud inconcebible, copió los datos en un impreso. Luego les dio las llaves. Eran muy largas, como las de un castillo, y estaban atadas a una bola de acero. En la pared, entre una máquina de tabaco y un dispensador de chicles, había un teléfono de monedas. El abuelo Tomás llamó a la abuela Palmira y al padre de Lope Bolívar para informarles del contratiempo. Después subió con los chicos a las habitaciones. Él se quedó con la individual. Lope Bolívar y el tío Sócrates entraron en la doble y se dejaron caer sobre las camas sin molestarse en apartar las colchas. Llevaban en pie desde el alba y estaban agotados. Nada más tumbarse, sin embargo, se les pasó el sueño. Una vez cruzado el umbral de la extenuación, se apoderó de ellos una agitación febril, que sólo pudieron aplacar charlando. Libres del escrutador ojo de los adultos, aislados de todo en aquel refugio de paso, empezaron a hablarse sin censura, con una franqueza que al principio les dio pudor pero que, a medida que crecía la noche, selló entre ellos una hermandad indisoluble. Hablaron de sus primeros recuerdos. El de Lope Bolívar era una mujer nadando a contracorriente en un río. El del tío Sócrates, la abuela Palmira empujando el carrito en que lo transportaba, algo distorsionada por la ventanita de plástico que lo protegía del frío. Hablaron de sus familias. De sus colegios. De lo que querían ser cuando fueran mayores. Lope Bolívar quería ser economista. El tío Sócrates admitió sin rubor que ni lo sabía ni le importaba. A las tres de la madrugada apagaron la luz y siguieron hablando en la penumbra, sin mirarse, medio hipnotizados por el sonido de sus propias voces y por los verdes parpadeos de los cocoteros de la entrada. Acababan de dormirse cuando el abuelo Tomás llamó a la puerta y dijo que era hora de marcharse. Había llevado a Bilbao a dos muchachos que apenas se conocían y traía de regreso a dos amigos. Dos almas unidas por una noche de insomnio y confidencias.

En los años siguientes se vieron poco. En cuanto tuvo ocasión, Lope Bolívar cambió el tablero por las faldas y las salas de fiestas. Se divirtió, pero no perdió de vista sus ambiciones. Estudió Económicas y, tras dos años de duro encierro, aprobó las oposiciones de Inspección de Hacienda. Luego se embarcó en la particular odisea de

los funcionarios. Años de resignación, de destinos no deseados, para poder al fin asentarse en su ciudad natal, en sus paisajes de siempre, arropados por los suyos. No todos lo logran. Lope Bolívar tuvo suerte. Al final de su periplo se casó con una antigua novia de la Facultad. Para cerrar bien el círculo, retomó el ajedrez y volvió a involucrarse en las actividades de la Federación. Según él, si el tío Sócrates le habló como lo hizo aquella noche en el casino, si de buenas a primeras le contó lo de sus siete años de vida estéril y cómo un jilguero lo había salvado del suicidio, fue porque, pese al tiempo transcurrido, seguía vivo el vínculo del hostel Oasis.

Ésta, como digo, es la versión de Lope Bolívar.

La del tío Sócrates es muy distinta. Él no tenía ni idea de quién era Lope Bolívar. No se acordaba de él. De hecho, del lejano viaje a Bilbao sólo recordaba el tic facial del adversario que lo eliminó —el guiño nervioso de un ojo— y el desconcertante aspecto de los percebes que el amigo del abuelo Tomás había servido durante la cena. Todo lo demás —el madrugón, el torneo, el recepcionista lívido, la noche en vela— se había esfumado por los resquicios de la memoria. Así que si se abrió a Lope Bolívar en el casino no fue porque se sintiera unido a él por vínculo alguno, sino porque se le habían subido a la cabeza el champán y los dos *gin-tonics* a los que se dejó invitar en el bar, y porque, embriagado o no, siempre es más fácil contarle la verdad a un desconocido.

Aprovechando una pausa en la conversación, Lope Bolívar se disculpó y fue al servicio. El tío Sócrates se arrellanó en el sillón y trató de poner orden en sus pensamientos, pero no pudo. Hacía años que no hablaba tanto y se sentía exhausto. «Vivir cansa», acertó a pensar mientras dejaba resbalar la vista por la moqueta llena de calvas. Junto al cansancio, envolviéndole como una funda, había también una alegría exultante. La euforia de saberse humano. Estaba tan absorto explorándose y paseando los ojos por el bar decadente, que no vio acercarse al camarero. Era un hombre bajo, enjuto, con las cejas muy pobladas y la mirada muy triste. La camisa que llevaba era blanca, aunque no del todo. Como el resto de las cosas en aquel edificio en declive, parecía irremediabilmente encaminada hacia el sepia. Traía la bandeja bajo el brazo, como si fuera un libro.

—Hola, Sócrates —dijo, desde el otro lado de la mesa.

El tío Sócrates lo miró con el ceño fruncido.

—¿No te acuerdas de mí? Soy Elio Infante, el padre de Lolo.

—Lolo —repitió el tío Sócrates, revolviendo en su memoria.

Más allá de la niebla, entre los residuos de los años perdidos, rescató a un adolescente airado e indomable que había pasado por la Federación como un tornado, volcando tableros e insultando a los árbitros y a los contrincantes. Rescató también a su padre, una copia más joven y menos triste del hombre que ahora le hablaba. No logró explicarse por qué se acordaba de ellos y no de Lope Bolívar. Acabó achacándolo al cansancio y a los caprichosos efectos del alcohol.

—Hola, Elio. Cuánto tiempo. ¿Qué tal Lolo? ¿Sigue jugando?

Elio Infante buscó algo en los ojos del tío Sócrates. Luego negó con la cabeza.

—Sentí mucho lo de tus padres —dijo.

—Gracias.

—¿Qué tal Melchor?

—Bien.

—¿Y tu hermana?

—Ocupada con los chicos. Dan mucho trabajo.

—Deben de estar ya muy crecidos, ¿no?

Elio Infante equilibró la bandeja sobre las yemas de los dedos y empezó a recoger los vasos que había en la mesa. Mientras lo observaba, el tío Sócrates supo que olvidaba algo. Algo importante relacionado con aquel camarero sombrío. Algo que no había logrado rescatar de la maraña de los años muertos.

—El mayor, Baruc, tiene ya quince años —dijo.

—Quince años. Cómo pasa el tiempo —dijo Elio Infante, y se quedó pensativo.

—Nos tiene a todos preocupados.

—Nada serio, espero.

—No lo sé. Esta tarde se fue de casa con un perro que encontró en la calle.

—Es una edad difícil.

El tío Sócrates sacó la cartera y le enseñó a Elio Infante la foto de Baruc que, junto a las del resto de la familia, había empezado a llevar consigo a raíz de su renacimiento. Era parte del juego que mi hermano se había hecho el último invierno, al sacarse el carné de identidad. Madre había insistido en que se arreglara para la ocasión y la foto mostraba a un Baruc repeinado y dócil, algo distinto del Baruc de todos los días.

—¿No lo habrás visto por ahí? —dijo el tío Sócrates.

Elio Infante cogió la fotografía y la examinó de cerca.

—No. Lo siento —dijo.

Se quedaron los dos en silencio. Dice el tío Sócrates que entonces le volvió la preocupación. Pensó en Baruc perdido en la noche. Pensó en Padre y en Madre esperando insomnes su regreso. Pensó en mí, confuso ante la cama vacía. «Me di cuenta de que donde tenía que estar no era allí, en el casino, sino con vosotros», me dijo. Se levantó del sillón, se despidió de Elio Infante y, con la inquietud anudada a la boca del estómago, le pidió que le dijera a Lope Bolívar que había tenido que irse.

En la calle lo esperaba el calor. No tanto como durante el día, pero suficiente para hacer que, después de andar unos minutos, la camisa se le pegara a los hombros. En vez de adentrarse en las calles del centro decidió tomar el paseo de la ribera, un trayecto peor iluminado pero más corto. Caminó deprisa, impulsado por la congoja. No fue consciente de la hora que era hasta que, cerca del paseo del Cid, a la altura del viejo embarcadero, oyó el reloj de los Capuchinos dando la una. Demasiado tarde para ir a vernos. Demasiado tarde, también, para llamarnos por teléfono. Contrariado, apoyó los codos en el antepecho de cemento que separaba el paseo del terraplén de la orilla y se quedó mirando la negrura del río. Le sorprendió ver una luz en la caseta del embarcadero. Un fulgor débil, que se derramaba sin ganas por el hueco de la puerta y teñía de amarillo el camino. Mientras lo contemplaba, vino a su mente el rostro triste de

Elio Infante. Una vez más, tuvo la certeza de que había algo que se le escapaba. Algo que un día supo y ahora, por más que lo intentaba, no lograba traer del olvido. Miró un poco más la noche sin luna. Luego se apartó del antepecho y se fue a casa disgustado, pensando que, con alcohol o sin él, la memoria es un mecanismo errátil y poco fiable. Al menos la suya.

El policía no entendió bien cuando Padre le dijo que aquello era el infierno. Creyó que se refería a la forma en que lo estaban tratando. Al arresto. A las esposas. A la dureza del interrogatorio. A la sala desnuda en que lo obligaban a esperar hasta que se hiciesen las comprobaciones.

—Hay sitios peores —dijo en un tono sin matices.

Pero Padre no se refería a eso. El infierno era no saber dónde estaba Baruc. Era la angustia. La impotencia. La incapacidad para proteger a su hijo de las amenazas del mundo. Pero había más. Para Padre, el infierno era también ir a vestirse una mañana de julio y, por pura casualidad, porque quería ponerse un reloj que hacía tiempo que no se ponía, encontrar en un recóndito cajón del ropero un montón de papelitos doblados en los que había escritos lugares, fechas y horas. El infierno era la sospecha. Era rebuscar entre las cosas de Madre y hallar dentro de un bolso un papelito igual que los otros que decía: «Martes, cinco de agosto. A las doce. Habitación ciento cuatro del hotel Avalón». Aunque el policía no pudiera entenderlo, para Padre el infierno era estar sentado en esa sala inhóspita escrutando unos zapatos desgastados mientras su hijo corría peligro y su esposa se preparaba para engañarlo. Y por más que se esforzaba, no lograba comprender por qué. Por qué, teniendo una familia que lo quería, Baruc se había ido de casa con un perro vagabundo. Por qué, tras dieciséis años de buen matrimonio, Madre había decidido arrojarse en los brazos de otro. Sentado en aquella dura silla de plástico, retenido entre cuatro paredes por un policía intratable, se cogió la cara con las manos y rompió a llorar porque su familia se iba a pique. Y eso, por más vueltas que le daba, no sabía cómo arreglarlo.

De pronto la comisaría se llenó de gritos. Al principio el policía no se inmutó. Continuó inmóvil, con los brazos cruzados y la vista perdida en la parte alta de la habitación, la que estaba pintada de verde claro. Luego, al ver que el vocerío persistía, apretó los labios y salió de la sala. A través de la puerta entreabierta, Padre percibió fragmentos del alboroto. En el centro de un remolino de agentes se revolvía un pordiosero de tez negruzca, cubierto con una gabardina emporcada. Lo traían cogido por los brazos y no paraba de lanzar puntapiés contra sus captores. Una y otra vez, con una porfía implacable y ronca, insultaba a los agentes y exigía que lo dejaran en paz. Que él no había hecho nada. El tumulto pasó deprisa ante la abertura de la puerta y, fuera ya del estrecho ángulo de visión de Padre, se alejó por los pasillos de la comisaría. La voz del pordiosero se fue debilitando con los giros y la distancia. Luego se oyó un portazo, y la voz se apagó. El policía volvió a la sala y cerró la puerta. Sacó del bolsillo del pantalón un pañuelo de tela, se agachó con alguna dificultad y frotó con él una mancha grisácea que había aparecido en la punta de su zapato izquierdo. «Una huella —pensó Padre—. La marca de una pisada.»

—¿Ése era el Ogro? —dijo.

El policía no respondió. Siguió frotando el zapato con una minuciosidad quirúrgica. Obsesiva, le pareció a Padre.

—Digo que si ése era el Ogro.

Aún agachado, el policía miró a Padre con irritación.

—¿Quién? —dijo.

—El Ogro. El hombre que vive en el río.

El policía se irguió con un gruñido, dobló cuidadosamente el pañuelo y lo guardó en el bolsillo.

—No sé quién era —dijo, y volvieron a quedar en silencio.

No dejaron marchar a Padre hasta las once y media. Durante la espera combatió la angustia con buenos recuerdos. Se acordó de cuando nos llevó a ver el mar. En realidad la idea había sido de Madre. Baruc tenía diez años y yo ocho, y según ella era imperdonable que nunca hubiésemos pisado una playa. Fuimos a la que más cerca teníamos: Santander. Hicimos el viaje en el Renault 12 del abuelo Tomás, porque Padre no se fiaba ni del renqueante cuatro latas del abuelo Rafael ni de su propio Simca 1000, que ya le había dejado varias veces en la estacada. Aparcamos frente a la playa del Sardinero y salimos del coche en tromba, respirando aquella humedad tan fragante, maravillados por la masiva belleza del agua. Nos cambiamos a toda prisa en la arena, tapándonos unos a otros con las toallas, y corrimos a bañarnos. Baruc y yo pasamos un largo rato retozando en la espuma, hasta que las yemas de los dedos se nos arrugaron y empezamos a tiritar de frío. Comimos tarde, en un mesón del barrio de Puertochico. Un banquete de rabas, langostinos y mejillones en salsa. Luego volvimos a casa, extáticos y con la piel encendida. Un poco más seguros, me parece a mí, de quiénes éramos. Padre se acordó de los desayunos familiares de los domingos. De las ruidosas sesiones de Palé, en las que yo casi siempre perdía. De las siestas con Madre. De aquel aniversario, creo que fue el séptimo, que pasaron en un hotel de San Sebastián. Pero no sirvió de nada. A pesar de los buenos recuerdos, la angustia no se iba. Seguía allí, insidiosa, apretando su nudo. Padre estaba a punto de derrumbarse de nuevo cuando el sargento de los ojos azules entró en la sala. Su expresión había cambiado. No quedaba en ella ningún rastro de la inquina del interrogatorio. Ahora era benigna. Comprensiva. Una cara de amigo. El sargento puso la mano en el hombro de Padre y le dijo que podía irse.

—¿Y qué hay de mi hijo?

—Estamos buscándolo.

—Ese hombre de antes, el que gritaba, ¿era el mendigo del río, el Ogro?

El sargento asintió con la cabeza. Luego, un poco a contrapelo, como si le costase trabajo pronunciar las palabras, dijo que Baruc había pasado la noche en la caseta del embarcadero y que no había razones para pensar que estuviera herido.

—Pero ¿y la sangre.?

—Del mendigo. Al parecer se cortó abriendo una lata. Todo indica que su hijo está bien. Lo que no Sabemos es dónde. Lo más probable es que vuelva a casa en cualquier momento. Si no, no se preocupe. Nosotros lo encontraremos.

Padre estrechó la mano que el sargento le ofrecía.

—¿Y qué van a hacer con ese hombre?

—Retenerlo hasta que todo se arregle. Por si acaso. Ya sabe usted cómo va esto.

Padre dijo adiós y salió al brillo cegador del mediodía. Se paró en la acera y trató de poner en limpio sus intenciones. Mientras pensaba, sintió el picor de la calima en el cuello, en la cabeza, en los hombros. Respiró una larga bocanada de aire caliente. Un

pedazo de aquella mañana infausta. Luego entró en una cabina y llamó a casa. El timbrazo me cogió otra vez en la ventana del salón, carcomido por el desasosiego, rezando para que Baruc volviera a hacerse visible entre los vapores de la calle Normandía.

—¿Dígame?

—Hola, hijo. ¿Ha vuelto tu hermano?

—No.

—¿Y tu madre?

—Ha salido.

—¿Hace mucho?

—Un rato.

—¿Dijo adónde iba?

—No. Llamaron por teléfono y salió corriendo. Me dijo que me quedara, por si volvía Baruc.

—¿Le dijiste lo que había pasado?

—Sí. ¿Te han hecho algo?

—No, hijo, qué me van a hacer.

—¿Aún estás en la comisaría?

—No. Ya he salido. Creen que Baruc está bien. Lo están buscando.

—Papá...

—Dime.

—¿Qué hago.?

—Haz lo que te dijo tu madre.

—Vale.

—Te estás portando muy bien. Hasta luego, hijo.

—Hasta luego.

Regresé a la ventana avergonzado. Pese a las alentadoras palabras de Padre, sabía que si Baruc seguía desaparecido era por mi culpa, por no haberle dicho a nadie que lo había visto. Fue, no lo olvidaré nunca, el primer desencuentro serio con mi conciencia.

Padre salió de la cabina y, con la aflicción agarrada a la garganta, castigado por el sol implacable, se encaminó hacia el hotel Avalón. Hoy ya no está. Hace tiempo que lo derruyeron, junto con los edificios colindantes, para hacerle sitio a un centro comercial. Pero en aquella época era el hotel preferido de los ejecutivos y los amantes. A los primeros les gustaba el gimnasio de la última planta —desde cuyas bicicletas estáticas se veía la mole grisácea de la ciudad, atravesada por la herida viva del río— y el rigor estandarizado de sus servicios. Los amantes iban porque quedaba a desmano,

convenientemente alejado del centro, pero sobre todo por las bañeras con hidromasaje y las camas de dos por dos, lujos que, por aquel entonces, nadie que yo conociese podía presumir de tener en su casa.

El hotel era blanco y alto, como una monumental tiza puesta de pie, y tenía las ventanas cuadradas, con los cristales ahumados. Se diría que, al diseñarlo, los arquitectos habían previsto el uso que iba a dársele y habían querido protegerlo de toda intromisión, incluso de las provenientes del aire. Padre se detuvo a la entrada a las doce menos diez. Había venido todo lo rápido que le había dejado el calor. Falto de aliento, con la camisa macerada en sudor, lanzó una mirada nerviosa a través de la puerta giratoria. Vio al recepcionista, un joven bronceado y sonriente. Vio a dos hombres de traje sentados en los sillones del *hall*. Podía ser cualquiera de ellos, pensó. El amante. El otro. Echó una ojeada a su alrededor. Era una calle tranquila, con poco tráfico, flanqueada por bloques de pisos nuevos. En la acera opuesta, a la sombra de un plátano, había un banco con dos asientos, uno orientado hacia las casas y el otro hacia la carretera. Padre cruzó la calle. Se sentó mirando al hotel. Apoyó los antebrazos en los muslos. Y, medio ahogado en su propia angustia, susurró:

—Esto es el infierno.

El Ogro tenía razón. El río se despertó temprano y ya no hubo quien durmiera en la caseta. Salió el sol. Otro impetuoso sol de verano. Duro. Irritable. Deseoso de atenazar la ciudad con sus brazos candentes. Los árboles se desperezaron. Las orillas recobraron sus formas. El bullicio de los pájaros se coló en la mente de Baruc y le fabricó un último sueño. Escalaba una montaña de agua. Al llegar a la cima, daba un salto y se aferraba a la pata de una gigantesca águila bicéfala cuyos graznidos, mezclados con el gorjeo de los pájaros, lo trajeron de vuelta a la caseta. Una luz prístina, sin estrenar, se colaba por el hueco de la puerta y hacía que todo pareciera otra cosa. Bajo su caricia, el mísero cuchitril se transformaba en un aposento vaporoso. En el templo de alguna religión arcana. Tigre yacía junto al colchón. Al sentir que su amo se movía, se acercó a él y le lamió la cara. El que no estaba era el Ogro. Baruc se levantó y salió a la orilla. Respiró hondo. Cogió del suelo una piedra plana y la lanzó con fuerza contra la lisa superficie del río. La piedra botó cuatro veces. Luego se hundió, dejando tras ella una estela de ondas concéntricas. Mientras se disolvían, Baruc pensó en lo que había hecho y, alumbrado por la lucidez de la mañana, se asombró de su propio arrojito. Se había ido de casa. Había pasado la tarde como un vagabundo, yendo de un sitio a otro. Y, para rematar su temeraria aventura, había dormido en la caseta de un indigente.

—Se acabó —dijo, mientras la última onda se diluía en el río.

Pero no podía irse así, sin despedirse del Ogro ni agradecerle su hospitalidad. Se metió la mano en el bolsillo y sacó lo que le quedaba de la propina del domingo: un arrugado billete de cien pesetas, tres duros y algunas monedas de cincuenta céntimos. Suficiente, calculó, para comprar leche y pasteles y preparar un desayuno de fiesta. Un ágape de gratitud, que sirviera también para celebrar su regreso a casa. Dudó si llevar consigo la caña y el macuto, pero le dio pereza y optó por dejarlos en la caseta. Seguido de Tigre, dejó la orilla por el sendero que lleva hasta el puente del Perdón. En lugar de dirigirse hacia el centro, donde alguien podía verlo y dar al traste con su plan, se alejó de él cruzando el puente. Visto desde la barandilla, el río parecía una cinta de acero bruñido donde se reflejaban las orillas verdes, los edificios y las escasas nubes que moteaban el cielo aquella mañana recién nacida. Al otro lado del puente estaban los arrabales de la margen izquierda, una cuadrícula de manzanas de ladrillo que se extendía sin variaciones ni accidentes visibles hasta los montes chatos que, medio kilómetro al este, marcaban el límite natural de la ciudad. Aún era pronto para encontrar nada abierto. Baruc mató el tiempo dando vueltas, recorriendo las calles y avenidas clonadas. A las diez, harto de caminar sin rumbo en aquel dédalo de fachadas intercambiables, se detuvo aliviado ante las puertas recién abiertas del hipermercado Ocasión. Nunca había estado dentro. Quedaba lejos de casa y, además, Madre prefería comprar en las tiendas del barrio. Pero lo conocía de oídas. Era el primer hipermercado que se había instalado en la ciudad y todo el mundo hablaba de sus estantes infinitos. De las atléticas empleadas que, como ángeles modernos, se deslizaban por él en pantalón corto y patines. De su sistema de aire acondicionado, ese milagro de la tecnología que hacía de él un reducto de frescor donde se refugiaban las familias los sábados por la tarde.

—Espérame aquí —le dijo a Tigre, y cruzó las puertas automáticas con actitud seria y respetuosa, como si estuviera traspasando el umbral de una iglesia.

Era más grande aún de lo que había imaginado. Tenía un techo altísimo, del que pendía una profusión perfectamente alineada de tubos fluorescentes y carteles de

colores. Más allá de la interminable hilera de cajas registradoras, custodiadas por una hierática cohorte de mujeres vestidas de amarillo, el espacio se dividía en una serie de avenidas anchas, relucientes y, a esas horas, casi desiertas. Baruc no vio a ninguna empleada en patines, pero sí sintió la frescura del aire. Una frescura seca y, por contraste con el bochorno de la calle, rayana en el frío. Cogió de un montón una cesta de plástico y, con una desorientación evidente, fue explorando los estantes hasta dar con lo que buscaba: una bolsa de leche, una botella de zumo de naranja y un surtido de pasteles envasado en celofán. Iba hacia las cajas cuando se dio cuenta de que estaba dejando a Tigre fuera del convite. También él merecía algo especial en aquel desayuno de despedida. Tras varias vueltas en falso, encontró una pequeña sección de comida para mascotas. Eligió una lata de carne de buey que llevaba en la etiqueta la fotografía de un *collie* sonriente. Antes de meterla en la cesta, hizo cuentas. Sumó los precios de lo que había cogido y constató con desánimo que no le llegaba el dinero, ni siquiera devolviendo a la balda la botella de zumo. Revisó la sección, pero lo único que encontró más barato fue un insípido hueso de goma. Un oprobio, pensó, para un perro acostumbrado a vivir a la intemperie. Se quedó pensativo, con la lata en la mano, buscando una solución a su dilema. De los confines del supermercado, más allá de las empalizadas de tarros y envases, llegó el tintineo de una caja registradora. Por megafonía, una voz desganada anunció una oferta en la sección de congelados. Baruc miró a ambos lados del pasillo y comprobó que no había nadie. El corazón se le aceleró. Las piernas le empezaron a temblar. Sobreponiéndose a la parálisis del miedo, se metió la lata en la parte frontal del pantalón y, con pasos lentos y agónicos, se dirigió hacia las cajas. No llegó muy lejos. Dos interacciones de pasillos más abajo, un hombre se interpuso en su camino.

—Ven conmigo —dijo.

Era alto y delgado. Llevaba una camisa blanca de manga corta. Pantalones grises. Una corbata granate. Tenía la tez clara y las mejillas algo azuladas, teñidas por la sombra perenne de los hombres hirsutos. Su tono era tan tenso y amenazador, que a Baruc no se le pasó por la cabeza desobedecer la orden. Caminaron juntos hasta el final de la hilera de cajas registradoras, cruzaron una puerta de chapa metálica con un rótulo que decía «SÓLO PERSONAL AUTORIZADO», subieron —Baruc por delante— unas estrechas escaleras recién fregadas y entraron en una oficina espaciosa, bien ordenada, con una ventana desde la que se veía todo el supermercado. Había dos estanterías metálicas llenas de archivadores. De la parte superior de una pared colgaba un aparato de aire acondicionado. Era grande y gris. Emitía un ronquido molesto, de animal moribundo, y perdía agua por una de sus comisuras. En su caída, las gotas pasaban frente a una fotografía ampliada de la plantilla —en su mayor parte vestida de amarillo, posando a la puerta del hipermercado— y se precipitaban con un leve chapoteo en un cubo de plástico azul. El hombre cerró la puerta, rodeó la mesa y se sentó en una silla giratoria.

—Cómo te llamas —dijo, haciendo girar la silla, y se enlazó las manos sobre el estómago.

—Juan —dijo Baruc, tras un instante de duda.

Estaba de pie frente a la mesa, muerto de miedo.

—Espero que no me mientas, Juan. Te lo digo por tu bien.

—Baruc.

—¿Cómo?

—Que me llamo Baruc.

—Vaya nombre.

—Es de la Biblia. Significa bendito.

—Pues poco bendito has salido tú. Además de ladrón, mentiroso.

—Yo no soy un ladrón.

—Ya. ¿Y tu apellido.?

—Gaitán.

—Bueno, Baruc Gaitán. Pues ahora vas a dejar esa cesta en el suelo, vas a sacar la lata que llevas en los pantalones y la vas a poner aquí, encima de la mesa.

Baruc obedeció de nuevo. Sentía miedo, humillación y una chispa de enojo por el insulto.

—No me llegaba el dinero —murmuró, al borde del llanto.

—No vives por aquí, ¿verdad? Tu cara no me suena.

Baruc negó con la cabeza.

—No voy a llamar a la policía porque es la primera vez. A los que sí voy a llamar es a tus padres. Porque tienes padres, ¿no?

Baruc palideció.

—Tienes padres, o no.

—Sí.

—Bueno. Pues entonces me das el número de tu casa y los llamo para informarles de lo que ha pasado. ¿Te parece?

Baruc sintió que se hundía. Que su cuerpo inerte se precipitaba como un muñeco de trapo en un vacío sin fondo. A la vergüenza de robar y ser cogido se sumaba la de ver que, tras las horas de libertad, tras la noche salvada entre las sombras del río, su escapada iba a tener un final tan deshonesto. Cuando por fin logró contestar, la voz le salió tan débil que tuvo que repetir el número para que el hombre pudiera marcarlo. Las rotaciones del disco repercutieron como lamentos en el aire rígido. Luego vino una espera eterna, marcada por el ronquido del aparato de aire acondicionado y por las rítmicas salpicaduras del agua al caer en el cubo.

—¿La señora Gaitán, por favor? —dijo por fin el hombre—. Sí, mire, llamo del hipermercado Ocasión... No, señora, no quiero venderle nada. Llamo por su hijo Baruc. Acabamos de cogerlo robando y...

El hombre calló de repente. Permaneció unos segundos inmóvil, escuchando con atención, mirando a Baruc con los ojos muy abiertos. A continuación se levantó y se apartó un poco de la mesa. Siguió hablando de espaldas, en un tono apenas audible. Baruc se esforzó por entender lo que decía. Al comprobar que era inútil, se volvió hacia la ventana y echó un vistazo al supermercado. Había más gente que antes. En la

sección de lácteos había una anciana examinando yogures. Los cogía de la balda, leía con atención la etiqueta y, meneando la cabeza en señal de desaprobación, volvía a dejarlos en su sitio. Había algunas mujeres con niños y carros rebosantes. Había un hombre engominado, vestido con un chándal rojo, camisa de vestir y mocasines negros, recorriendo con la mirada acuosa la sección de bebidas alcohólicas. Entonces las vio. Dos empleadas en pantalón corto y patines, deslizándose por el pasillo central como dos soplos de niebla. Una, la más alta, tenía una piel bronceada y uniforme que acentuaba las ondulaciones de sus piernas. La otra era muy blanca y llevaba el pelo recogido en una cola de caballo. Venían hablando. Sonriendo. Moviendo los brazos y las piernas a la vez, con un movimiento elástico, espontáneamente acompasado. Doblaron en la sección de bebidas alcohólicas, pasaron ante el hombre del chándal —que las siguió un trecho con la mirada muerta de quien lo ha olvidado ya casi todo— y desaparecieron en la sección de frutos secos. A pesar de que ya no estaban, durante varios segundos Baruc las siguió viendo. Gráciles. Improbables. Bellas. Un milagro en los pasillos de un supermercado. Entonces, aún bajo el influjo de esa visión, hizo algo que ni siquiera él se esperaba. Aprovechando que el hombre seguía al teléfono, cogió de la mesa la lata de comida de perro, la metió en la cesta y salió a toda prisa de la oficina. Bajó las escaleras a saltos, con la vista nublada por el vértigo de la fuga. Al llegar abajo se dirigió corriendo a la primera caja registradora que vio vacía —la número diez— y ante el asombro de la cajera la cruzó sin detenerse. En la corta distancia que lo separaba de la calle oyó dos voces que le gritaban. Una —aguda y sin fuste—, la de la cajera. La otra la del hombre, que había salido en su busca. Que volviera, decía. Que no iba a pasarle nada. Las puertas automáticas se abrieron. Mientras las cruzaba, Baruc echó la vista atrás. Entre la gente que presenciaba su huida vislumbró las figuras de las dos patinadoras, y tuvo la impresión de que le sonreían

Lo bueno que tienen las sentencias, sobre todo las solemnes, es que son reversibles. Tanto vale una como su contraria. Lo digo por algo que solía decir la abuela Milagros. Otra de sus frases memorables. «La gente no cambia», decía. Supongo que es verdad. Que no hay forma de alterar lo que somos. En esencia, morimos siendo la misma persona que éramos al nacer. Pero la antípoda de esa afirmación es igual de legítima. La gente sí cambia. Mis padres no son quienes eran antes de que Baruc se marchara. El tío Sócrates con el que hablé ayer se parece poco al tío Sócrates que ganó a Bobby Fischer. Y el Ogro no siempre fue el Ogro. Antes fue Carlos Moix, un barcelonés decente e industrioso, en lucha constante con su única inclinación malsana: el póquer. Sólo necesitó un aviso para saber qué ocurriría si se dejaba arrastrar por él. Una heladora tarde de enero se sentó en un bar a jugar unas manos y, absorto en las apuestas y en los lances del juego, se olvidó de que a las siete tenía que recoger a su hija Rebeca —que entonces tenía nueve años— de su clase de ballet. Para cuando se quiso dar cuenta, ya casi eran las ocho. La encontró abrazada a sí misma en un banco, tiritando, con los labios azules y el tutú asomando bajo el abrigo. El susto le obligó a enfrentarse a su lacra. Dejó de jugar de golpe, pero pronto descubrió que la abstinencia no sólo no solucionaba el problema, sino que lo agravaba, pues hacía que no pudiera pensar en otra cosa. Tras un duro periodo de pruebas, concluyó que una partida al mes, entre amigos y sin apuestas reales, le ayudaba a mantener la cordura. Renunció a su puesto de representante de una marca de máquinas de café —tenía que viajar mucho y pasaba muchas noches fuera de casa, lo cual daba alas a la tentación—, y durante más de una década sacó adelante a los suyos vendiendo coches en un concesionario de la calle Provenza. Pero no se puede luchar eternamente, sobre todo contra uno mismo. Una tarde de octubre de mil novecientos setenta y ocho, al salir del trabajo, Carlos Moix entró en un bar y, a través de una puerta entreabierta, vio a cuatro hombres jugando una timba de póquer. Pidió un cortado y lo bebió pensativo en la barra, a pequeños sorbos que buscaban postergar lo inevitable. Volvió a mirar hacia los hombres. Acababan de repartir y estudiaban sus cartas envueltos en una nube de luz y tabaco. Entonces dejó la taza en el platillo, respiró hondo y se dijo que por una vez no iba a pasar nada.

Pero sí que pasó. Se unió a la timba a las ocho y cuarto de la tarde y cuando salió de nuevo a la calle ya era de día y lo había perdido todo menos la casa. Y no porque no intentara apostarla también. Cuando se quedó sin cheques quiso ir a buscar las escrituras, pero el dueño del bar se apiadó de él y le convenció de que ya había perdido bastante. Todo lo demás se quedó en el tapete. El fondo que tenía guardado para que Jaime, su hijo mayor, completara sus estudios de Economía en la universidad de Chicago. El dinero que hacía falta para avalar a Rebeca y ayudarla a poner en marcha su farmacia. Los ahorros que iban a permitirles a él y a Ana —su esposa— hacer las cosas que no habían podido hacer mientras estaban ocupados criando a sus hijos. En una palabra: el futuro. Tan evidente era su devastación, que antes de irse los demás jugadores hicieron una colecta para no dejarle con lo puesto. Lo que ocurrió a continuación, Carlos Moix lo recuerda borroso. Recuerda que llovía y que llevaba puesta una gabardina nueva. Recuerda que echó a andar y que de pronto le cayó encima la desesperación. Sintió que daba vueltas en un torbellino. Que, como un corcho en un desagüe, giraba cada vez más deprisa hacia un vórtice negro. Cuando desapareció por él supo que, aunque aún respiraba, su vida se había acabado. No tuvo fuerzas para ir a casa y contarle a su esposa que los había dejado a todos en la ruina. Entendió que a partir de entonces su familia iba a estar mucho mejor sin él, así que cambió de rumbo, fue a la estación de Sants, compró un billete al azar y se subió a un

tren que lo llevó a Zaragoza. En Zaragoza tomó otro tren a Logroño. De allí fue a Burgos. A León. A La Coruña. A veces dormía en los trenes. A veces en pensiones lúgubres que siempre olían a verdura cocida y a desgracia. El dinero se acabó a mediados de noviembre. Siguió viajando porque no sabía qué otra cosa hacer con el tiempo que le quedaba hasta la muerte, y porque el hipnótico movimiento de los trenes le embotaba el recuerdo y le ayudaba a no pensar. Cuando llegaba el revisor se bajaba dócilmente, por lo general en estaciones y apeaderos recónditos, y esperaba a que pasara el próximo tren. En sus circunstancias, cualquiera era bueno. El reloj se lo robaron la primera noche que pasó al raso, en un banco del sevillano parque de María Luisa. Se despertó asustado y trató de defenderse, pero el ladrón lo tiró del banco de un puñetazo, le dio una patada en la sien y lo dejó inconsciente en el suelo. Desde entonces midió su vida por el sol. Poco a poco la gabardina perdió su color original y adoptó el tono escuálido de la pobreza. El pelo se le fue enmarañando. Le creció la barba. Se le ennegreció la tez. Y su cuerpo empezó a exudar un tufo acre y espeso que hacía que la gente arragara la nariz al cruzarse con él en la calle.

Llegó a la ciudad una tarde de primavera del setenta y nueve, convertido en un vagabundo malhumorado. Pensaba dormir en cualquier sitio y seguir viaje al día siguiente, pero encontró por casualidad la caseta del río y decidió quedarse. Hacía bueno y no tardó en adaptarse al entorno. Tenía de todo. El agua la cogía de las fuentes de la pradera del Cid. La comida, de las cajas de productos sobrantes que los tenderos dejaban en las aceras. Y de vez en cuando se bañaba en un remanso que descubrió río arriba, más allá del puente del Perdón. Para que el tiempo pasara más rápido ideó una actividad tan fútil como los viajes sin destino. Rescató de la maleza un carro de supermercado y se dedicó a llenarlo de bolsas de plástico y ropa desechada que nunca se ponía. Se instaló en una existencia degradada e inútil, contaminada por las negras corrientes de la culpa y la memoria. A principios del invierno estuvo a punto de marcharse, pero tras las primeras noches de helada aprendió a combatir el frío con hogueras y periódicos, y prefirió quedarse donde estaba. Y allí seguía aquella noche de agosto, cuando Baruc irrumpió en su caseta acompañado de un mil leches de ojos turbios.

Todo esto lo recordó el Ogro frente a un espejo de la comisaría de la calle Ultramar, al rato de dejar a Baruc dormido en el río. Llegó allí acosado por una nube de malos presentimientos. Le llamó la atención que no hubiera nadie haciendo guardia en la puerta. Entró con recelo, atravesó el vestíbulo y, al girarse para enfilarse un pasillo, casi se dio de bruces con su propia imagen. Desde su huida, hacía ya casi dos años, sólo había visto su reflejo fugazmente y a distancia, en los escaparates y superficies pulidas de la ciudad. Un bulto oscuro, sin facciones, que no le despertaba el menor interés. Se sabía sucio. Desmejorado. Venido a menos. Pero no supo cuánto hasta que aquel espejo lo emboscó y le obligó a enfrentarse a sí mismo. Bajo la luz ingrata de los tubos fluorescentes, observó estremecido sus ojos muertos. Su maraña de pelo gris. Su dentadura cubierta de sarro. Su tez acartonada, agrietada por la intemperie. «¿Cómo he llegado a esto? », murmuró.

—¿Qué haces tú ahí?

Estaba tan ensimismado, que pensó que la voz era suya. Que era él quien hablaba con aquel reflejo esperpéntico.

—¡Pst! Que qué haces ahí, te he dicho.

El Ogro volvió en sí. Apartó la vista del espejo y miró hacia el pasillo. Quien hablaba era un policía pelirrojo. Sin gorra. Con cara de sueño. Tenía el antebrazo apoyado en el

marco de una puerta y la mano en la porra.

—Tengo a un muchacho dormido en mi caseta. Dice que se ha escapado de casa.

El policía miró al Ogro de arriba abajo. Con desprecio.

—Largo de aquí, que no estoy para bromas —dijo. El Ogro no se movió.

—¿Estás sordo, o qué? Te he dicho que te largues. —Pero...

—Ni pero, ni hostias. Te vas y punto. Tengo cosas más importantes que hacer que hablar con un mendigo.

Desconcertado, el Ogro retrocedió dos pasos. Luego se dio la vuelta, cruzó el vestíbulo y salió a la calle. Mientras se alejaba, oyó risas provenientes de la comisaría. Se detuvo en medio de la acera. Imaginó al policía pelirrojo jactándose ante sus compañeros de haber ahuyentado a un indigente. Imaginó también a Baruc tendido en la negrura, soñando sueños de fugitivo, y a sus padres angustiados, temiendo lo peor. Volvió a entrar. La puerta a la que se había asomado el policía estaba entreabierta. A través de ella oyó cómo cesaban las risas. Luego, en un tono desabrido, el policía pelirrojo empezó a quejarse de los turnos de trabajo. Dijo que ya no podía más. Que entre unas cosas y otras, llevaba una semana entrando a las diez de la noche y saliendo a las tres de la tarde. Que eso no había quien lo aguantara.

—Como para encima tener que soportar a mendigos borrachos —concluyó.

—No estoy borracho —dijo el Ogro desde el pasillo.

Hubo un corto silencio. El silencio de la sorpresa. Luego la puerta se abrió del todo y aparecieron ante él el policía pelirrojo y dos compañeros.

—Pero ¿qué coño haces aquí otra vez? ¿No te dije que te fueras?

—No estoy borracho. Y el chaval se llama Baruc.

—Ya. Y yo me llamo Piolín, no te jode.

Los dos compañeros se rieron.

—El apellido no quiso decírmelo. Cuando se quedó dormido le miré en los bolsillos y en el macuto, por si llevaba el carné de identidad, pero no encontré nada. Por eso he acudido a ustedes. Si no, habría avisado directamente a sus padres.

—El macuto.

—Sí. Llegó con un macuto y una caña de pescar. Ah, y un perro. —Hueles mal. —Lo siento. Vivo en la calle. —Fuera de aquí. —Pero tienen que hacer algo ... —He dicho que fuera.

El Ogro abrió la boca para replicar, pero no le dio tiempo a decir nada. La mano abierta del policía pelirrojo cayó como una maza sobre su mejilla y lo lanzó de espaldas contra la pared del pasillo. Aturdido, se palpó la cara con la yema de los dedos. Luego, muy despacio, con la voz llena de ira, murmuró:

—Niñato hijo de puta.

—¿Qué has dicho? —dijo el policía, acercándose.

El Ogro le miró a los ojos. —Niñato hijo de...

El policía no le dejó acabar. Se arrojó sobre él y lo golpeó con los puños, con los pies, con las rodillas, hasta que el Ogro quedó tendido en el suelo.

—Y ahora, ya te estás largando —dijo, señalando

hacia la salida.

El Ogro apretó los dientes y esperó a que el dolor amainase. Le ardía la cara. Sentía un palpito punzante en el costado. La herida de la mano se le había abierto con los golpes. La sangre empapaba el vendaje y goteaba en el suelo.

—Que te largues. No te lo voy a decir más veces.

Con mucho esfuerzo, el Ogro izó la cabeza y, a modo de contestación, lanzó al aire un salivazo furioso. La masa de baba sanguinolenta rozó el pantalón del policía, sobrevoló la anchura del pasillo y aterrizó en el zapato derecho de uno de sus compañeros. Un zapato negro y desgastado, pero impoluto. El compañero observó con incredulidad la mancha pastosa, entreverada de rojo. De pronto avanzó un paso y le dio al Ogro una patada en el estómago. El impacto fue tan brutal, que su cuerpo se despegó de las baldosas y volvió a caer sobre ellas con un estremecimiento de carne y huesos. El compañero sacó un pañuelo de tela del bolsillo y, ajeno a los quejidos de su víctima, se puso a limpiar el zapato. El policía pelirrojo cogió al Ogro por el cuello de la gabardina, lo levantó de un tirón, lo condujo a empellones por los entresijos de la comisaría y lo arrojó al interior de un calabozo.

—A ver si te pudres ahí dentro —dijo, cerrando la reja con un estruendo de hierros.

Dolorido, agarrado a los barrotes, el Ogro oyó alejarse al policía. Luego se apartó de la reja y se tumbó de lado en un banco de cemento que había adosado a la pared. La celda estaba oscura. Arriba, cerca del techo, había una pequeña ventana. A través de la tela metálica que la cubría se insinuaba un cielo nocturno manchado por el brillo de las farolas. Durante un largo rato el Ogro permaneció inmóvil, atento a los ruidos que hacía la noche. Un motor que crecía y se perdía en la nada. Un ladrido lejano. Un frenazo. Entonces escondió la cara en la solapa de la gabardina y lloró de dolor. De vergüenza. De desasosiego. Acurrucado como un niño, sintiendo en la herida abierta las palpitations de la sangre, lloró sin contención, como nunca antes lo había hecho. Cuando se le acabaron las lágrimas, siguió llorando sin ellas, hasta que, poco antes de que regresara el día, el cansancio le dio alcance y se lo llevó el sueño. Dos horas más tarde el policía pelirrojo lo despertó con gritos y sacudidas de los barrotes. Hacía calor. Por el rectángulo de la ventana —ahora de un azul intenso— entraba una luz blanda e inexperta. El Ogro quiso levantarse de golpe, pero se lo impidieron el dolor y el entumecimiento.

—Es para hoy —dijo el policía.

El Ogro respiró hondo y lo intentó de nuevo. Se incorporó muy despacio, apoyando las manos en el borde del banco, percibiendo con cada milímetro de ascenso la temblorosa tensión de los músculos, de las articulaciones, de los huesos. Cogió aire. Cuando se le hubo asentado el dolor, se puso en pie y siguió al policía hasta la calle.

—Ahora, largo.

El Ogro echó a andar.

—Y no quiero verte más por aquí —oyó mientras se alejaba.

Pocos metros calle abajo vio acercarse el camión de riego del ayuntamiento. Al llegar a su altura, el chorro de agua patinó sobre la calzada, chocó con fuerza contra el bordillo y, transformado en una ola de polvo húmedo, le mojó los pantalones hasta las rodillas. Normalmente se habría enfurecido. Habría izado el puño e insultado al conductor del camión. Pero esa mañana interpretó el remojón como un bautismo. El inicio de una vida nueva. Renovado tras la noche de llanto, siguió andando con urgencia, tan rápido como le dejaba su cuerpo maltrecho. Bajó al río casi corriendo, convencido de que sólo salvando a Baruc podía salvarse a sí mismo. Llegó a la caseta extenuado. Se apoyó en el hueco de la puerta y, respirando anhelosamente, con un regusto de sangre y metal en la boca, vio que Baruc ya no estaba.

Aquella noche Madre no pegó ojo. Ella dice que por Baruc, y en parte es verdad. Pero eso no fue lo único que la mantuvo despierta. Estaba también el inesperado enfado de Padre, hecho patente por su ausencia en la cama —la primera de su vida juntos— y por las turbadoras palabras que había pronunciado durante la comida, poco después de que Baruc se marchase: «El chico no tiene culpa de nada». ¿Qué quiso decir con eso?, se preguntó Madre una y otra vez en la tibia oscuridad del dormitorio. ¿Es que sospechaba algo? ¿Qué pasaría si llegara a enterarse? Aterrada, se levantó de la cama, cogió las notas que irreflexivamente había guardado en un cajón del ropero y fue a tirarlas a la basura. Y, por supuesto, estaba la inminente cita con Ulises en el hotel Avalón, que la tuvo dando bandazos entre la insensatez y la cordura —entre las ganas de verlo y la certeza de que no debía— hasta que la mañana vino a rescatarla. Cuando Padre y yo salimos a buscar a Baruc, ella se quedó sola en la cocina, acongojada, lidiando como podía con la confusión y los aldabonazos de la conciencia. Fregó los cacharros del desayuno con la mente nublada. Luego se hizo otro café, el tercero de aquel día aciago, y se sentó a beberlo en un taburete. Le dio vueltas con la cuchara. Sopló un poco para enfriarlo. Iba a dar el primer sorbo cuando sonó el teléfono. Dejó el vaso en la mesa y fue corriendo a contestar. —Sí —dijo.

—¿Qué tal? ¿Alguna novedad? —dijo el tío Sócrates.

—No. Pensé que a lo mejor era él. —¿Y Melchor?

—Ha salido con Hugo a buscarlo.

—¿Quieres que me acerque?

—No, tranquilo.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Si hay algo me llamas, ¿eh?

—Vale.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

Al colgar, Madre tuvo la reconfortante impresión de que estaba recuperando a su hermano. De que, tras tantos años de ausencia, el tío Sócrates había vuelto por fin de su mundo de hielo. Una vez más, vinculó el cambio al ajedrez y a la soltería, las cosas que, según ella, lo habían convertido en un ser sin apegos. Pensó que el ablandamiento de las últimas semanas, la preocupación por Baruc y el abrazo de la noche previa se debían a que ya no jugaba al ajedrez ya que, a sus treinta y cinco años, por fin había conocido a alguien. Sólo una mujer podía obrar un cambio tan súbito, concluyó camino de la cocina. Sólo el amor podía meter a un hombre como él en la vereda de lo humano. Una vez más, se equivocaba. Bebió el café con la mirada perdida, esforzándose por dar sentido a las confusas visiones que alborotaban su mente. Algunas eran recuerdos. Otras, meras invenciones de la inquietud. Vio un mar encrespado. Unas sábanas revueltas. Un tren atravesando un paisaje nevado. Los ojos turbios de Tigre. Una acera sembrada de palomas muertas. Un ascensor detenido

entre dos pisos. A Claudia Cardinale con el pelo húmedo, envuelta en un albornoz blanco. A Baruc y a mí jugando en una piscina infantil. A Ulises sentado en una cama, esperándola. Temerosa de sus propios pensamientos, trató de distraerse manteniéndose activa. Preparó una coliflor en la olla y la puso a cocer a fuego lento. Luego pasó una bayeta por la encimera y se fue a limpiar el cuarto de baño. Con un esmero febril, espolvoreó detergente en la bañera y frotó sus paredes con una esponja mojada. Después de la bañera lavó la taza y el lavabo y fregó el suelo. Al acabar con el cuarto de baño, entró en nuestra habitación. Estaba haciendo mi cama cuando el teléfono sonó de nuevo. Salió al pasillo y descolgó el auricular. Era un hombre. Del hipermercado Ocasión. Madre nunca había comprado nada allí y no entendió cómo habían conseguido el número. Dijo algo molesta que, fuera lo que fuera, no le interesaba. Iba a colgar, pero entonces el hombre dijo que llamaba por Baruc. Acababan de cogerlo robando. Madre palideció. Se apoderó de ella un temblor tan violento, que tuvo que apoyarse en el mueble del pasillo para no desplomarse.

—¿Ulises? —dijo.

Sobre el mueble, junto a su mano trémula, había —y sigue habiendo, es una de las pocas cosas que Madre nunca ha cambiado de sitio— una foto enmarcada de la familia. Nos la hizo un turista inglés en el paseo marítimo de Santander, con la Kodak Brownie Fiesta que Madre había heredado del abuelo Tomás. En el centro están Padre y Madre. Todo el mundo coincide en que Padre está muy guapo, con el pelo peinado hacia atrás y cierto aire de actor de Hollywood. «Iguaito que David Niven», solía decir la abuela Milagros. Pero yo creo que la que de verdad está guapa es Madre. Lleva puesto un vestido estampado que estrenó ese día, de tirantes y colores muy vivos. Y su rostro resplandece con esa lozanía exultante que sólo dan la dicha y el océano. A su lado está Baruc, riéndose por algo que dijo Padre, ya no recuerdo qué. Y en el otro extremo estoy yo. Tímido. Sonriente. Feliz. A nuestra espalda se ve la arena salpicada de sombrillas y los planos casi fundidos del agua y el cielo. Madre miró la foto y le entró vértigo. Le pareció que todo se acababa. Que su vida —nuestra vida— se venía abajo.

—¿Isabel? —dijo Ulises en un susurro atónito.

Madre respiró hondo, en un esfuerzo vano por mitigar la agitación.

—¿Mi hijo está bien? —dijo, con lágrimas en la voz.

—Sí, sí. Sólo ha sido una chiquillada. Quería llevarse una lata de comida para perro.

—¿Está ahí? —Sí. Isabel, yo no sabía... —Cómo ibas a saberlo.

—¿Quieres hablar con él? —Por favor.

Al otro lado de la línea telefónica, Madre oyó un chirrido, como el de una silla al arrastrarse. En el auricular estallaron de pronto los gritos de Ulises. «¡Eh! ¡Eh! ¡Adónde vas!» Luego, confusión. Ruidos de pasos. Golpes. Como si se hubiera caído el teléfono. Finalmente, silencio. Una quietud ominosa.

—Ulises. ¿Qué pasa? —di jo Madre, asustada.

Entonces llegué yo. Durante la conversación, Madre se había separado del mueble y estaba de pie en el centro del pasillo, de cara a la puerta de la calle, de modo que al entrar, con la caña de Baruc en una mano y el macuto en la otra, me encontré de frente con dos Madres distintas. La Madre radiante de la foto —la del pasado— y la de ahora, pálida, llena de ansiedad.

—Han arrestado a papá —dije.

Con el auricular pegado al oído, Madre oyó sin pestañear mi relato de la detención. Le hablé de la caseta del Ogro. Del cuchillo ensangrentado. Del perro que se parecía a Tigre. Del malentendido con aquella mujer tan gritona. De los dos policías que se habían llevado a Padre esposado. Cuando acabé, Madre colgó el teléfono y echó a andar hacia la puerta. A medio pasillo se percató de que llevaba puestas las zapatillas y el blusón turquesa de estar en casa. Volvió sobre sus pasos y entró en el dormitorio. Salió enseguida, con unos zapatos planos y un vestido marrón de manga corta.

—Tú quédate aquí, por si llama alguien o aparece tu hermano —dijo y, sin más explicaciones, me dio un beso en la frente y salió de casa.

Bajó las escaleras a toda prisa e inició una marcha entrecortada a través del calor, corriendo a trozos, cuando se lo permitían las fuerzas, andando cuando sentía que se ahogaba. Iba tan distraída, que empezó a cruzar la avenida de Marte sin fijarse en que el semáforo estaba en rojo. Oyó el aullido de un claxon. Miró a su izquierda y vio cómo una furgoneta se le echaba encima. Lo que ocurrió entonces, según le contó más tarde al tío Sócrates, la llenó de perplejidad. Al olerle el aliento a la muerte no vio pasar su vida ante sus ojos en veloces pero nítidos fotogramas, como había oído contar tantas veces. No pensó en Baruc. Ni en Padre. Ni en Ulises. No hizo balance de sus días ni sintió la calma de quienes ya están por encima de las cosas. Lo único que acertó a pensar mientras el final se acercaba fue que había dejado la olla con la coliflor en el fuego, y que tenía que avisarme para que la quitara. «Debieron de ser los nervios —le dijo al tío Sócrates, avergonzada— pero de pronto esa olla fue para mí lo más importante del mundo.» La furgoneta no la atropelló de milagro. Quedó detenida a pocos centímetros de su pecho, tétricamente silenciosa tras el bocinazo y el chirrido de la frenada. El conductor la observaba desde el otro lado del parabrisas. Mudo. Con el rostro desencajado y las manos aferradas al volante. Al comprobar que seguía viva, Madre pidió perdón, acabó de cruzar la avenida, entró en la cabina que hay en la esquina de la calle Saturno y llamó a casa para decirme que apagara la olla. Después de colgar atravesó el río y, con un nudo en la garganta, se internó en los arrabales de la margen izquierda.

Llegó al hipermercado Ocasión un poco antes de las once. Estaba acalorada y al entrar sintió frío. Se acercó a una cajera libre y preguntó por Ulises. La cajera arrimó la boca a un micrófono que había junto a la caja y llamó a un tal señor Sampere por megafonía. Madre se sintió incómoda. Desde la conversación con Ulises, llevaba agarrada al estómago una molesta sensación de peligro. La irrupción de su voz en casa, en el núcleo de nuestra familia, había sido una advertencia. La primera grieta en los muros de un edificio. La que casi nadie ve. La que, de forma irremisible, anuncia el desmoronamiento. Más allá de las cajas registradoras, al principio de un pasillo, una joven vestida de tabernera alemana ofrecía pinchos de salchicha a los clientes. Sonreía, pero sus ojos decían que no quería estar allí. En el aire flotaba el olor de la carne ahumada. Desde entonces, Madre asocia ese olor al desasosiego. Ulises vino enseguida. Surgió de pronto entre los estantes, pasó junto a la joven de las salchichas y llegó hasta Madre a través de la caja registradora vacía. Estaba más pálido que de costumbre y había en su rostro una dureza seca. Profesional.

—¿Y Baruc? —dijo Madre.

Y al decirlo, recobró la sensatez. Miró a Ulises con sorpresa, como si no lo conociera de nada, y se dio cuenta de que el misterio se había evaporado. De que no le gustaba lo que había al otro lado de lo desconocido. Entendió que, por más que se esforzara en

llamarlo de otra forma, lo que durante meses la había unido a ese hombre no era más que una traición. Un engaño. Una infidelidad denigrante.

—Se ha escapado. Te volví a llamar para decírtelo, pero ya te habías ido —dijo Ulises.

—¿Has hablado con Hugo? —dijo Madre y, arrepentida de haber pronunciado mi nombre, sintió que la grieta se ensanchaba, que se precipitaba el derrumbe.

Ulises lanzó una rápida mirada a su alrededor. Luego consultó el reloj y, muy suavemente, acarició el brazo de Madre.

—Sigue en pie lo de... —empezó a decir.

Enojada, Madre se apartó de él y se dirigió a la salida. Ulises la alcanzó y la obligó a darse la vuelta. Sin violencia, pero con la suficiente brusquedad como para atraer la atención de la cajera con la que había hablado Madre y de varios clientes.

—Lo siento. Tienes razón. No es el mejor momento para...

Madre no le dejó terminar. Volvió a separarse de él y salió del supermercado con el rostro en llamas, medio llorando de indignación.

—Adiós, señora —dijo Ulises en voz alta, solemne.

En la calle, el bochorno había aumentado. El aire era una sustancia sólida, ardiente, difícil de respirar. Madre avanzó varios metros con paso firme. Metió las manos en los bolsillos frontales del vestido y notó que en uno de ellos había un papel. Al sacarlo vio que era una de las notas de Ulises. Se detuvo a pleno sol. La desdobló. Leyó con incredulidad lo que decía: «Martes doce de agosto. A las doce. Habitación ciento cuatro del hotel Avalón». Volvió la vista hacia el supermercado. Ulises estaba en la acera, con los brazos pegados a los costados, temblando como una ilusión óptica en el ardor del mediodía. Madre rompió la nota en pedazos diminutos y la arrojó al suelo. Luego echó a andar hacia la comisaría pensando en Baruc. En Padre. En mí. Echándonos desesperadamente de menos.

Lo que el tío Sócrates no lograba recordar sobre Elio Infante era que su hijo Lolo había muerto hacía mucho. En el sesenta y cinco. El abuelo Tomás lo había comentado en casa, pero por aquel entonces el tío Sócrates aún no era del todo humano y tardó lo mismo en oír la noticia que en olvidarla. Tras el encuentro del casino, Elio Infante llegó a casa con el espíritu tan revuelto, que le costó trabajo atinar con la cerradura. El pulso le temblaba y las llaves chocaban unas con otras, tintineando como cascabeles en el descansillo en calma. Cuando por fin consiguió entrar, dejó las llaves en el mueble del *hall*, avanzó a oscuras por el pasillo y se paró en la puerta de su dormitorio. Elvira, su mujer, yacía boca arriba en la penumbra. Tenía la cabeza ladeada y respiraba pesadamente, como cada noche desde que su hijo se fue y tuvo que recurrir a las pastillas para poder conciliar el sueño. Elio Infante avanzó un poco más por el pasillo y entró en el cuarto de Lolo. Encendió la lámpara de la mesilla y se sentó con cuidado en el borde de la cama. Aquella habitación era un paréntesis. Un trozo de vida muerta, protegido con escrupulosidad de los zarpazos del tiempo. En el armario había ropa que nadie usaba, pero que Elvira seguía lavando y planchando con un fervor obstinado. Sobre una balda se alzaban los trofeos deportivos que Lolo había ganado en su infancia. Los tres de judo que le dieron en el colegio, con las figuras de dos judocas entrelazados en una llave. El de atletismo, conseguido en la tradicional carrera de las fiestas del barrio. Y la copa de natación. Siempre que la miraba, Elio Infante sonreía al recordar aquella mañana impoluta y a su hijo muy serio, listo para zambullirse en la piscina municipal. La primera salida fue nula porque al juez le falló el revólver de fulminantes. Algunos nadadores cayeron al agua y hubo que esperar a que se subieran otra vez a las plataformas. La segunda fue válida. Lolo se zambulló con tanto ímpetu que el bañador, empujado por la resistencia del agua, se le bajó hasta las rodillas. Pero no se detuvo. Se puso a bracear con todas sus fuerzas, y durante los cuatro largos que duró la carrera, para júbilo de los presentes, surcó la piscina con las nalgas al aire. Llegó el primero, seguramente por vergüenza. Encima del escritorio, junto a los libros del colegio, había una radio Marconi y, enchufado a ella, un picú con un disco puesto: *La escoba*, de los Sírex. Lo último que Lolo había escuchado antes de su muerte.

A Elio Infante lo atormentaba el no haber sabido ver cómo su hijo dejaba de ser un chico normal para convertirse en un delincuente. Cada día durante los últimos quince años se había echado en cara el no haber prestado más atención a los síntomas. Las primeras peleas en el patio del colegio, de las que llegaba a casa ensangrentado, lleno de moratones, poseído por una furia de adulto. El declive de las notas. La cazadora negra con tachuelas. El distanciamiento de sus amigos de siempre, con quienes practicaba deportes y jugaba a las máquinas de *pinball* en los recreativos de la calle Selva, para acabar formando parte de aquella pandilla de muchachos airados, con trazas de hombre, cuyas canchas de juego eran los bares y las calles indómitas del barrio de La Loba. No es que Elio Infante no se diera cuenta del cambio de rumbo. Era imposible no hacerlo. Pero al ver a Lolo se veía a sí mismo a su edad —huraño, con la cara empedrada de granos, enfadado con todo y con todos—, y acabó interpretando su indocilidad como un desvío transitorio, un trámite, tan tormentoso como inevitable, hacia el orden de la edad adulta. Lo único que hizo para tratar de enderezarle los pasos fue llevarlo a la Federación de Ajedrez, porque había visto en la televisión un reportaje sobre Arturo Pomar en el que alguien decía que la disciplina de la mente apacigua el espíritu. Fue allí donde Elio Infante conoció a mis padres. Coincidieron en el salón principal una mañana de sábado, en marzo del sesenta y cinco, viendo una partida de exhibición en la que el tío Sócrates se enfrentaba a diez rivales simultáneamente. Madre estaba embarazada de Baruc. Padre acababa de abrir la tienda de

electrodomésticos y, según dice él mismo, se sentía el hombre más feliz y endeudado del mundo. Tras la partida, que el tío Sócrates ganó sin esfuerzo aparente, deslizándose de un tablero a otro con una mano en la barbilla y moviendo las fichas con una contundencia pasmosa, volvieron a coincidir tomando el aperitivo en el bar Arenas. Se presentaron y hablaron un poco entre tapas y sorbos de vino. Más tarde, ya en casa, Padre le dijo a Madre que Elio Infante le había dado lástima. «No hay más que ver a su hijo para saber que a esa familia le espera un futuro muy negro», dice Madre que dijo.

Pocos días después expulsaron a Lolo del colegio, por prenderle fuego al sagrario de la capilla. En la Federación sólo duró un mes, y eso gracias a Cristino Silva, el presidente, que conocía a Elio Infante del bar del casino y se sintió en la obligación de echarle una mano. Si no, habría durado aún menos. En esas cuatro semanas Lolo no hizo más que daño. Fue grosero con todo el mundo. Volcó tableros, lanzó fichas contra las paredes e insultó a los arbitros. Llegó incluso a golpear a un rival por haberle dado jaque mate en tres movimientos. Y para rematar su lista de desmanes, una noche de abril él y dos de sus nuevos amigos forzaron con un alambre la puerta de la Federación y se llevaron la caja de caudales donde Cristino Silva guardaba las cuotas de los socios. La pandilla se gastó el dinero en los tugurios de La Loba. Lolo llegó a casa borracho a las cinco de la madrugada. Al oírlo entrar dando tumbos, Elvira se levantó de la cama y lo interceptó en el pasillo. Lolo la miró sin verla. Tenía la cara blanca y los ojos rojos, entreverados de sangre. Antes de que su madre pudiera decir nada, la echó a un lado de un manotazo. Elvira salió despedida, chocó contra la pared y cayó aparatosamente al suelo. Cuando, sobresaltado por el alboroto, Elio Infante salió al pasillo, encontró a su esposa llorando sobre la moqueta. La ayudó a levantarse y, cogiéndola por la cintura, la llevó al sofá del cuarto de estar. Luego fue a ver a Lolo. Estaba dormido en la cama con la ropa puesta, ajeno al caos que había desatado. Elio Infante le hurgó agitadamente en los bolsillos de la cazadora y, horrorizado, extrajo de ellos una navaja, varios billetes y una bolsa de cannabis. Fuera de sí, le zarandeó los hombros. Como no reaccionaba, le dio un bofetón, el primero y el último que había de darle en su vida. Lolo abrió un poco los ojos, esbozó una sonrisa atolondrada y volvió a dormirse. Elio Infante salió del cuarto y fue a sentarse junto a su esposa. Dejó lo que había encontrado sobre la mesa del tresillo y, conteniendo las lágrimas, la miró con una tristeza exhausta y susurró: «Qué vamos a hacer con este chico».

Por la mañana, cuando entró a despertarlo, Elio Infante ya no se veía en su hijo. Subió de golpe la persiana. Descorrió las cortinas. Abrió la ventana para que se fuera el olor a borracho. Luego se inclinó sobre él y le sacudió un brazo. Lolo volvió en sí y lo miró con los ojos fruncidos.

—Ayer empujaste a tu madre.

—No me acuerdo.

—Pues lo hiciste.

Lolo quiso volver a dormirse. Elio Infante lo ajetreó de nuevo.

—¿Desde cuándo llevas navaja.?

Lolo metió las manos en los bolsillos de la cazadora. Al ver que estaban vacíos, se encogió de hombros.

—¿Para qué la quieres?

—Para defenderme.

—¿De qué?

—No sé.

Elio Infante apartó la vista de su hijo y la dirigió hacia la ventana. Había ropa tendida en los balcones de la casa de enfrente. El aire olía a jabón y a buen tiempo. Por encima de los tejados flotaba un cielo magnánimo, que invitaba a estar alegre. Un cielo en paz, que no quería saber nada de navajas y sórdidas borracheras, pensó Elio Infante.

—¿Y la droga? —dijo, volviéndose otra vez hacia Lolo.

—Qué.

—¿De dónde la has sacado?

—La compré.

—¿Con qué dinero?

Lolo pensó unos segundos. Luego, en un tono sereno y desafiante, contestó la verdad. A pesar de que la ventana estaba abierta y corría la brisa, Elio Infante sintió que le faltaba el aire. Tenía treinta y nueve años, y desde los trece no había hecho otra cosa que trabajar. Había sido repartidor de flores. Limpiabotas. Vendedor de periódicos. Chico de los recados en una frutería. Había cargado carbón. Despachado helados. Recogido estiércol en el Club Hípico. A los veintidós años —poco antes de casarse con Elvira—, un familiar bien relacionado le había conseguido el puesto de camarero en el casino. Llevaba allí más de tres lustros, sirviendo a los próceres de la ciudad y aguantando la insolencia de algún que otro señorito engreído. Y nunca, ni en ese trabajo ni en los otros, se había quedado con un céntimo que no fuera suyo. «Un hombre es las cosas que no hace», solía decir, con el orgullo terco de los humildes. Consternado, abatido por la deshonra, estudió de cerca el rostro de Lolo. Lo recorrió con las yemas de los dedos, como un ciego, para percibir con más exactitud sus facciones. No sólo no se reconoció en él: ni siquiera supo quién era. De pronto lo detestó. Por unos instantes —un lapso muy breve que, sin embargo, había de atormentarlo durante el resto de su vida—, sintió un profundo odio hacia él y deseó con todas sus fuerzas que estuviera muerto. O, mejor aún, que no hubiera nacido.

—Cuánto dinero había en la caja —dijo, cuando el momento pasó.

—Más de tres mil pesetas.

Elio Infante se acercó a la ventana. En un balcón del edificio de enfrente había un hombre que antes no estaba. Era muy gordo. Llevaba una camiseta blanca de tirantes y fumaba un cigarro apoyado en la barandilla. Parecía preocupado. De pronto tiró la colilla a la calle y desapareció en el interior de su casa. Sin dejar de mirar el balcón vacío, con la autoridad incontestable que le conferían el sufrimiento y el cansancio, Elio Infante le dijo a Lolo que se duchara y se cambiara de ropa. Luego, cuando estuvo listo, lo cogió del brazo y lo llevó a la Federación. No se hablaron durante el trayecto. Nada más entrar en el despacho de Cristino Silva, Elio Infante sacó la cartera, extrajo de ella tres mil quinientas pesetas y las puso sobre el escritorio. «Mi hijo tiene algo que decirle», anunció muy serio. Sorprendido, Cristino Silva los invitó a sentarse. Lolo miró fugazmente a su padre. Entonces, con la voz mansa del niño que había sido, contó los pormenores del robo y pidió disculpas. A continuación vino un largo silencio. Lo que tardó Cristino Silva en asimilar las circunstancias y tomar una decisión. Anudó las

manos y las apoyó en el borde del escritorio. Suspiró. Meneó levemente la cabeza. Carraspeó. Por fin dijo que aceptaba las disculpas, pero que no le quedaba más remedio que expulsar a Lolo de la Federación. «Esto ya es demasiado. Tienes suerte de que no haya llamado a la policía —dijo—. De todos modos —añadió en un tono más benévolo—, el ajedrez no es lo tuyo. En cuanto al dinero, es más de lo que había en la caja...» «Por las molestias», dijo Elio Infante, levantándose. Cristino Silva se levantó también, le estrechó la mano y le deseó suerte.

De allí fueron a ver a Padre. La idea se le había ocurrido a Elvira esa noche, mientras ella y Elio Infante pensaban qué hacer con su hijo en el sofá del cuarto de estar. Se conocían poco, pero según ella ese poco bastaba para saber que Padre era un hombre recto, con el corazón y la cabeza en su sitio. Además acababa de abrir una tienda y seguro que le hacía falta un ayudante. El trabajo era la solución perfecta. Mantendría a Lolo alejado de las amistades nocivas y le permitiría devolver a su padre el dinero del robo. Al principio a Elio Infante la idea no le convenció del todo. Le incomodaba tener que pedir un favor tan grande a alguien a quien apenas conocía. Pero a medida que él y Elvira hablaban, mientras languidecía la noche y se iba despertando el día, se dio cuenta de que no tenía muchas opciones. El familiar bien relacionado ya había muerto, así que, o hablaba con Padre, o le pedía el favor a algún cliente del casino. Prefirió probar antes lo primero. Así fue como Padre, de quien apenas sabía nada, con quien sólo había mantenido una charla trivial en el bar Arenas, se convirtió en su única esperanza. El único hombre que podía poner fin a sus desvelos. Cuando llegaron a la tienda, Padre estaba en el escaparate, colocando un televisor nuevo que acababa de recibir. Le extrañó verlos aparecer de repente. A Elio Infante lo reconoció enseguida, aunque lo encontró muy desmejorado. A Lolo, tardó un instante. Iba muy arreglado, como de domingo. Llevaba la cabeza gacha y no paraba de jugar con los botones de la chaqueta. Padre dejó el televisor a medio colocar y les preguntó con curiosidad sincera qué los traía por ahí. Elio Infante se perdió en una hojarasca de circunloquios corteses. Habló de lo bueno que hacía. Preguntó por Madre y por el tío Sócrates. Repitió varias veces lo bonita y espaciosa que era la tienda. Incluso dedicó un halago a las patatas bravas del bar Arenas. Cuando no supo qué más decir, se le ensombreció la cara. Puso la mano en el hombro de Lolo y, por fin, aclaró a qué habían venido.

Padre ha pensado mucho en aquella visita, sobre todo por lo que ocurrió después. Es consciente de lo mal que lo tenían que estar pasando Elio Infante y su esposa. De las ilusiones que, sin él saberlo, habían depositado en su tienda. De lo duro que ha de ser tener un hijo como Lolo. Pero, por más vueltas que le da, no se le ocurre una respuesta distinta de la que dio entonces. Dijo que no. Que no podía permitirse el lujo de tener un ayudante. «Bastante trabajo me cuesta mantener a mi familia», dijo. Explicó que el negocio iba despacio, y que por el momento lo único que daba era deudas. «En realidad, trabajo para el banco», concluyó. Y casi se alegró de que fuera cierto, porque Lolo no le gustaba y no quería tenerlo cerca. Elio Infante le escuchó en silencio, con la desesperación asomada a los ojos. Tragó saliva. «No hace falta que le pagues —dijo, con la voz hecha añicos—. Con que le tengas ocupado, vale.» Padre sonrió con tristeza y dijo: «Lo siento».

Lolo murió una semana más tarde. Un cartonero lo encontró a las seis de la mañana sentado en una acera del barrio de La Loba, con la espalda apoyada en un montón de cartones y bolsas de basura. Pensó que estaba dormido, pero al tirar de un cartón reticente varias bolsas se vinieron abajo y, perdiendo su soporte, el cuerpo de Lolo resbaló y quedó retorcido como una marioneta sobre el pavimento. Fue entonces cuando el cartonero vio la sangre. Un manchón oscuro y espeso que, según dijo en su declaración, olía a hierro. El forense descubrió dos puñaladas en la espalda de Lolo.

Una, poco profunda, le raspó el omóplato derecho. La otra, la que lo mató, se abrió camino entre dos costillas y le perforó el corazón. Esa misma mañana la policía cogió al asesino, un traficante de poca monta a quien, en un descuido, Lolo había robado cien gramos de cannabis. «Tenía que hacerlo —dijo mientras lo metían en el coche patrulla—. En este barrio, lo peor que te puede pasar es que te pierdan el respeto.»

Tras el entierro, Elio Infante se hundió en una sima de dolor y culpa. Se habría dejado morir, pero no le pareció de recibo dejar a Elvira sola con todo aquel sufrimiento. Pasó varias semanas encerrado en casa, yendo de un cuarto a otro como un alma en pena, viendo en todas partes a Lolo. No al malhechor descarriado de los últimos tiempos, sino al muchacho risueño, sano, que jugaba a las máquinas de *pinball* y ganaba carreras de natación con el bañador en las rodillas. Cuando sintió que las fuerzas le fallaban, que no podía cargar más con la pena, miró a su alrededor y buscó a alguien con quien compartir su culpa. Eligió a Padre. Al fin y al cabo, pensó con la lógica delirante de los que sufren, de no ser por él, Lolo aún estaría vivo. Si lo hubiera admitido en su tienda, ahora no estaría pudriéndose en un ataúd, con dos cuchilladas en la espalda, sino sonriendo detrás del mostrador, despachando radios y tostadoras. Empezó a odiar a Padre. Y cuanto más lo odiaba, cuanto más responsable le hacía de lo ocurrido, más liberado se sentía. En medio de su ofuscación, urdió planes de venganza. Le quemaría la tienda. O la casa. O mejor aún, lo seguiría como una sombra y, cuando no hubiera testigos, lo apuñalaría con la navaja de Lolo. Sería una muerte ejemplar. Una forma justa de cerrar aquel círculo fúnebre. Una tarde, durante la quinta semana de duelo, Elio Infante le dijo a Elvira que iba a dar una vuelta y se puso a hacer guardia cerca de la tienda. Volvió a sus cabales mientras esperaba a que Padre saliese. De pronto se le fue el odio y no pudo creer lo que estaba haciendo. Regresó a casa asustado, avergonzado de sí mismo. Elvira estaba sentada en el sofá del salón, mirando a la nada con ojos de fiebre. Muy despacio, Elio Infante se sentó a su lado, la abrazó y rompió a llorar en silencio. Al día siguiente volvió al trabajo y se puso en manos del tiempo. Poco a poco aprendió a vivir con el cuarto vacío de Lolo. Poco a poco se le fue acabando el deseo de compartir la culpa. Poco a poco, se olvidó de Padre. Así pasaron quince años. Quince años lentos, lastrados por la ausencia, por esa gran bola de hierro que es el vacío. Entonces, de forma inopinada, el tío Sócrates vino del pasado para revolverle el espíritu y decirle que Baruc se había escapado de casa con un perro vagabundo.

Elio Infante sacó del bolsillo de la camisa la fotografía de Baruc que no le había devuelto al tío Sócrates y la estudió de cerca a la luz de la lámpara de la mesilla. Escrutó su media sonrisa. Ese trazo leve y un poco inclinado que parecía flotar entre la pena y la insolencia. Se detuvo en su cabello tupido. En su nariz retadora. En sus ojos marrones. Brillantes. Cálidos. Memorizó cada rasgo de aquel rostro inocente. Luego, luchando por contener el temblor de las manos, se levantó de la cama, apagó la luz y se fue al cuarto de baño. A oscuras arrojó la fotografía al inodoro y tiró de la cadena. A oscuras entró en el dormitorio y, con cuidado para no despertar a Elvira, sacó de un cajón de la cómoda la navaja de Lolo. Y a oscuras salió de casa hecho sombra, con la cara de Baruc tatuada en la memoria.

—Va a llover —dijo el Ogro.

Lo dijo en voz alta, para poder escucharse y comprobar que seguía vivo. Las palabras le salieron sin fuerza, arrastradas por un soplo de aire silbante. Se exploró la boca con la lengua y notó que le faltaban dos dientes. Un incisivo y un colmillo. En su lugar había un estrago de picos duros y encías en carne viva que sabía a podrido y a sangre. Escupió. Estaba tumbado en el calabozo, con la cara a ras de suelo. La canica de baba trazó una corta parábola y aterrizó a pocos centímetros de su boca. Entre la mancha amorfa en que se transformó y sus labios quedó tendido un delgado puente de saliva roja. Con gran dificultad, el Ogro levantó un brazo y se tocó el ojo izquierdo. Estaba hinchado. Trató de incorporarse, pero su cuerpo respondió al esfuerzo con una ola de dolor que le hizo exhalar un gemido y lo aplastó otra vez contra el suelo. Se quedó quieto unos segundos, resollando, hasta que el dolor se hizo más tolerable. Entonces, sin atreverse a mover la cabeza, alzó otra vez la vista hacia la ventana, hacia el cielo que, lentamente, se iba cubriendo de nubes. Al principio, cuando volvieron a encerrarlo, no habían sido más que inofensivas pelusas que le recordaron a los algodones dulces de su infancia. Meros rasguños blancos, que le daban al cielo un toque festivo. Pero a medida que avanzaba el día las nubes se habían ido agrupando, llenándose de una oscuridad plomiza y enojada. El Ogro cerró los ojos y buscó la calma en su negrura interior. En los oscuros laberintos del olvido. Quería alejarse del dolor. De aquel calabozo. De sí mismo. Pero fue inútil. Por más que lo intentaba, no lograba quitarse de la mente el calvario de las últimas horas.

Al llegar aquella mañana a la caseta y ver que Baruc no estaba, quiso ir a buscarlo. Pero no tuvo fuerzas. Los golpes de los policías y la noche de llanto en el calabozo lo habían dejado exhausto. Se tumbó en el colchón y, a pesar del calor y del bullicio de los pájaros, se quedó dormido. Soñó que era viejo y le obligaban a repetir su vida desde el principio. Luego oyó una voz, pero no alcanzó a entender qué decía. Abrió los ojos y vio la cara del policía pelirrojo suspendida sobre la suya.

—Dónde está el chaval.

El Ogro se acordó de su hija Rebeca. De niña decía que veía monstruos, criaturas deformes que la acechaban a plena luz del día y le hacían gritar de pavor. «Parpadea despacio», le decía él. Y las visiones se evaporaban. Probó suerte ahora. Cerró los ojos, pero al abrirlos de nuevo el rostro del policía seguía allí, distorsionado por el bochorno y la rabia. «Quizás le pasaba lo mismo a Rebeca —pensó—. Quizás me mentía.»

—Te he hecho una pregunta.

El Ogro se irguió sobre los codos y miró hacia la luz. Afuera, en el fulgor del embarcadero, otro policía hacía guardia de espaldas a la caseta. Tenía las piernas abiertas y las manos apoyadas en la cintura.

—Cuando he vuelto ya no estaba.

El policía pelirrojo le asestó una manotada en la sien.

—Dónde está el chaval —repitió. —Ya le he dicho que...

Entonces vino la patada en el estómago. El Ogro sintió cómo la punta del zapato se le

hundía en la carne y le desbarataba las entrañas. Quedó acurrucado en el colchón de cara a la puerta, luchando por respirar, pensando que ahí se acababa todo. Que ya no habría salvación para nadie. Que no sobreviviría a aquella mañana límpida y demente. Mientras buscaba el aire, miró al río. El otro policía seguía de espaldas a la caseta. Ahora tenía los brazos cruzados sobre el pecho y se entretenía contemplando una fila de patos que bajaba con la corriente.

—Por última vez. Dónde está el chaval.

A duras penas, el Ogro empezó a respirar de nuevo.

—No lo sé —dijo.

El policía pelirrojo lo agarró por el pelo y alzó la mano para volver a pegarle. Mientras el golpe llegara el Ogro cerró los ojos y, en vilo como un títere, percibió de forma simultánea el escozor de su cuerpo maltratado, la opresión del calor, el sabor de la sangre la dócil indiferencia del policía del embarcadero, el mmor del agua lenta, el verdor de las orillas, el fétido aliento de la muerte. El golpe lo alcanzó en la nariz. Enseguida llegó otro. Y otro. Trató de protegerse, pero no pudo. Los puñetazos y las patadas le caían como piedras en la cabeza, la espalda, el pecho. De pronto, la tormenta cesó. Desde los difusos bordes de la inconsciencia, escuchó el martilleo de las sienes mezclado con la respiración atragantada de su agresor.

—Levántate.

El Ogro quiso obedecer. Su cuerpo, no.

—He dicho que te levantes.

Espoleado por el miedo, el Ogro lo intentó otra vez. Se incorporó muy despacio y se quedó sentado en el borde del colchón, a poyado sobre los brazos trémulos. Luego dobló las piernas y, apretando los dientes, se fue irguiendo poco a poco.

—Andando —dijo el policía.

—Yo no he hecho nada.

—Eso ya lo veremos.

El policía pelirrojo lo sacó de un empujón de la caseta y, cogiéndolo por el cuello de la gabardina, tiró de él a lo largo del sendero. El otro policía dejó de mirar el río y echó a andar hacia ellos.

—No. Tú quédate vigilando, por si aparece el chaval. Yo dejo a éste en la comisaría y vuelvo.

Caminaron un trecho a pleno sol, castigados por la comezón del bochorno. A mitad de subida el Ogro resbaló, cayó de rodillas y empezó a deslizarse por el terraplén. El policía lo sujetó por una manga. Estuvo a punto de perder el equilibrio y dejarse arrastrar por él, pero con un gran esfuerzo logró estabilizarse. Ayudó al Ogro a ponerse en pie y, después de descansar un poco, reanudó con él el penoso ascenso hasta la calle. El coche patrulla los esperaba encendido junto a la acera. Con un bufido exhausto, el policía lanzó al Ogro al fondo del asiento trasero. Luego se sentó al volante y arrancó haciendo chirriar los neumáticos. El sol había recalentado el cuero de la tapicería y, aunque las ventanillas estaban bajadas, el aire en el coche era irrespirable. El policía maldijo el calor.

—No sé cómo aguantas con esa gabardina —dijo, mirando al Ogro por el espejo retrovisor.

El Ogro no respondió. Estaba ocupado pasando revista a los estragos de su cuerpo. Lo que más le dolía era el estómago. Un dolor sordo. Punzante. Como si hubiera algo fuera de sitio. Como si, tras la patada, la punta del zapato se le hubiese quedado alojada entre los pliegues del abdomen. La herida de la mano le palpitaba bajo el sucio vendaje. Le sangraba la nariz. y al palpase la rodilla derecha le pareció que, aparte de dolorida, la tenía inflamada. Había otros daños menores —un brazo lastimado, la espalda magullada, un pitido en el oído—, que sumados a los primeros hacían de él un hombre roto. Pensó en su mujer y en sus hijos. En el daño irreparable que les había hecho. En lo que sentirían si pudieran verlo en ese estado. Pensó también en Baruc. Mientras el coche patrulla perdía velocidad y se paraba ante la comisaría, supo que sus destinos estaban ligados y que el resto de sus vidas dependía de lo que ocurriera en las próximas horas. De pronto se apoderó de él una ira irrefrenable. La furia del ultrajado. Con las pocas fuerzas que le quedaban, se resistió a bajarse del coche. Luego, en los pasillos de la comisaría, empezó a revolverse, a lanzar puntapiés contra los agentes, a gritar que lo dejaran en paz, que él no había hecho nada. En vano. Su rebeldía no logró evitar el encarnizado interrogatorio. Ni los nuevos golpes, que le desbarataron un ojo y le rompieron dos dientes. Ni que volvieran a encerrarlo en aquel lúgubre calabozo.

—Va a llover —dijo, un poco más alto que antes, y el puente de baba roja se vino abajo y quedó convertido en un fino sendero de sangre—. ¡Va a llover! ¡Va a llover! ¡Va a llover! —gritó, esta vez con ira.

Y, exhausto por el esfuerzo del grito, atormentado por los dolores del cuerpo y del espíritu, apoyó la mejilla en el suelo y, entre sollozos y espumarajos sangrientos, rezó para que Baruc volviera a casa.

El martes por la mañana el tío Sócrates se levantó de la cama con dos sensaciones nuevas. Tenía resaca y quería echar una mano. Quería ayudarnos a encontrar a Baruc. La resaca la aplacó con unas aspirinas caducadas que el abuelo Tomás le había comprado en el setenta y uno, para combatir las jaquecas que a veces lo aquejaban en las fases finales de los torneos. Tomó dos con un vaso de agua y, en pijama y zapatillas, con el pelo enredado por el sueño, se sentó a esperar a que le hicieran efecto en el sillón del cuarto de estar. Mientras el malestar se disipaba y, después, mientras desayunaba en la cocina, se preguntó qué podía hacer él para colaborar en la búsqueda. Pero por más vueltas que le dio, no se le ocurrió nada. Su mente estaba equipada para superar los baches del tablero, no los de la vida. A las nueve y cuarto llamó a casa por y habló con Madre. Padre y yo habíamos salido a buscar a Baruc. Aparte de eso, no había novedades. Volvió al cuarto de estar y se sentó otra vez en el sillón. Quería pensar. Idear alguna forma de ayudar a su familia. Pero no pudo. Debido al calor y a los residuos del alcohol, más que dormir, lo que había hecho esa noche era flotar en un limbo inquieto y dar vueltas en la cama. Le debía horas al sueño. Por eso, al poco de sentarse, se durmió. Fue después, al abrir los ojos de nuevo, cuando se le ocurrió lo de los carteles. ¿Qué mejor manera de dar con Baruc, se dijo de repente, que empapelando la ciudad con su rostro? Llamó otra vez a casa para contarle a Madre la idea, pero Madre ya no estaba. Cogí el teléfono yo y le dije que había salido.

—¿Dijo adónde iba?

—No, pero yo creo que a la comisaría —dijo y, por segunda vez aquella mañana de tristezas cruzadas, describí el equívoco de los perros.

—Dios mío —dijo el tío Sócrates.

—¿Quieres que le dé algún recado cuando vuelva?

—No. Ya llamo yo más tarde —dijo, y colgó.

Volvió a llamar al poco rato, después de ducharse, vestirse —se puso un niqui blanco, unos pantalones beige y las bambas azules que Madre le había comprado al principio del verano— y hojear un número antiguo de la revista *Jaque*, donde se hablaba de la olimpiada de Skopje y del triunfo de Mijaíl Tahl en Beverwijk.

—Aún no ha vuelto —le dije, algo perturbado por su impaciencia.

El tío Sócrates colgó y marcó el número de la tienda. No lo cogió nadie. Se planteó ir a la comisaría, pero le pareció que allí lo único que iba a hacer era estorbar. Cansado de la incertidumbre, de no hacer nada mientras todo ocurría, decidió seguir adelante con el plan de los carteles. Ya daría explicaciones cuando hubiera ocasión.

Lo primero que hacía falta era una fotografía. Tardó un rato en encontrar la cartera. No estaba en el mueble de la entrada, su lugar habitual, y tuvo que revolver medio piso antes de dar con ella en el cesto de la ropa sucia, en el bolsillo posterior de los pantalones mil rayas. La abrió e inspeccionó sus compartimentos. Vacío los contenidos sobre la mesa del cuarto de estar. El dinero. El carné de identidad. La vieja tarjeta de la Federación. La foto de Madre. La de Padre. La mía. Estaba todo menos la fotografía de Baruc. Hizo memoria y creyó recordar que la última vez que la había sacado había sido para enseñársela a Elio Infante en el bar del casino. A lo mejor se la había dejado allí. Aunque en el estado en que se hallaba, pensó, podía haberla perdido en cualquier sitio.

Volvió a meter las cosas en la cartera y buscó por la casa otra foto que pudiera servirle. Examinó las baldas. Los muebles. Los cajones. Los álbumes familiares de la abuela Palmira. Encontró fotos de Baruc de niño, que no servían para hacer los carteles. Pero las que más le llamaron la atención fueron aquellas en las que salía él mismo. No por vanidad, sino porque lo dejaron consternado. Algunas eran de los torneos. Mostraban a un joven alto, de ojos gélidos, sosteniendo copas y medallas. Un antipático desconocido que sin un ápice de alegría daba la mano a los contrincantes, posaba junto a los jueces o se inclinaba sobre el tablero mientras Bobby Fischer, fuera de sí, trataba de tapar con la mano el objetivo de la cámara. Las peores, sin embargo, eran las fotos de familia. En todas ellas, le pareció al tío Sócrates, él era la nota discordante. La pieza que no encajaba en el puzle. Por su mirada sin luz, tan distinta de las sonrisas francas de los demás retratados. Por su expresión impasible, ausente, que hacía que en vez de un miembro más de aquella familia pareciese un intruso traído de otra. Al tío Sócrates no le gustó verse. «Si aquel hombre era yo, ya no quería seguir siéndolo», ha dicho alguna vez. Sintió que estaba en deuda con los abuelos. Con Padre y Madre. Con todos los que durante tantos años habían soportado su frialdad y lo habían querido sin tener motivos para hacerlo. Cerró los álbumes y, con un nudo en la garganta, los volvió a poner en su sitio. Entonces, en plena zozobra, se acordó de la foto enmarcada de Baruc que teníamos en casa, en el aparador del cuarto de estar. Era igual que la que había perdido, pero mucho más grande. Perfecta, pensó, para imprimir los carteles.

El tío Sócrates llamó al timbre poco antes de las doce. Entró resoplando, como si hubiera subido los tres pisos a la carrera. Mientras se lanzaba pasillo adelante me dijo que le trajese un folio en blanco, un rotulador y un rollo de papel celo. Acostumbrado a su lentitud, a su naturaleza imperturbable, me sorprendió verlo moverse tan deprisa. Fui corriendo a la habitación, a coger lo que me pedía. Cuando llegué al cuarto de estar, ya había sacado la foto del marco. La puso sobre el papel, la centró haciendo pequeños ajustes y fijó las esquinas con cuatro tiras de papel celo. Luego cogió el rotulador, el Carioca negro de mis clases de Pretecnología, y en el espacio libre que quedó arriba escribió: «DESAPARECIDO». En el de abajo añadió el nombre completo de Baruc y nuestro número de teléfono.

—Vamos —dijo, y echó a andar hacia la puerta con el cartel en la mano.

Sé que tenía que haberle desobedecido. Que debí decirle que yo no podía ir a ninguna parte. Pero ya estaba aburrido de estar en casa. Aburrido y, he de reconocerlo, un poco molesto por que se me dejara de lado en unos momentos tan críticos. Tenía trece años. Casi un hombre, pensaba yo. Pero mis padres seguían viéndome como a un niño. Un ser inmaduro en quien no se podía confiar para las cosas serias. Así que seguí al tío Sócrates. Me convencí de que, al venir de un adulto, la contraorden era legítima y me liberaba de mis compromisos previos. Bajamos a toda prisa las escaleras y, azotados por un sol sin sombras, nos fuimos a la copistería de la calle Trafalgar. Nos tocó esperar un poco. Delante de nosotros había un grupo de estudiantes universitarios fotocopiando apuntes para los exámenes de septiembre. Cuando por fin salimos, cargados con quinientas copias del cartel y dos dispensadores de papel celo, ya eran más de las doce y media. Empezamos a pegar carteles por todos lados. En los portales. En las farolas. En los troncos de los árboles. En las puertas de las tiendas si los tenderos nos dejaban. A la una, al ver que a pesar de nuestra aplicación el taco de carteles casi no disminuía, el tío Sócrates sugirió que nos separásemos y volviéramos a vernos en casa a la hora de comer. Él se adjudicó el Casco Viejo. A mí me dejó nuestro barrio y las inmediaciones del río, la parte de la ciudad que yo mejor conocía. Durante lo que quedaba de mañana, el tío Sócrates y yo nos parecimos mucho. Por

razones distintas —yo por la edad, él por su pasado exangüe—, ambos tuvimos la sensación de que, mientras pegábamos aquellos improvisados carteles, mientras, cada uno por su lado, llenábamos las calles con el rostro de Baruc, estábamos por primera vez unidos al mundo. Ayudando a mover sus engranajes. Me resulta extraño decirlo, pero creo que aquella mañana de fuego y tristeza, los dos supimos lo que de verdad significa estar vivo.

Cumplimos nuestro acuerdo con una diligencia marcial. A las dos y cinco coincidimos en la entrada de la calle Lepanto y, exultantes y muertos de calor, convencidos de que ya sólo era cuestión de tiempo que Baruc regresara, caminamos juntos hasta el portal. En el ascensor, el tío Sócrates dijo que tenía hambre y sonrió. Nunca lo hacía, así que fue chocante verle hacerlo. Abrí la puerta de casa y fuimos directamente a la cocina, para contarle a Madre lo de los carteles. Pero en la cocina no había nadie. En el resto de la casa, tampoco. Sólo el silencio. El mismo silencio áspero que había dejado Baruc al marcharse.

—¿Qué hacemos? —dije.

El tío Sócrates se quedó pensando. Buscó en su mente la palabra justa. Esa palabra incontestable, tranquilizadora, capaz de disipar de un soplo las reverberaciones del miedo. Al no encontrarla, ladeó la cabeza y dijo:

—Habrá que ir poniendo la mesa.

Los recuerdos son gregarios. Les gusta agruparse. Encadenarse a otros recuerdos. Pienso en Baruc huyendo del supermercado y de inmediato me viene a la memoria algo que ocurrió tres años antes, en febrero del setenta y siete. La noche previa había nevado. No mucho. Lo justo para que las aceras y las partes planas de los coches amaneciesen cubiertas de blanco. Camino del colegio, Baruc y yo nos enzarzamos en una ruidosa batalla de bolas de nieve. Reíamos a carcajadas. Resbalábamos. Nos perseguíamos alocadamente por las calles ateridas. Cuando algún proyectil alcanzaba su objetivo, aullábamos de placer y levantábamos los brazos en señal de victoria. Cerca de las Facultades, Baruc rebañó con las manos el capó de un Seiscientos, amasó una bola compacta, del tamaño de un puño, y me la lanzó con todas sus fuerzas. No me dio por poco. La bola me pasó silbando junto al oído y, con una explosión de nieve en polvo, se estrelló contra la luna de una zapatería. Calzados Martínez, recuerdo que se llamaba. En el cristal apareció un pequeño agujero, como si lo hubiera atravesado una bala. Del agujero surgieron grietas que, bifurcándose sin cesar, corrieron como hilos de agua en todas las direcciones posibles. Cuando ya no pudieron ir más lejos, la luna crujió y se vino abajo con un estruendo de vasos rotos. Eran las nueve menos cuarto y la zapatería estaba cerrada. Baruc y yo nos miramos atónitos y, sin que ninguno de los dos dijera nada, echamos a correr hacia el colegio.

En lo que a mí respecta, ahí se acabó todo. El recuerdo del incidente me visitó un par de veces durante la clase de primera hora, la de Matemáticas. Luego, como no nos había visto nadie y no cabía esperar represalias, se esfumó. Además, esa mañana yo tenía preocupaciones más acuciantes. Ya estaba en quinto y todo el mundo sabía que aún no me había subido a la arquería del patio, como prescribían las normas no escritas del colegio. No es que tuviera miedo, pero el último en cumplir con el rito, Tente Monreal, se había caído de espaldas y se había roto el brazo por tres sitios. Un mal precedente. Viendo que yo no tenía prisa por subirme a ningún lado, el día anterior habían venido a verme entre clases Chisco Muñoz y David Ferretero, los abusones del curso. Me pararon en el pasillo y, en voz bien alta, para que todos lo oyeran, me dijeron: «De mañana no pasa, Gaitán». Podía no haberles hecho caso. Dudo mucho que aquellos dos hubieran recurrido a la violencia. Primero porque sabían que, si me tocaban, luego iban a tener que enfrentarse a Baruc, y a esa edad dos años son una gran diferencia. Además por aquel entonces yo era un chiquillo bajito, enclenque, de aspecto inocuo. Una víctima tan fácil, que hasta ellos habrían entendido que pegarme devaluaba su estatus. Pero aun así, se lo hice. Les hice caso porque no subirme a aquellas ruinas era cavar mi propia tumba en el colegio. Todos me tomarían por un cobarde y un blando. Y las marcas que eso deja tardan más en borrarse que las de un vapuleo. Si es que se borran. La segunda clase —la de Sociales— se me hizo eterna. La pasé haciendo garabatos en el cuaderno, imaginando que, como Tente Monreal, caía de espaldas al vacío. Cuando sonó el timbre del recreo cogí aliento, me puse el abrigo y, simulando firmeza, salí al patio. Apenas quedaba rastro de la nieve. Algún que otro manchón blanco en los tejados y sobre el plástico verde que cubría la piscina. Lo que sí seguía allí era el frío. Atravesé la cancha de balonmano y las de minibasket exhalando vaho, seguido por el rumor de las cinco secciones del curso. El campo de fútbol no se podía pisar, así que lo rodeé por la pista de atletismo. La arquería estaba al otro lado. Entre el borde de la pista y la tapia. Tenía dos alturas, con cinco pilares y cuatro vanos rematados por arcos de medio punto. Vista desde su base, me pareció inconquistable. Me quité el abrigo con solemnidad y se lo dejé a Chisco Muñoz. Ahora me hace gracia, pero entonces, mientras me remangaba el jersey e iniciaba mi cauto ascenso por el pilar central, pensé que aquello era lo último que hacía. Que en

cualquier momento me fallaría un apoyo, me caería y moriría a los pies de mis compañeros. Pero eso no ocurrió. Descubrí con alivio que las hendiduras que había entre los sillares eran muy anchas y permitían una escalada segura. Alcancé el primer nivel enseguida y seguí subiendo sin mirar abajo. Cada vez más confiado. Más orgulloso de mi hazaña. Al llegar arriba me erguí y, alborozado, eché una ojeada a mi alrededor. Contemplé las calles llenas de tráfico. El ir y venir de los peatones en las aceras. La torre de la catedral, con sus campanas de bronce y su Cristo de brazos abiertos. Y, más allá de los confines del patio y de la masa de tejados y azoteas, los árboles pelados del río. Pero lo más emocionante fue mirar abajo y ver los rostros boquiabiertos de mis compañeros. Respiré despacio aquella gloria, para no olvidarla nunca. Luego descendí.

La alegría nos hace ciegos. En el camino de vuelta a casa estaba tan entusiasmado contándole a Baruc la proeza, que no me llamó la atención su silencio. Tampoco que en vez de ir por las Facultades, que era la ruta más rápida, él decidiera dar un rodeo por la plaza del Poniente. En realidad no me percaté de nada hasta la noche, cuando, al acostarnos, me ordenó que apagara la luz y me dio bruscamente la espalda. Yo quería leer un poco. Alargar, aunque sólo fuera unos minutos, aquel día tan importante. Pero hice lo que Baruc me decía porque al fin caí en la cuenta de que le pasaba algo. No tuve que preguntarle. Al cabo de unos segundos, sin cambiar de postura, se puso a hablar. Dijo que llevaba todo el día dándole vueltas a lo de la zapatería. Que no estaba bien lo que habíamos hecho. Sobre todo él. Que me imaginara cómo estaría Padre si alguien le hubiera roto la luna de la tienda. Luego, tras un largo silencio, bajó la voz y dijo que la gente lo miraba como si estuviera al corriente de la gamberrada. En el colegio. Por la calle. Incluso en casa. Todo el mundo lo castigaba con miradas de reprobación. «¿A ti no te pasa.?», dijo. Yo, avergonzado, preferí no contestar.

Y así se sentía Baruc mientras se alejaba del supermercado con Tigre y la cesta de la compra. Corrió con todas sus fuerzas bajo el sol ardiente, volviendo la vista a cada rato para asegurarse de que el hombre no lo seguía, acosado por la angustiada sensación de que todas las personas con quienes se cruzaba sabían que había cometido un robo. Lo notaba en sus expresiones severas, que parecían gritarle: «¡Ladrón! ¡Vergüenza debía dartel! ». Dejó atrás los arrabales de la margen izquierda, cruzó el puente del Perdón y, atragantado, sudando a chorros, tomó el camino del embarcadero. A medida que bajaba se fue sintiendo más tranquilo. El calor inclemente y los dardos acusadores de los transeúntes dieron paso a una calma tibia. Una paz tan dulce como efímera. A mitad de bajada Baruc miró hacia la orilla y vio a un policía apostado ante la caseta. Estaba de cara al río, con las manos en la cintura, contemplando el lento paso del agua. Baruc se agachó y se ocultó tras las matas que bordeaban el sendero. Sobresaltado por el brusco movimiento de su amo, Tigre lanzó un ladrido. Baruc lo atrajo hacia sí y le acarició el cuello.

—¡Shhh! —dijo, y a través de la vegetación vio cómo el policía se daba la vuelta, escrutaba el terraplén y, al no hallar nada sospechoso, seguía contemplando el río.

Tras unos instantes de duda, Baruc empezó a arrastrarse sendero arriba, empujando como podía la cesta de plástico. Al llegar a la calle se puso en pie, agarró la cesta y, con el pecho cubierto de suciedad, recorrió un trozo de pavimento hirviente y se internó en el paseo de la ribera. Corrió desesperadamente hasta que no pudo más. Hasta que, exhausto, tuvo que sentarse a coger aire en un banco de piedra. Dejó la cesta en el suelo. Apoyó los codos en las rodillas. Hundió la cabeza entre los hombros. Entonces, mientras Tigre le lamía las manos, se le echó encima la zozobra. Estaba tan confuso, que creyó que la policía lo buscaba por el robo. Entró en una espiral de pánico. No

podía estar en la calle ni tampoco ir a casa. El hombre del supermercado había avisado a Madre, de modo que allí sólo le esperaba el desastre. La única opción posible, pensó abrumado, era huir. Escondirse en algún sitio. Pero ¿dónde? La abuela Milagros y el abuelo Rafael estaban descartados. Nada más verlo pondrían el grito en el cielo y llamarían a casa para que vinieran a buscarlo. Era agosto, y los amigos del colegio estaban fuera pasando las vacaciones. No conocía a nadie en aquella ciudad incandescente que pudiera darle refugio. Entonces, como un fogonazo, le vino a la cabeza el nombre de su salvador: Paquito.

Baruc y yo conocíamos a Paquito del río. A mí nunca me cayó bien aquel muchacho. Tenía la voz atiplada, la espalda encogida y un rostro de anciano que le hacía parecer un fenómeno de barraca de feria: el viejo que quedó atrapado en un cuerpo de niño. Pero su aspecto era lo de menos. Lo que de verdad me desagradaba de él era su crueldad. Como más le gustaba pescar era al engancho, un método salvaje, que sólo se podía practicar en verano, cuando las carpas estaban en plena freza y se amontonaban a la vista en las zonas menos hondas de la corriente. Lanzaba al agua la potera, cerraba el muelle del carrete y empezaba a dar tirones con la caña. Las carpas salían del agua enganchadas de cualquier manera. Por los ojos. Por la cola. Por la barriga. Por las agallas. Se revolvían con la fuerza descomunal que les daba el dolor. Saltaban. Tiraban brutalmente del hilo en medio de un remolino de espuma. A veces rompían el puntal de la caña, o el sedal, y salían huyendo con los anzuelos clavados, condenadas a una muerte lenta y dolorosa. Las que no lograban escapar acababan dando coletazos en el suelo, entre las amapolas y las semillas de los chopos. Tenían la potera tan hundida en el cuerpo, que para sacársela Paquito tenía que usar los alicates de su navaja suiza. Algunas se las llevaba a casa para trocearlas y vendérselas a los pescadores de cangrejos. Las demás las devolvía al agua. Libres. Marcadas para siempre. Pero ahí no acababa la cosa. Paquito siempre reservaba una carpa para la traca final de sus degollinas. La mataba a pisotones, le ataba un cordel a la cola y la colgaba de la rama baja de un árbol. Luego cogía la carabina —una Gamo con mira telescópica— y esperaba a que llegasen las ratas. Las disparaba en el aire, cuando trataban de alcanzar el pez reventado, con cuidado de no darles en la cabeza. Así no se morían del todo y al caer al suelo rompían a chillar y a brincar de un lado a otro como si se hubieran vuelto locas. Eso le gustaba. También cazar pájaros con liga de muérdago. O aplastar ranas a palos. O quemar azufre bajo los dormideros de palomas, para asfixiarlas en pleno sueño. Vendía todo lo que podía. Las ancas de rana al Don Rodrigo, un restaurante de tres tenedores especializado en platos regionales. Las sanguijuelas a los pescadores de barbos. Los pardillos, los lúganos y los jilgueros a un anciano que a su vez los vendía en jaulas de alambre a la puerta de los Capuchinos. Los conejos a las carnicerías. Los verdecillos y los gorriones a los dueños de los bares, que preparaban con ellos pajaritos fritos.

No. No me caía bien ese muchacho. Y creo que, de no ser por su mal ejemplo, a Baruc nunca se le habría ocurrido cargar la carabina dentro de casa, mucho menos ponerse a disparar a las palomas desde la ventana de nuestra habitación. Pero nunca dije nada. Soporté su presencia esporádica porque me di cuenta de que, más allá del rechazo, de la repulsión hacia aquellas sádicas matanzas, mi hermano se sentía fascinado por Paquito. Por su crueldad sin matices. Por la pura, irreflexiva y gratuita violencia de sus acciones. Aunque, como yo, no confiaba en él ni se sentía orgulloso de su compañía. Prueba de ello es que, que yo recuerde, jamás le dijo dónde vivíamos. Por aquel entonces, nuestra vara de medir amistades era Madre, y los dos sabíamos que a ella no le habría gustado abrir la puerta y encontrarse con aquel niño viejo que, con sólo catorce años, ya apuntaba maneras de maleante. Nosotros, sin embargo, sí sabíamos dónde vivía él. En alguna ocasión, tras alguna carnicería especialmente copiosa, nos

había pedido que le ayudáramos a llevar las carpas muertas hasta su casa. No estaba lejos. En el barrio obrero de San Judas. Baruc y yo nunca pasamos del portal. Paquito llamaba al telefonillo, decía «soy yo» y, como si de pronto le hubiera entrado la prisa, cogía precipitadamente los peces y se iba sin despedirse.

Baruc acarició el lomo de Tigre. Luego se quitó la tierra del pecho, agarró la cesta, se levantó del banco y, un poco más animado, echó a andar hacia San Judas. Lo más rápido era ir por la avenida de Marte, pero para evitar que lo viesan tomó las estrechas y silenciosas calles que corrían paralelas a ella. Por el camino se acordó de la caña y el macuto. Pensó que volvería por ellos más tarde, cuando las cosas se calmaran. Al llegar al portal de Paquito, dudó unos instantes frente a los botones del telefonillo. Recordaba que vivía en el segundo, pero no en qué mano. Probó suerte con la izquierda. Una irritada voz de mujer le dijo que no era ahí. Que Paquito vivía en el segundo derecha. Baruc volvió a llamar, esta vez al piso correcto. No contestó nadie. Lo intentó de nuevo. Nada. Se disponía a marcharse cuando, en el ardor de la calle desierta, resonó una vocecilla distorsionada.

—¿Sí?

—¿Paquito?

—Sí, ¿quién es?

—Soy Baruc.

—¿Quién?

—Baruc, el del río.

—Ah. ¿Qué quieres?

—¿Estás solo?

—Sí, ¿por?

—¿Puedo subir?

—¿Pasa algo?

—Me hace falta un sitio donde estar un rato.

Hubo un silencio, seguido de cerca por el zumbido del cerrojo. Baruc empujó la puerta con el pie, pero no se apartó del telefonillo.

—Oye.

—Qué.

—Tengo un perro. ¿Puede subir también?

—Bueno.

Baruc abrió la puerta del todo y entró con Tigre en el portal. Mientras subía las escaleras sintió un profundo alivio. Por el frescor. Por la calma. Y porque sabía que allí nadie iría a buscarlo.

El banco de la acera se quedó sin sombra, pero Padre no se movió. Siguió sentado, expuesto a la abrasadora furia del mediodía, con la mirada fija en la entrada del hotel Avalón. El sudor le encharcaba las cejas. Cada vez que cambiaba de postura, para acomodarse sobre las tablas del banco o para ver mejor a la gente que entraba y salía del hotel, varias gotas calientes se le deslizaban por la nariz y las mejillas. Algunas de ellas se le metía en los ojos, causándole un escozor momentáneo. Se esforzaba por mantener la calma, pero la congoja y la terquedad del calor hacían que sus pensamientos se arremolinaran y acabaran chocando unos con otros como barcos en la niebla. Pensó que había llegado tarde y que Madre ya estaba dentro. La imaginó tumbada en la cama, esperando a un hombre que no era él. Pensó también que todo aquello era un error. Que no era posible que Madre le estuviera engañando. Después de dieciséis años de matrimonio la conocía mejor que a sí mismo y sabía que ella era incapaz de cometer semejante impudicia. Pero entonces se acordó de las notas del ropero y le entraron dudas. Puede que no la conociera tan bien como creía. Varias gotas de sudor resbalaron por su cara y cayeron al suelo dejando en su piel un rastro caliente. Otras se detuvieron ante el leve promontorio del labio superior, donde formaron un pequeño embalse salado. Padre alzó la vista y, con los ojos fruncidos por el sol, se preguntó detrás de cuál de aquellas ventanas estaba Madre. Se preguntó también de qué hablaría con aquel hombre. Si lo echaba de menos entre citas. Si lo quería. Bajó la vista de nuevo y se fijó en la mancha húmeda que una gota de sudor le había dejado en el muslo. La miró de cerca. y mientras la miraba, mientras se perdía en ella, buscó en el pasado indicios de otras traiciones. Si Madre le era infiel ahora, ¿quién podía garantizarle que no lo había sido antes? La sospecha lo arrasó todo. Lo llenó todo de fango. Convirtió su vida juntos en un cenagal apestoso. En una mentira. De pronto Padre dejó de sudar. Tenía la cabeza en llamas. La piel enrojecida. Le costaba trabajo respirar. ¿Y si sus hijos no eran suyos?, se preguntó con desmayo. Por la carretera, a través de las reverberaciones del mediodía, pasó un coche que dejó en su retina un fulgor rojizo. ¿Y si Baruc y yo éramos hijos del engaño? Padre se levantó del banco, salvó el bordillo y echó a andar haciendo eses por el centro de la calzada, sintiendo bajo sus pies el alquitrán reblandecido. Oyó bocinazos. Alguien lo insultó desde una moto. Atormentado por el bochorno, por el pulso acelerado de las sienes, por las violentas sacudidas del corazón, supo que Madre no estaba en el hotel. Que no acudiría a la cita. No porque no quisiera, sino porque Baruc, con su huida, se había interpuesto en su adulterio. ¿Cómo podía acostarse con su amante mientras su hijo corría peligro? ¿Qué clase de madre sería si lo hiciera.? Trató de quitarse el sudor de la frente con el reverso de la mano. Pero fue un gesto inútil. La frente estaba seca. Intentó fijar la vista en las personas que lo observaban desde las aceras. Sólo vio figuras deformadas. Fantasmas al otro lado de una cortina de agua. El sonido de sus voces le llegaba de muy lejos, mezclado con los atropellados latidos de la sangre y las protestas del tráfico. Avanzó varios metros por la línea discontinua que separaba los dos carriles de la carretera. Entonces, sin alarma, comprobó que el mundo ya no estaba. La calle. Los bancos. El hotel Avalón. La gente. El cielo. Los edificios. El tráfico. El sol. Los plátanos. Todo se había evaporado. Todo menos él y las imágenes que proyectaba su mente. Vio un cuchillo ensangrentado hundiéndose en un vaso de leche. A Madre, llena de luz, sentada en el café Bonnard. Unos zapatos que andaban solos. Un televisor muerto, rodeado de sus propias vísceras. A Madre bañándose en la playa del Sardinero. Una carpa brillante, con el anzuelo clavado en la boca. Un enano desnudo hablando en una lengua incomprensible. Un sol grande, rojo, que en vez de hundirse rebotaba como un balón sobre la línea del horizonte. A Madre abrazada a otro. Con la piel sudorosa. Los brazos anhelantes. Los rasgos desconocidos.

Convulsos. Desfigurados por el placer ilícito. Un perro cojo al borde de un acantilado. Una mano sin dedos. Una tapa de alcantarilla atravesada por una raya de pintura blanca que se acercaba velozmente a su rostro. Un destello cegador. Y, por fin, la negrura.

La casa de Paquito no tenía muebles. En la pared del *hall*, bajo la luz de una bombilla mustia, se distinguía la huella de una consola y, sobre ella, el rectángulo de un cuadro que ya no estaba. El pasillo era largo. Angosto. Y sólo había puertas en el lado izquierdo. Al pasar ante ellas, Baruc vislumbró un cuarto de estar desangelado y un dormitorio en penumbra del que surgió un ronquido.

—Me dijiste que estabas solo.

—Como si lo estuviese. Es mi hermana. Ayer salió y debió de cogerse una buena.

El cuarto de Paquito olía a pescado. A las aguas bajas del río. La cama era un colchón de gomaespuma tendido en las baldosas, cubierto a medias por una sábana blanca. A su alrededor, esparcido por el suelo, había un farrago de ropa, zapatillas deportivas y revistas. Muchas revistas. La mayoría de viajes. Paquito se dejó caer con indolencia en el colchón. Iba descalzo. Llevaba una camiseta de un azul desvaído, muy dada de sí, y unos pantalones cortos de deporte, rojos, con tres rayas blancas a los lados. En el río siempre llevaba vaqueros, así que era la primera vez que Baruc le veía las piernas. Dos meros cables, salpicados de vello negro. A través de la ventana abierta se veía el muro churretoso y gris de un estrecho patio de luces. Por ella entraban los rumores del edificio. El pitido de una olla. Una puerta al cerrarse. Las voces de una radio. Baruc se quedó de pie. Indeciso. Con la cesta en la mano y Tigre pegado a las rodillas.

—Siéntate donde quieras —dijo Paquito, barriendo el aire con un gesto apático.

Baruc se sentó en el único hueco libre que vio en el suelo, con las piernas dobladas y la espalda apoyada en la pared. A su lado, tiradas de cualquier forma, estaban la carabina Gamo, la caña y la bolsa de pesca. Las miró reconfortado. Eran lo único que le resultaba familiar en medio de tanto desamparo.

—Bueno, y cómo tú por aquí —dijo Paquito, después de un incómodo silencio.

—Me he ido de casa.

—¿Y eso?

—Ya ves —dijo Baruc, y puso la mano en el lomo de Tigre.

—¿De dónde lo has sacado?

—De la calle. Ayer dormimos en la caseta del Ogro.

—¡En serio! —dijo Paquito, incorporándose.

Alentado por su interés, Baruc describió con detalle el rato que había pasado con el indigente. El susto inicial. La cena a la luz de la linterna. Las confesiones. La negra calma del río.

—La verdad es que me trató muy bien. Es un buen hombre.

—¿Y hoy, qué has hecho.? —dijo Paquito, plenamente resucitado de su inicial desidia.

Gesticulando, levantándose para explicar mejorías cosas y poder repetir con más fidelidad sus movimientos, Baruc recordó en voz alta el robo del supermercado. El interrogatorio en la oficina del hombre de la corbata granate. La huida. El

descubrimiento del policía apostado junto a la caseta. Cuando terminó, lo invadió una sensación extraña. Le pareció que lo que estaba contando no le había ocurrido a él, sino a otro. A alguien a quien él sólo conocía de oídas.

—Un día yo también pienso irme —dijo Paquito.

—¿Adónde?

—No sé. Lejos. Por ejemplo a Australia. Es tan grande, que los médicos van en avión a ver a los pacientes.

Paquito se apartó del colchón y, de rodillas, revolvió entre las revistas hasta dar con un número atrasado del *National Geographic*. La foto de la portada mostraba una inmensa extensión de matas y tierra roja. En último plano, rodeada de un cielo sin mácula, se elevaba una mole de piedra oxidada.

—Ayers Rock —dijo, pasándole la revista a Baruc—. Pero los aborígenes la llaman Uluru.

De la habitación contigua llegó otro ronquido. Esta vez Baruc se rió. Paquito, sin embargo, no pareció oírlo. Volvió a buscar entre las revistas.

—O a la India —dijo mientras sacaba del montón un número dedicado a ese país y lo arrojaba a los pies de Baruc—. Tienen un sistema de castas muy estricto. Lo habrás estudiado en el colegio. Hay gente que lo critica, pero a mí me parece un chollo que te digan quién eres nada más nacer. Te tiene que ahorrar muchas preocupaciones.

Baruc echó un vistazo a la nueva portada. El Taj Mahal resplandeciente, envuelto en una bruma rosácea. Siguieron así durante un rato. Paquito, rescatando reportajes sobre lugares exóticos. Baruc, viendo con curiosidad las fotografías, tratando de juntar en una sola persona al Paquito tosco y brutal del río, el que masacraba animales por gusto, y a su doble erudito, el que ahora, con una pasión contagiosa, le hablaba de los islotes rocosos de la bahía de Ha Long, de las cataratas de Iguazú y de la milenaria cosmogonía de los dogones.

—Para ir a estos sitios hará falta mucho dinero —dijo Baruc.

—Estoy ahorrando. Pero aún tengo que vender muchos bichos.

—¿Y tus padres qué dicen?

—Mis padres no dicen nada. Bastante tienen con lo suyo.

Bajando la voz, Paquito explicó que su padre se había pasado veinticinco años subido a un andamio. Hasta que una mañana, después de un desayuno de cerveza y anís, se cayó desde una altura de dos pisos. No se mató de milagro. El accidente le dejó una pronunciada cojera, un dolor perpetuo en la espalda y una pensión con la que por fin pudo dedicarse en cuerpo y alma a su afición favorita: beber hasta perder la conciencia. Su madre fregaba escaleras en varios edificios del centro y todo lo que ganaba lo perdía en el bingo y en las máquinas tragaperras. Cuando se quedaba sin un céntimo, vendía lo que encontraba por casa.

—Empezó por las joyas de la abuela. Luego les fue tocando el turno a los cuadros. A la vajilla buena. A los muebles. Como siga así, un día nos vende a nosotros —dijo Paquito, y casi sonrió.

—¿Y tus ahorros.?

—Escondidos. Ella no sabe que los tengo. Nadie lo sabe. Bueno, ahora tú...

Se quedaron en silencio, pensativos, como correspondía al tono grave de la confidencia. En algún lugar del edificio una mujer le gritó a un tal Jandro que bajara por el pan. Con voz de fastidio, Jandro contestó que le tocaba a Inés. Por la ventana, mezclados con las palabras, entraron los efluvios de un guiso. Cocido, pensó Baruc.

—Tengo hambre —dijo Paquito, como si también lo hubiera olido.

Lo dijo casi con sorpresa, como quien de pronto se acuerda de algo importante. Baruc le ofreció lo que había traído en la cesta del supermercado.

—Ven —dijo Paquito, levantándose del colchón, y guió a Baruc a través del pasillo hasta la cocina.

Baruc nunca había visto un desgobierno semejante. En el fregadero se alzaba una torre de platos sucios. Ascendía en zigzag como una cobra amaestrada. Como una columna precaria y ondulante, al borde del desmoronamiento. A su alrededor, en los resquicios del fregadero y sobre la encimera y los quemadores de la cocina, se extendía un pringoso revoltijo de cacerolas, vasos, cubiertos, tazas y sartenes. Había una mesa plegable llena de manchas y restos de comida. El suelo de linóleo estaba pegajoso. Oscuros riachuelos de mugre recorrían de arriba abajo los azulejos y los cristales de la ventana. Y apenas se podía respirar. Apestaba a podredumbre. A agua estancada. A negligencia. Del tirador de un armario pendía un hueso de jamón macilento. Parecía un cadáver saqueado por una jauría de alimañas.

—Le tocó a mi madre en una rifa —dijo Paquito, al ver que Baruc lo miraba perplejo—. Durante más de una semana fue lo único que comimos. Al principio lo cortábamos con el cuchillo. Como Dios manda. Pero una noche mi padre llegó demasiado borracho para cortar nada y se comió un trozo a mordiscos. Los demás seguimos su ejemplo.

Lo dijo con objetividad. Sin matiz alguno que dejara traslucir lo que sentía.

—¿Os comisteis un jamón a mordiscos? —dijo Baruc, asombrado.

Paquito asintió con la cabeza. Luego enjuagó dos vasos y los puso sobre la mesa. Baruc sacó de la cesta la bolsa de leche, la botella de zumo de naranja, los pasteles y la lata de comida de perro.

—¿Tienes algo para abrir esto? —dijo.

Paquito puso la bolsa de leche en un recipiente de plástico y cortó una de las puntas con unas tijeras. Luego escarbó entre los residuos de la encimera y abrió y cerró armarios hasta que, por fin, en un cajón, encontró un abrelatas y se lo alargó a Baruc. Al cogerlo, Baruc volvió a acordarse del Ogro. Se preguntó dónde estaría. Qué estaría haciendo. Lo imaginó de vuelta en la caseta del embarcadero, entre sus bolsas de ropa vieja, preguntándose lo mismo de él. Entonces esbozó su sonrisa de siempre. Medio desvergonzada. Medio triste.

—De qué te ríes —dijo Paquito.

—De nada.

A medida que la lata se abría, el aroma de la carne fue impregnando el aire corrompido

de la cocina. Tigre ladraba y saltaba de impaciencia.

—¿Dónde lo echo? —dijo Baruc.

—En el suelo. Qué más da —dijo Paquito.

Baruc vació la lata en un rincón, la dejó donde pudo y se sentó con Paquito a la mesa. Comieron con avidez. Engullendo los pasteles. Cerrando los ojos para beber la leche y el zumo. El grifo del fregadero estaba flojo. Cada pocos segundos caía una gota en el interior de una taza rebosante. El impacto producía una salpicadura hueca. Una pequeña muesca en el silencio que a Baruc le recordó la gotera de la oficina del hombre del supermercado. Por la ventana, que daba a la calle, pasó una nube. Tenía un contorno niveo e inocente. Pero su núcleo, de un amenazador gris marengo, parecía duro como una bola de acero.

—Esta tarde va a llover —dijo Paquito, con la boca llena.

—Qué va.

—Ya lo verás.

Entonces llegó ella. La hermana de Paquito. Apareció de pronto en el marco de la puerta, bostezando y rascándose perezosamente la cabeza. Parecía algo mayor que ellos. Un año, quizás dos. Llevaba puestos unos sucintos pantalones cortos de pijama de color naranja y una ceñida camiseta blanca, muy corta, que le apretaba los pechos y le dejaba al aire el ombligo. Tenía un bronceado brillante. El cuerpo menudo. El pelo largo y ondulado. Y la expresión insolente de quien, sin estar de vuelta de todo, sabe ya más de la cuenta para su edad. Al sentir la tufarada de agua corrupta, arrugó la nariz e hizo aire con la mano. Luego, de una rápida mirada, evaluó la situación.

—¿Y este perro? —dijo, y su voz sonó a la vez dulce y rasposa.

—Es de Baruc —dijo Paquito.

—¿Baruc? Vaya nombre.

La hermana se inclinó para acariciar a Tigre. Al hacerlo, los pantalones se le subieron un poco por detrás y dejaron al descubierto dos medialunas de piel blanca. Se irguió sin prisa. Con una morosidad tersa. Premeditada. Paquito siguió comiendo sin prestarle atención. Baruc, presa de un temblor inédito, observó con la boca entreabierta cómo lentamente las medialunas de piel blanca volvían a ocultarse bajo la tela naranja. A continuación la hermana abrió la nevera y sacó de ella una botella de agua casi vacía. Apoyó el codo en la puerta, echó la cabeza hacia atrás y dio un trago. Baruc se quedó embobado mirándole el cabello. Los hoyuelos en la parte baja de la espalda. El perfil de sus pechos hirientes.

—¿No comes? —dijo Paquito, sin parar de masticar.

Turbado, Baruc se volvió hacia la mesa. La hermana acabó de beber, cerró la puerta de la nevera y se acercó a ellos con la botella vacía en la mano.

—¿Puedo? —dijo, señalando los pasteles.

Paquito no le hizo caso.

—Claro —dijo Baruc en un susurro cohibido.

La hermana dejó la botella junto a la bandeja y cogió un acaramelado de nata. Baruc observó de reojo cómo la parte superior de sus muslos rozaba el borde de la mesa. Por encima de la inmundicia, del olor a comida de perro y a podredumbre, percibió el aroma que exudaba su cuerpo. Era una emanación desconocida. Una mezcla de tierra húmeda, frescor y sueño tibio, que sólo pudo comparar con el perfume que algunas mañanas envolvía la Isla. Mientras ella comía el pastel, a escasos centímetros de su mano, de las yemas palpitantes de sus dedos, Baruc supo que el temblor que sentía era distinto de todo lo que había sentido hasta entonces. Distinto de la terca y púdica devoción que le había profesado a Margarita. Del turbio cataclismo que lo sacudía por dentro al hojear las revistas de chicas desnudas que circulaban por el patio del colegio durante el recreo. Del embeleso atónito y un poco triste que esa misma mañana había provocado en él la visión de las patinadoras del supermercado. Lo que ahora sentía era ansia. Un deseo agónico de alargar la mano y acariciar esa piel fragante. De adherirse a ella y arder en su calor vegetal. Pero no hizo nada. Se quedó paralizado, bullendo en un estupor líquido. Cuando terminó el pastel, la hermana cogió el vaso de Baruc y bebió de un trago el zumo que quedaba. Luego se limpió los labios con la mano, se dio la vuelta y se fue. Baruc miró con incredulidad al hueco de la puerta, inconcebiblemente desierto. Luego al vaso vacío. Se preguntó cuál de las marcas que había en su borde era de los labios de ella. Sintió una orfandad angustiada, como la de un niño perdido en la calle.

—Como no te espables, me lo voy a comer yo todo —dijo Paquito, y su voz sonó pequeña y lejana, como llegada a rastras de otro mundo.

Baruc llenó el vaso otra vez. Absorto, cogió un milhojas de la bandeja. De repente lo invadió el miedo. Miedo de la hermana. De su piel canicular. De los hoyuelos de su espalda. De no saber qué hacer con el desbarajuste que su corta visita le había dejado en el cuerpo. Miedo de Paquito. De sus instintos mezquinos. De su mala suerte. De su existencia doble. Bifurcada. Miedo de aquella casa infame. De su sordidez. De su desdicha. De sus suelos pegajosos. De las lúgubres ausencias que poblaban sus paredes. Miedo de haber fluido. Del futuro al raso, sin ayuda ni soportes. Miedo de la vida.

Acabaron de comer en silencio. Luego volvieron al cuarto de Paquito y durante un rato siguieron hojeando revistas y hablando de lugares que, probablemente, ninguno de los dos vería nunca. A las dos menos veinte Baruc se levantó y dijo que tenía que irse. Llamó a Tigre, que se había quedado en la cocina, husmeando entre las sobras. Pero Tigre no vino. Lo llamó de nuevo. Al cabo de unos segundos, el perro entró en el cuarto meneando la cola y fue a sentarse junto a Paquito.

—¡Vamos! —dijo Baruc.

Tigre no se movió.

—Parece que quiere quedarse —dijo Paquito.

—¿Te importa?

—No.

—Pues entonces que se quede.

Baruc salió del cuarto y enfiló el pasillo. Al pasar ante el dormitorio de la hermana, se detuvo un instante. Lo justo para distinguirla abrazada a la penumbra y poder vislumbrar la curva de su cadera y la suciedad que tenía pegada en la planta de los

pies. Siguió andando con las mejillas encendidas. Ya en el *hall*, oyó que Paquito lo llamaba desde su cuarto.

—¿Adónde vas a ir ahora? —dijo.

—No lo sé —dijo Baruc y, como si escapara de un piso en llamas, salió al descansillo, bajó de dos en dos las escaleras, atravesó el portal, saltó a la calle y echó a correr hacia casa.

«Sólo se vive una vez, así que es mejor no equivocarse», solía decir Padre, que ha heredado, aunque un poco diluida, la afición de la abuela Milagros por las sentencias y las frases pomposas. Lo decía a menudo, con el aplomo de quien se sabe dueño de una verdad irrefutable. Hasta que llegó aquel verano infausto y, como un coche sin control, el mundo se salió de la carretera y volcó. A partir de entonces, Padre ya no lo dijo más. Supongo que se dio cuenta de que la frase era falsa. De que, llagamos lo que llagamos, pensemos lo que pensemos, nos equivocamos casi siempre. Y de que no sólo se vive una vez, sino varias. Por no hablar de las veces que morimos. Y si no, que se lo pregunten a Elio Infante. Después de mucho insistir, por fin accedió a hablar conmigo el año pasado. Entre otras muchas cosas, me dijo que él ya había muerto dos veces —cuando los dejó Lolo y aquel agosto infernal, cuando hizo lo que hizo— y que sólo seguía vivo para poder morir una tercera. También me habló de aquella madrugada. Me dijo que nada más salir a la calle le flaqueó el ánimo y estuvo a punto de darse la vuelta. No le gustaba la noche. Ella asociaba con las juergas vacuas de la juventud, de las que nunca sacó nada en limpio, y con las angustiadas ausencias de Lolo. La noche para él era el desorden y la desgracia. Con sus farolas titubeantes, sus rincones negros y su engañoso silencio, la noche transformaba la ciudad en un paraje inhóspito, lleno de amenazas. Elio Infante conocía bien los códigos que regían el día, pero ignoraba los de las sombras. Si siguió adelante, si no giró sobre sus talones y volvió con Elvira, fue por el odio renacido, que lo empujaba a buscar a Baruc en la negrura. Quería abalanzarse sobre él y apuñalarlo dos veces en la espalda, me dijo bajando la mirada. Quería arrojar su cadáver sobre un montón de cartones y bolsas de basura. Después de quince años de tormento, quería vengarse.

Eran las dos menos cuarto y, quitando las terrazas de la plaza de las Contiendas, en las que aún quedaba gente, las calles estaban vacías. Elio Infante caminó sin rumbo, con pasos duros, mecánicos, que resonaban como pequeñas detonaciones en el aire dormido. Poco a poco, sin más guía que el rencor, fue dejando atrás el murmullo de las terrazas. Recorrió aceras. Cruzó calzadas. Dobló esquinas. A medida que se alejaba del centro, la ciudad se volvía más oscura. Menos amable. Pasó las vías del tren por el túnel del Ángel, un pasillo subterráneo infestado de pintadas, mal iluminado por una fila de tubos fluorescentes defectuosos. Al llegar al otro lado se detuvo a coger aliento. Frente a él, más allá de una avenida desierta, se extendía el barrio de La Loba. Tardó unos instantes en comprender el sentido de sus pasos. «Sólo allí podía encontrarlo», me dijo. Sólo podía cerrar el círculo sangrante de su pena. Metió la mano en el bolsillo y palpó la navaja de Lolo. Luego cruzó la avenida y se internó en el negro dédalo de casas bajas y calles a medio asfaltar. El silencio había cambiado. La quietud reposada de antes del túnel se había convertido en una calma punzante tras la cual se ocultaba el peligro. En cada esquina se alzaban cúmulos de bolsas de basura. Estremecido, Elio Infante imaginó a Lolo tendido en ellos. Boca arriba. Flotando en su propia sangre. Cuanto más se adentraba en el barrio, más sórdido le parecía todo. En el aire quieto había indicios de vino. De aceite rancio. De heces y orín. Se oyó el llanto de un bebé. Dos ratas grandes como gatos cruzaron la calzada y se perdieron en un callejón en tinieblas. Calle abajo parpadeaba el cartel luminoso de un bar. Sobre la acera, pegadas a la pared, había varias mesas ocupadas por bebedores sombríos. Elio Infante se acercó con cautela.

—Buenas noches —dijo.

Nadie contestó.

—Estoy buscando a un muchacho. Moreno. De quince años. Anda por ahí con un perro. ¿Lo han visto?

Uno de los bebedores, un hombre de tez oscura, con un colmillo de oro y la camisa remangada hasta los bíceps, le hizo una señal para que siguiera andando.

—¿Por ahí? —dijo Elio Infante, y el hombre asintió.

Elio Infante reanudó la marcha. Mientras se alejaba, estalló una discusión en el bar. Oyó voces agitadas, pero no alcanzó a entender qué decían. Oyó también el ruido de un vaso al romperse. No volvió la vista atrás. Siguió avanzando despacio. Alerta. Explorando el entorno. En un solar tomado por la basura y las malas hierbas vio a unos chicos bebiendo cerveza de una botella de litro. Llevaban camisetas oscuras y estaban muy serios, como si beber los pusiera tristes. Elio Infante se acercó a ellos de repente y los miró de cerca, uno a uno, buscando en sus caras los rasgos de Baruc. No los encontró. Sorprendidos por la irrupción, los chicos se dejaron escrutar con una mansedumbre asustada, como animales petrificados ante los focos de un coche. Pero enseguida se recuperaron del susto y empezaron a increparlo. Él no les hizo caso. Regresó a la acera y siguió caminando hasta llegar a una pequeña plaza. Había cuatro farolas, pero sólo funcionaban dos. Su luz infecunda alumbraba un solado de losetas grises, varios parterres arrasados y una fuente de hierro con el grifo roto. Había perros por todas partes. Olfateando. Orinando. Yendo de un sitio a otro como si la plaza les perteneciese. En la entrada de una calleja Elio Infante creyó vislumbrar una sombra que se movía. Corrió hacia ella. Al doblar la esquina vio cómo la sombra se alejaba un poco, se detenía, se volvía fugazmente para mirarlo y, dándole otra vez la espalda, continuaba alejándose. Elio Infante sacó la navaja del bolsillo, la abrió y salió tras ella. La siguió por calles lóbregas. A través de solares inmundos y plazuelas dilapidadas. Después de muchas vueltas, vacilaciones y giros repentinos, le dio alcance en un angosto callejón sin salida. Se acercó a ella supurando hiel, con la navaja oculta tras la espalda. A un metro de distancia, la sombra dejó de serlo. Se convirtió en un muchacho escuálido, con los ojos muy grandes, que no se parecía a Baruc.

—Son doscientas pesetas —dijo.

Su voz era candida, fuera de sitio en aquel páramo ruin. Elio Infante no entendió. Se quedó inmóvil, respirando fuerte, manoseando el mango de la navaja.

—Tienes que pagarme primero —dijo el muchacho, y se acercó un paso.

Llevaba un niqui blanco, pantalones cortos y sandalias con hebilla. «Como si acabara de llegar de misa», me dijo Elio Infante.

—¿Pagarte? ¿Por qué?

Entonces, al amparo de aquella tenuidad sucia y cómplice, sintió cómo la mano del muchacho se posaba en su entrepierna.

Quiso pensar qué hacer, pero su cuerpo reaccionó antes. Casi sin darse cuenta repelió al muchacho con la mano que tenía libre. Cogido por sorpresa, el muchacho salió despedido, tropezó con algo y cayó de espaldas al suelo. Entonces lanzó un grito. Un alarido estridente que, a medida que se prolongaba, fue perdiendo sus notas humanas para transmutarse en un aullido animal. Elio Infante vaciló un momento. Hizo ademán de acercarse al muchacho para comprobar si estaba bien, pero entonces las luces de las casas circundantes empezaron a encenderse y se asustó. Confuso, con las manos temblorosas, cerró la navaja y la metió en el bolsillo. Luego salió del callejón y echó a

correr sin saber adónde iba. En el primer cruce de calles casi se dio de bruces con tres borrachos que bajaban cantando por la acera. Los esquivó y siguió corriendo. Oyó insultos. Una botella se hizo trizas a su lado. Luego otra. Una metralla de cristal y vino le arañó los zapatos y los bajos de los pantalones. El muchacho aún gritaba. Las luces de las casas no paraban de encenderse. Se oía ladrar los perros. La gente se asomaba a las ventanas. Elio Infante corrió aterrorizado, más allá del límite de sus fuerzas. Corrió sin rumbo hasta que la suerte se apiadó de él y lo condujo a la entrada del túnel del Ángel. Bajó las escaleras con el corazón en la boca, cruzó el pasillo subterráneo y no se detuvo hasta que se sintió a salvo al otro lado. Se apoyó en una pared y se agarró las rodillas para mitigar el temblor de las piernas. Tenía la ropa empapada de sudor. Le costaba trabajo respirar. La boca le sabía a sangre. Mientras se recuperaba, miró el reloj. Las tres menos cinco. «La mente es una máquina extraña —me dijo mientras recordaba—. Acababa de estar en el infierno, y lo primero en lo que se me ocurrió pensar fue en los trofeos de judo que había en el cuarto de Lolo.» Sin saber por qué, se acordó de los dos judocas entrelazados. Uno en pleno esfuerzo, doblado hacia delante. El otro de espaldas, con las piernas en el aire, cayendo sin caer nunca del todo. Luego pensó en Elvira, que vivía con su hijo muerto haciendo como que seguía vivo. Lentamente se enderezó, respiró hondo y se puso de nuevo en marcha. Camino de casa lo emboscó la vergüenza. Palpó el bulto de la navaja y se detestó a sí mismo por lo que había querido hacer. En la plaza de las Contiendas, las terrazas ya no estaban. Aquí y allá había pilas de sillas y mesas atadas con cadenas a las columnas de los soportales. Elio Infante se detuvo a escuchar el silencio. Y se preguntó cómo podía un hombre vivir con tanta vergüenza. Con tanto castigo.

Me intrigan las bifurcaciones. Esos momentos, a veces indiscernibles, en los que la vida se ramifica y cambia de rumbo. Para detectarlas, visito con frecuencia el pasado. Lo recorro sin prisa, abriendo y cerrando puertas, imaginando lo que habría podido ser si las cosas hubieran sido de otro modo. Un pasatiempo arriesgado: nadie sabe adónde llevan los caminos que no tomó. La primera bifurcación de la que guardo memoria —empezamos a dividirnos en cuanto nacemos y seguro que hay otras antes, pero no las recuerdo— tuvo lugar la semana previa a mi séptimo cumpleaños. Era sábado por la mañana. Padre iba a echar unas cartas al correo y yo, agarrado a su mano, caminaba absorto, pensando en qué regalo pedir. Dudaba entre dos cosas: el Madelman cazador de safari, con su rifle y su exótico salacot, o el Porsche 911 en miniatura que había visto en el escaparate de la juguetería Ramsés. «Tú quédate aquí, hijo. Vuelvo enseguida», me dijo Padre al llegar al cruce de la avenida de Marte y la calle Troya. La oficina de correos estaba justo en la otra acera, y debió de pensar que tardaría menos yendo solo. Apoyé la espalda en el semáforo y esperé. Pensé que quizás era mejor el Madelman. Luego, para completar el juego, podía pedir el porteador a los Reyes. Era negro y venía con un fez rojo, un revólver, un machete, un fardo de arpillera y un mono. Aunque, en realidad, concluí con resignación, daba igual lo que yo quisiese. Pidiera lo que pidiera, al final siempre me compraban otra cosa. Dos o tres minutos más tarde, Padre me tocó el hombro y me cogió de la mano. Caminamos dos manzanas en silencio. Recuerdo que hacía bueno y que los plátanos del paseo tenían las copas muy verdes. Había llovido un poco y la ciudad olía a limpio. Yo creía que volvíamos a casa. Al ver que pasábamos de largo la calle Lepanto, levanté la vista para preguntarle a Padre adonde íbamos. Pero aquel hombre no era Padre, sino un desconocido. Al sentir que lo miraba, se volvió hacia mí. Nunca olvidaré su rostro. Hirsuto. Descolorido. Sin carne. Con los ojos vidriosos, la nariz aguileña y unos labios muy finos. Apretados. Casi blancos. Me miró con tristeza. Sorprendido, me pareció a mí. Como si acabara de llegar de muy lejos y no entendiera qué hacía en la calle con un niño que no era suyo. Yo me solté y salí corriendo. Después de cruzar la calle Lepanto, me volví para asegurarme de que no venía detrás de mí. Lo vi alejarse despacio. Encorvado. Un fantasma entre los vivos. Llegué al semáforo segundos antes de que volviera Padre. «¿Te pasa algo? », me dijo. Le contesté que no. Me estudió detenidamente, con los ojos entornados. Luego me acarició la cabeza, me cogió de la mano y nos fuimos a casa. Nunca le he contado nada. Ni a él ni a Madre. No quería preocuparles con algo que no llegó a ocurrir. Se enterarán ahora, cuando lean estas líneas.

He pensado mucho en aquel hombre. ¿Quién era? ¿Por qué hizo algo tan raro? ¿Por qué me miró de ese modo? ¿A qué se debía su tristeza? Algunas noches, cuando el sueño me elude, veo su rostro demacrado y trato de imaginar qué habría sido de mí si, en vez de dejarme marchar, me hubiera llevado con él por la fuerza. ¿Qué vida me esperaba al final de ese camino? De esa bifurcación salto a otras. Me pregunto qué habría pasado si Madre no se hubiera tropezado con Padre en las escaleras del cine Delicias. O si el jilguero hubiera salido volando la noche en que el tío Sócrates quiso suicidarse. O si Margarita hubiera hecho caso a Baruc cuando se cruzaba con él en la plaza de las Contiendas. O si el Ogro no hubiera ido a la policía. O si Madre no hubiera estado en casa cuando llamó Ulises. Pienso e imagino hasta que llega el sueño. Pero no me engaño. Sé que son lucubraciones inútiles. Porque, pese a su aparente multiplicidad, la vida sólo puede suceder de una forma.

Como la comida de aquel martes. Si Baruc no se hubiera ido, habría sido el festín

bullicioso de siempre. Pero fue lo que fue. Lo único que podía ser. Una reunión taciturna, presidida por el silencio. Madre, como los demás, había tenido un mediodía extraño. En la comisaría le habían dicho que Padre acababa de irse, pero no supieron precisarle adonde. Tampoco le aclararon mucho sobre el paradero de Baruc. Sólo que había pasado la noche en la caseta del viejo embarcadero, con un mendigo al que llamaban el Ogro, y que seguían buscándolo.

—No se preocupe, señora —dijo el policía, poniéndole la mano en el brazo—. Lo vamos a encontrar.

Madre no halló razones para no preocuparse. Tampoco para mencionar el robo del supermercado. Cuando salió de nuevo a la calle, el sol ya estaba en su cenit. Caminó pegada a la sombra, abatida por la confusión y el remordimiento. Por su culpa el mundo —nuestro mundo— se había hecho añicos, y no sabía qué hacer para recomponerlo y dejarlo como estaba. En la calle Dos de Mayo le pareció que la llamaban. No estaba de humor para encontrarse con nadie, así que hizo como que no oía y siguió caminando. Pero insistieron. Madre se volvió con desgana y vio que era Víctor, el afeminado y servicial dependiente de la mercería Los Arcos.

—¿Tiene un minuto? —oyó que le decía, moviendo la mano en el aire—. Quería comentarle lo de las cenefas.

Madre tardó un instante en entender de qué le hablaba. Una semana antes, recordó de pronto, había dejado encargada una cenefa para la cocina, una de esas cintas de vinilo adhesivo, con un alegre dibujo de canastas de frutas. Su primer impulso fue decir que lo sentía, que iba con prisa. ¿Cómo podía prestarle atención a semejante trivialidad en un momento tan crítico? Y sin embargo, lo hizo. Casi sin darse cuenta desanduvo el corto trecho que la separaba de la mercería, entró, se sentó con un suspiro en una silla de mimbre que había para los clientes y escuchó con docilidad las afectadas explicaciones de Víctor. Al parecer, el fabricante lo había llamado para decirle que ya no hacían el modelo que Madre había pedido. El Country Life. Víctor había probado suerte con otros fabricantes, pero en ninguno de sus catálogos figuraba un modelo similar.

—A lo mejor si vuelve a mirar el muestrario, encuentra otro que le guste —dijo, y le ofreció una carpeta llena de retazos.

Madre cogió el muestrario, lo abrió sobre sus rodillas y se puso a examinarlo. En parte porque sentía afecto por Víctor. Le agradaba su cortesía. Sus camisas de colores chillones. Sus abanicos. El femenino fervor con que conducía el negocio. Pero, sobre todo, le echó un vistazo porque ya no soportaba el peso de la angustia. Escrutó todos aquellos dibujos porque no sabía qué hacer consigo misma. Porque, incluso en medio de la zozobra, uno tiene que llenar las horas muertas. Al principio se sintió incómoda. Había estado a punto de engañar a Padre. Baruc se había ido. El mundo se venía abajo y allí estaba ella, eligiendo una cenefa para la cocina. Pero la incomodidad no tardó en dar paso al alivio. La tensión de las últimas horas se diluyó en una indulgente calma. Apaciguada, rebotante de gratitud hacia Víctor, Madre recorrió una a una las hojas de la carpeta. Despacio. Hasta llegar a la última. Entonces, con aire decidido, volvió atrás, señaló una de las muestras que había visto al principio y dijo:

—Ésta.

Era un modelo sencillo. El Orchard Classic. Un friso de tomates, cebollas y zanahorias sobre un fondo irregular en tonos pastel.

—Precioso —dijo Víctor, sonriendo con satisfacción, y apuntó en un cuaderno el nombre y el número de referencia.

—¿Para cuándo estará?

Víctor se agarró la barbilla y pensó.

—Pásese usted el viernes.

Madre dio las gracias, se despidió y volvió a la calle.

Pasó el resto de la mañana haciendo recados superfluos. Buscando refugio en las cosas banales. En La Universal compró fundas nuevas para los cojines del sofá del cuarto de estar, y eso que las viejas aún estaban en buen estado. Miró también las cortinas y los rollos de tela, pero sólo por curiosidad. Sin intención de llevarse nada. Luego fue a Galerías Preciados y compró regalos para todos. A Padre le compró un frasco de Varon Dandy, su colonia preferida en esa época. A Baruc, unos calcetines de deporte blancos, con una franja azul y otra roja. Al tío Sócrates un encendedor de sobremesa con forma de alfil. Y a mí un bolígrafo Bic de cuatro colores que todavía conservo, con cuya carga de tinta verde, la única que no se ha agotado, estoy escribiendo esta crónica. De Galerías Preciados Madre fue a la carnicería. Pensó que, con tanto regalo, la coliflor que había dejado en la olla iba a sabernos a poco, así que compró medio kilo de carne de ternera picada para preparar espaguetis a la boloñesa, el plato favorito de la familia. Y cuantos más recados hacía, cuanto más tiempo pasaba flotando en el limbo de lo trivial, más crecía en ella la certeza de que la tormenta había pasado. Atrás quedaban el bofetón y la huida de Baruc. Atrás, muy atrás quedaban también los devaneos con Ulises y la cita furtiva en el hotel Avalón, que ahora, vistos desde la atalaya de su ilusorio bienestar, le parecían una necedad irreflexiva. Un despropósito. Pensó que cuando llegara a casa, la vida habría vuelto a su cauce. Baruc estaría en la ducha, eliminando de su piel los residuos de la intemperie. Yo, como casi siempre en verano, estaría tumbado en la cama leyendo *El Capitán Trueno* o alguno de los libros de la estantería del salón, a los que había empezado a aficionarme. Y Padre y el tío Sócrates estarían en el cuarto de estar. El tío Sócrates callado, haciendo el crucigrama del periódico. Padre nervioso después de haber reñido a Baruc, protestando por lo tarde que era. Resultó que esto último, la tardanza, fue la única cosa real que había en aquel espejismo.

Con tanto recado, Madre no llegó a casa hasta las dos y veinte. El tío Sócrates y yo acabábamos de poner la mesa y la esperábamos sentados en la cocina. Dejó las bolsas en la encimera y nos preguntó con los ojos.

—Nada —dijo el tío Sócrates—. Hemos pegado carteles. ¿Los has visto?

—No —dijo Madre, y miró hacia la ventana.

A partir de la una el sol daba de lleno en ese lado de la casa, así que habíamos bajado la persiana. No del todo. Lo suficiente para que entrase la luz y no nos comiera el calor. Al contrario que las persianas del otro lado —el de la calle—, que eran de plástico y tenían arriba una caja, ésta era de las antiguas, con una cuerda deshilachada y láminas de madera marrón que se enrollaban a la vista. Además de vieja, estaba un poco abombada. Más tarde Madre me dijo algo que entonces me pareció incomprensible. Ahora, no tanto. Me dijo que se quedó mirándola porque le pareció muy triste. Como un párpado hinchado.

—Están por todas partes —dijo el tío Sócrates.

—Venía distraída.

Madre no se cambió. Llevó 1as bolsas al dormitorio, se puso el delantal y, con el paquete de carne picada en la mano, me preguntó por Padre. Se me hace raro decirlo, pero a Madre le sienta bien la aflicción. Y de joven, mucho más. Le ablandaba los rasgos y le daba un aire lánguido, pesarosamente bello, que no tenía cuando estaba contenta.

—Llamó después de que te fueses —dije, lacónico, algo ofendido por el poco interés que había mostrado por los carteles.

—Y qué dijo.

—Que ya había salido de la comisaría.

—No dijo más.

—¿No dijo adónde iba?

—No.

Madre miró el reloj. Las dos y media. —Estará buscando a tu hermano —dijo, pensativa.

—También llamó un señor preguntando por ti, pero no dejó recado.

Madre me acarició el pelo. Luego metió la carne picada en la nevera y nos pidió que saliésemos de la cocina. Antes de cerrar la puerta la vi abrir la tapa de la olla. Creyéndose sola, negó varias veces con la cabeza y dijo:

—Nada se arregla solo.

Fue, como digo, una comida taciturna. Habíamos puesto platos para cinco, y los dos huecos libres lo llenaban todo de ausencia. Comimos en silencio, atentos a cualquier sonido que pudiera anunciar una llegada. La puerta del portal al cerrarse. El zumbido del ascensor. Unas pisadas en las escaleras. Esperar es un ejercicio extenuante. Recuerdo que llegamos al postre agotados, sin fuerzas casi para cambiar los platos. Recuerdo también que de pronto el sol se nubló. Fue sólo un momento. No más de diez segundos en los que el comedor se empapó de una sombra nefasta. Luego volvió el sol, pero ya no fue lo mismo. Prendida en el aire quedaba la turbadora memoria de la oscuridad. Acabamos el postre. Recogimos la mesa. Madre trajo la bandeja con las tazas y el café. Entonces, con un timbrazo violento que nos hizo saltar en las sillas, rompió a sonar el teléfono.

Paquito se quedó dormido leyendo un *National Geographic*. Soñó con paisajes plácidos. Los bosques de Vermont en octubre. El mar de tulipanes de Keukenhof. La puesta de sol en Mykonos. Los cordones de dunas de Amatlí. Lo despertó un estruendo procedente de la cocina. Creyó que era su hermana. La resaca la hacía torpe, propensa a tropezar con todo y a causar pequeños cataclismos por la casa. Pero entonces oyó su ronquido y supo que tenía que ser otra cosa. Se levantó del colchón, atravesó el pasillo y se detuvo a la entrada de la cocina. Tigre lo siguió meneando la cola, con una mueca jadeante que se parecía mucho a la risa. La nevera estaba abierta, mostrando sin pudor sus entrañas reseca, cubiertas de un sarro ambarino. En la silla que un rato antes había ocupado Baruc estaba sentado su padre. Tenía los brazos caídos. La espalda encorvada. Y respiraba mal, como si en aquel aire pútrido ya no quedara oxígeno. La mesa estaba arrasada. Todo lo que antes había descansado sobre ella —los vasos, la bolsa de leche, las botellas, la bandeja de los pasteles, los restos de comida— yacía ahora desperdigado y hecho añicos por el suelo.

—No hay nada de comer en esta puñetera casa —dijo.

Tenía los ojos velados y la cara roja, abotargada por el alcohol.

—Si no te lo gastaras todo en ... —empezó a decir Paquito.

—¿Qué hace aquí ese perro?

—Me lo han regalado.

—¿Quién?

—Un amigo.

El padre emitió un gruñido burlón.

—Y desde cuándo tienes tú amigos.

La luz de la nevera parpadeó varias veces y se apagó. El padre se levantó de la silla y se puso a buscar comida en los cajones. Asustado por el ruido, Tigre empezó a ladrar.

—Pues ya lo estás devolviendo —dijo el padre—, porque si no lo mato a palos.

Tiraba tan fuerte de las manillas, que uno de los cajones se salió de los rieles y cayó ruidosamente al suelo. Su carga de cuchillos, tenedores y cucharas se esparció por la cocina como una lluvia de acero.

—¿Y tu madre?

—No sé.

El padre miró a Paquito con la boca medio abierta, luchando por respirar.

—¿Dónde guardas el dinero? —dijo.

—¿Qué dinero? —dijo Paquito, con el rostro demudado.

—Qué dinero va a ser. El que te sacas con los bichos del río. A ver si te crees que soy idiota.

—Ese dinero es mío.

—No te he preguntado de quién es. Te he preguntado dónde lo guardas.

—A ti qué te importa.

Tigre no paraba de ladrar. Se movía alrededor del padre con el cuerpo en tensión, acercándose y reculando, como un púgil antes de lanzar el primer golpe.

—Haz que se calle o te juro que agarro un cuchillo y lo destripo aquí mismo.

Paquito no se había movido del marco de la puerta. Estaba descalzo y no quería cortarse con los cristales que había en el suelo. Cuando tuvo a Tigre cerca lo cogió por el lomo, lo atrajo hacia sí y lo calmó acariciándole el hocico. Tigre dejó de ladrar. Luego, más tranquilo, se fue a lamer la lata de carne de buey que, con tanta conmoción, había acabado tirada a los pies de la nevera, entre los cubiertos, los vasos pulverizados y los restos de comida.

—Dónde está —dijo el padre.

—No pienso decírtelo.

El padre salió resoplando de la cocina. Paquito lo siguió con el rostro convulso, al borde del llanto. En el pasillo estaba la hermana. Medio dormida. Frotándose un ojo con el reverso de la mano.

—¿Qué pasa? —dijo, con la voz llena de sueño.

Paquito no contestó. La hermana se encogió de hombros y, desentendiéndose de la situación, volvió a la cama. Al llegar a su cuarto, Paquito vio horrorizado cómo su padre le revolvía las cosas. Le dio la vuelta al colchón. Buscó entre las revistas. Registró la ropa. Tanteó el hueco que había entre el radiador y la ventana.

—Dónde está —dijo, cada vez más agitado.

Entonces sintió bajo sus pies una baldosa floja. Se quedó muy quieto un instante. Luego sonrió.

—Ese dinero es mío —dijo Paquito.

El padre se arrodilló y levantó la baldosa. Había un hueco excavado en el cemento y, dentro de él, varios fajos de billetes unidos con gomas.

Dicen que los malos momentos agudizan la intuición y nos permiten entender cosas que antes no entendíamos. Supongo que eso fue lo que entonces le pasó a Paquito. Al ver a su padre coger los billetes, se dio cuenta de que la vida no tenía por qué ser así. De que a la fuerza tenía que ser de otra forma. Dejó que se abrieran las compuertas de sus verdades ocultas y por fin fue capaz de confesarse a sí mismo que odiaba a su padre. Que no quería ser como él. Que masacraba carpas, perdigoneaba ratas, reventaba ranas a palos y asfixiaba palomas con humo de azufre para no tener que matarlo.

—¡Te digo que es mío! —gritó, fuera de sí.

Con la furia del grito, algo se desconectó en su interior. Sintió un chasquido en el cerebro, como el de un fusible cuando salta, y ya no supo lo que hacía. Se abalanzó sobre su padre y, encaramándose a su espalda, le atenzó el cuello con los brazos.

Cogido por sorpresa, el padre soltó el dinero y trató de liberarse, pero no pudo. Se irguió a duras penas, medio ahogado por la presión. Luego, trastabillando, echó a andar hacia atrás, cruzó el farrago de ropa y revistas y aplastó a Paquito contra la pared. Cayeron juntos sobre el colchón, con un ruido único, seco, de animal abatido. Pese a la violencia del choque, el padre reaccionó enseguida. Se apartó de Paquito y, a gatas, se puso a recoger los billetes caídos. Paquito no se movió. Se había golpeado la nuca y tenía la vista borrosa. A través de la neblina vio cómo su padre se ponía en pie, se metía el dinero en los bolsillos y salía cojeando de la habitación. Oyó sus pisadas en el pasillo. El crujido metálico de la cerradura. El portazo.

—Es mío —dijo, pero nadie le oyó.

Pasó un largo rato entrando y saliendo de la inconsciencia. Llorando de rabia. De frustración. Reviviendo entre vahídos el fin de sus sueños. Cuando por fin volvió en sí, le pareció que ya era de noche. La ventana supuraba una luz oscura, sin fuerza para iluminar casi nada. Lo primero que logró distinguir fue a Tigre. Estaba sentado a su lado en el colchón, gimiendo en voz baja. Un gemido doliente, le pareció a Paquito. Le acarició el pecho. Le dio suaves palmadas en el lomo. Entonces, cuando su vista acabó de adaptarse a la tenuidad, vio la astilla de cristal que tenía clavada en la pezuña. Una esquirla diáfana, moteada de sangre. Se la sacó con cuidado. Luego se levantó y se asomó al patio. Descubrió que aún era de día. Que el tenue eco de luz que se colaba en la habitación no procedía de los fulgores nocturnos, sino del cielo encapotado. De la grisura eléctrica a que había quedado reducida la tarde. Lo que no había cambiado era el calor. Ahí seguía. Infatigable. Pegado al aire como un tegumento. Paquito dejó caer la esquirla al fondo del patio. Se sentía un poco mareado. Además le dolía la espalda y le había salido un bulto latente en la nuca. Miró sin curiosidad hacia arriba, a las cuatro paredes grises que ascendían y casi se tocaban en el cielo oscuro. Luego, abrumado por una tristeza espesa, mucho más grande que su cuerpo de niño, salió de la habitación y fue a refrescarse al cuarto de baño. Como en el resto de la casa, allí también gobernaba el desorden. De la barra de la cortina de la ducha colgaban las prendas íntimas de su hermana y de su madre. Aun estando como estaba, a Paquito le llamó la atención la diferencia de estilos. Las de la hermana eran blancas y breves. Las de la madre anchas, sensatas, de un color carnosos que invitaba al desaliento. Por todos lados había indicios de una ducha reciente. Olía a gel. A agua tibia. A perfume. La cortina estaba abierta y dejaba ver los azulejos brillantes, todavía húmedos. Paquito abrió el grifo del lavabo y se mojó varias veces la cara. A la tristeza se unió entonces una paz envolvente. La paz de las decisiones tomadas. Cerró el grifo y volvió a la habitación sin secarse. Se quitó la ropa que llevaba y, ante la jadeante mirada de Tigre, se puso unos pantalones vaqueros, una camiseta sin planchar y las botas Chiruca con que Baruc y yo solíamos verle en la Isla. Luego rescató del caos una mochila de loneta azul, la que usaba siempre en sus excursiones al río, y metió en ella la navaja suiza, una caja de cerillas y algo de ropa de repuesto. Ya se iba cuando vio un fajo de billetes en el suelo, medio oculto entre un *National Geographic* y una cazadora vieja. Se agachó y lo contó. Cinco mil pesetas en billetes de cien. Se irguió de nuevo y se guardó el dinero en el bolsillo. «Vamos», le dijo a Tigre, y salió del cuarto. Al pasar ante la habitación de su hermana, comprobó que estaba vacía. «Mejor así», pensó. La luz del *hall* estaba dada. Paquito observó las huellas claras del cuadro y la consola. Se preguntó si, como aquellos objetos desaparecidos, él también dejaría una huella al marcharse. Y de ser así, qué forma tendría. Qué haría sentir a los que la vieran. Y, sobre todo, cuánto tiempo tardaría en borrarse.

Baruc era un buen chico. Estaba confuso —¿quién no lo está a los quince años?—, pero tenía un corazón sin dobleces y sabía distinguir entre lo recto y lo torcido. Sobran ejemplos para demostrarlo. Hace unos meses fui a ver al dueño de Calzados Martínez. No sé bien qué me impulsó a hacerlo. Llevaba ya mucho tiempo escarbando en el pasado y supongo que de tanto recordar se me había metido la culpa en el cuerpo y, con ella, el prurito de enmendar errores y poner al día la conciencia. Era una desapacible mañana de octubre. Hacía frío y se había levantado un viento nervioso, que formaba remolinos de hojas en las esquinas. En la tienda reinaba una calma sombría. El dueño, un anciano encorvado, de aspecto quebradizo, me dio los buenos días desde el otro lado del mostrador y me preguntó qué deseaba. No supe qué contestar. Me sentía tan aturdido, que estuve a punto de probarme unos zapatos para salir del apuro. Al notar mi turbación, el anciano esbozó una sonrisa amable. Una sonrisa fuera del tiempo, me pareció a mí. Como su traje gris de tres piezas. Como sus gafas redondas. Como su rostro apergaminado. Como su zapatería, que pese a la amenaza de las cadenas comerciales y los grandes almacenes, seguía viva bajo la protección de una estatuilla de san Pancracio.

—Me llamo Hugo Gaitán. Hace más de treinta años mi hermano mayor y yo le rompimos la luna del escaparate con una bola de nieve —dije, sorprendido de mi propia franqueza—. Sé que es mucho tiempo y ya es tarde para disculparse. Pero aun así me gustaría pedirle perdón y, si usted lo acepta, compensarle por los daños.

Mientras me escuchaba, tuve la sensación de que al anciano se le encendía una sonrisa distinta. Más cercana, pensé. Más íntima.

—Te lo agradezco, hijo, pero no hace falta.

—Pero yo...

—De verdad, no hace falta. Ya se ocupó de todo tu hermano.

—No entiendo.

El anciano apoyó las manos en el mostrador y, sin dejar de sonreír, dijo que Baruc había venido a verlo el día después del destrozo.

—Se plantó justo ahí, donde tú estás ahora. Recuerdo que tenía los ojos muy brillantes. Como de fiebre. Me dijo que había sido él el que había roto la luna y que pensaba pagarme una nueva. Antes de irse, me hizo prometer que no se lo diría a vuestros padres.

—¿Y se la pagó?

—Religiosamente. Todos los lunes entraba y ponía quinientas pesetas sobre el mostrador. Me dio tanta pena, que al cabo de varias semanas le dije que ya estaba. Que no era necesario que pagase más. Pero no me hizo caso. Siguió pagando hasta saldar la deuda completa.

—¿Cuánto tardó?

—No sé. Por lo menos seis meses.

«Nunca acabaré de conocerlo», pensé, y salí de la zapatería admirando el recuerdo de

aquel Baruc preadolescente, capaz de sacrificar la propina de medio año para poder vivir en paz consigo mismo.

Pero esto es sólo un ejemplo de su buena fe. Hay muchos más. Está aquel jilguero que cazamos para el tío Sócrates, el que lo salvó de suicidarse. Se lo regalamos los dos, pero la idea fue suya. Le daba pena ver al tío Sócrates tan solo y pensó que le haría bien tener algo de compañía. Están también las noches que pasó en blanco, dando vueltas en la cama, lamentando haber herido a aquel pobre chico con la carabina. O la mañana que eché abajo la estantería del salón. Fue sin querer. Madre había vuelto a cambiar el orden de los muebles y la había puesto en muy mal sitio, demasiado cerca de la puerta. La golpeé con el hombro cuando iba hacia nuestro cuarto, y antes de que me diera cuenta ya estaba en el suelo. Quedó atravesada como un árbol caído, con un vértice apoyado en el reposabrazos del sofá y toda su carga de libros, fotos y figuras decorativas desparramada sobre la moqueta. Recuerdo el eco del desplome y el cielo mate, invernal, que pegaba el rostro a la ventana como un vecino indiscreto. Era un veintitrés de diciembre. Vacaciones de Navidad. Padre estaba en la tienda y Madre había salido a hacer la compra. Baruc acababa de vestirse para salir. Había quedado con sus amigos para dar una vuelta, pero al ver la hecatombe se quitó la trenca y me ayudó a arreglar el estropicio. Levantamos la estantería. Colocamos los libros y las fotos enmarcadas. Luego cogimos un tubo de pegamento de contacto y pasamos el resto de la mañana recomponiendo las figuras que se habían roto, entre ellas los dos cisnes de Lladró que Padre le había regalado a Madre en su décimo aniversario. Fue una reconstrucción tan perfecta, que pasó desapercibida durante años, hasta que la abuela Milagros la detectó por casualidad en el ochenta y cinco. Pero para entonces el mundo era otro y no hubo lugar para represalias. Contado así, puede parecer un suceso irrelevante. Pero para mí no lo es. Cuando ocurrió, Baruc tenía catorce años, una edad en la que sólo existe uno mismo. Y sin embargo no lo dudó un segundo. Renunció a salir con sus amigos y se quedó en casa para ayudarme. No quiero glorificarlo. Sólo dejar claro que, pese a los desajustes propios de su edad, Baruc era un buen chico.

Mientras regresaba a casa aquel mediodía ardiente, no hacía más que pensar en el castigo que le esperaba. Desde el incidente de la carabina, Padre había cambiado sus métodos punitivos. Ya no castigaba nuestras trastadas con encierros en casa, sino que nos obligaba a ayudarlo en la tienda los sábados por la mañana. Así nos tenía a la vista, decía, y evitaba los estragos del aburrimiento. Pero intuía que había otras razones. Que el nuevo correctivo era en realidad un último y desmañado intento de acercarnos al negocio familiar antes de que la vida nos alejara de él para siempre. Y eso, una eternidad de mañanas de sábado encadenado a la tienda, desempolvando neveras y recibiendo aparatos rotos de los clientes, era lo que a Baruc se le venía encima mientras entraba en el portal y enfilaba cabizbajo las escaleras. Por no hablar del doctor Castillo. En cuanto se enterase de lo que había hecho —la huida, la noche en el río, el robo en el supermercado—, querría prolongar la terapia y durante semanas lo atosigaría con preguntas para las que, por más que buscase en su interior, Baruc no tenía respuestas. Llamó al timbre varias veces, pero no abrió nadie. Y era raro porque a esa hora —las dos menos diez— Madre siempre estaba en la cocina. Extrañado y algo molesto porque no hubiera nadie esperándolo después de veinticuatro horas de ausencia, aunque sólo fuese para reprenderlo, llamó al timbre una vez más. En vano. Iba a sentarse en un escalón, convencido de que llegaríamos enseguida, cuando oyó unos ruidos procedentes del descansillo del cuarto piso. Primero fue el golpe de una puerta al cerrarse. Luego un rumor de llaves, el chasquido de una cerradura y, por último, los pasos de doña Gloria descendiendo las escaleras. Doña Gloria era una viuda enfática y gesticulosa. Vestía de negro, comía sola en el Mónaco, un restaurante

familiar que había en la calle del Marne, y cada vez que nos veía a Baruc y a mí nos abrumaba con halagos a voz en grito y unos besos resonantes que nos dejaban las mejillas húmedas y avergonzadas. Baruc no tenía ganas de encontrarse con ella —entonces menos que nunca—, así que cambió de idea. En lugar de sentarse a esperar, pensó que si se daba prisa aún tenía tiempo de acercarse a la caseta del embarcadero. Le daría las gracias al Ogro, recuperaría la caña y el macuto y estaría de vuelta para la comida.

Había empezado a nublarse, pero el calor era el mismo. Un bochorno espeso, que ahogaba el aire y arrancaba vapor de las aceras. Baruc corrió calle abajo, pasó sin saludar frente el quiosco de Leo, atravesó la pradera del Cid y bajó al río trazando una línea diagonal sobre el terraplén. Una vez en la orilla, tomó el camino de tierra y avanzó con cuidado, atento a la posible presencia del policía entre el verdor. El sol entraba y salía. Dependiendo del curso de las nubes, la ribera se mostraba luminosa u oscura. Benigna o amenazadora. La inconstancia de la luz contrastaba con la sólida calma del agua, que seguía fluyendo quieta, como una carretera espejada. Cerca del embarcadero, Baruc se apartó del camino, se ocultó tras unas matas y examinó el entorno. Peinó con la vista la espesura de chopos y álamos, el muelle de cemento, las barcas inútiles, echadas a perder por los vándalos y la intemperie. Al no ver a nadie, volvió al camino y entró en la caseta. En un primer momento le pareció que todo estaba como lo había dejado por la mañana, cuando salió a comprar el desayuno, pero no tardó en percibir las diferencias. La linterna de petaca se había soltado del clavo y yacía abierta en un rincón, con la lente rota y la pila fuera. La caña y el macuto no estaban. También faltaba el cuchillo con el que el Ogro había hecho los bocadillos. Y en el colchón había manchas de sangre. «Le han robado», pensó Baruc y, exhalando un lamento, imaginó la escena. El desharrapado que entra en la caseta cuando el Ogro no está. El Ogro que regresa y lo sorprende. La pelea. La linterna que sale volando y se estrella contra el suelo. El Ogro que cae herido. La sangre. El desharrapado que huye con lo que puede. El Ogro que se recupera y lo persigue. Y, por fin, la quietud. El silencio de la naturaleza imperturbable. Baruc salió al muelle y echó a andar hacia el camino. A los pocos pasos le pareció ver algo entre los chopos. Una figura marrón zigzagueando en la espesura. Pensó que era el Ogro y se detuvo. Esperó unos instantes, hasta que confirmó que no era el Ogro, sino el policía. El mismo que había visto por la mañana al volver del supermercado. Venía silbando y esquivando arbustos. Subiéndose la cremallera del pantalón. A pocos metros del muelle izó la vista y descubrió a Baruc.

— ¡Eh! ¡Chaval! —dijo, y quiso lanzarse hacia él, pero tropezó con algo y cayó por tierra.

A Baruc le entró pánico y huyó. Corrió con todas sus fuerzas, ofuscado por el miedo y por los inquietos parpadeos del sol. A la altura de la pradera del Cid el instinto le hizo rechazar el terraplén y siguió avanzando por la sirga. Dejó atrás la higuera, pasó los trampones de la fábrica de harinas y cruzó sin necesidad de descalzarse el pasillo de hormigón. Esta vez no pensó en su muerte ni nos imaginó llorándole durante el funeral. No pensó nada. Sólo sintió vértigo. El insondable pavor del acecho. Llegó a la Isla exhausto. Mientras cogía aire, decidió que no iría a la pesquera. Como refugio era poco fiable. Demasiado abierto. Demasiado visible desde la orilla. Se adentró en la Isla y, tras una breve exploración, halló un escondite seguro junto a un pequeño manantial subterráneo que afloraba entre los macizos de amapolas. Al contrario que el manantial de las Rocas, que destilaba un hilo de agua pura, éste no era más que un charco bullente y enfangado. No valía para beber, pero según Paquito era perfecto para coger sanguijuelas. Una vez nos enseñó a Baruc y a mí cómo lo hacía. Echaba un retal de

arpillera sobre el humedal y esperaba a que las sanguijuelas se adhiriesen a él. Luego tiraba del retal y, despegándolas con un palo, las dejaba caer en una caja de hojalata con un fondo de guijarros, gravilla y agua. Algunas se las quedaba él para pescar barbos. Decía que eran mejor cebo que las ovas, y además no había que meterse en el río para conseguirlas. Las otras se las vendía a cien pesetas la docena a un curandero de su barrio —Labán, creo que se llamaba—, quien las usaba para curar eccemas y aliviar la hinchazón de las varices. Pero Baruc no eligió aquel sitio por el manantial, sino por la frondosidad de los castaños. Allí, pensó, estaría seguro. Se tumbó boca arriba en la hierba, cruzó los tobillos, anudó las manos tras la nuca y, lentamente, arrullado por el burbujeo del lodo, fue recobrando el sosiego. Cerró los ojos y durante un rato se entretuvo observando las manchas de formas y colores cambiantes que, al atravesar la celosía de ramas entrelazadas, el sol le proyectaba en los párpados. Hasta que, tras una secuencia de sombras y fulgores, el sol se apagó. Baruc abrió los ojos y ya no vio azul. Sólo verde —el de las hojas—, y el gris de un cielo de plomo. Respiró hondo. Entre el verdor y los dulzones efluvios del río le pareció oler el agua que engordaba y teñía de negro las nubes. La lluvia antes de ser lluvia. Le pareció también que llevaba años fuera de casa. Tantos, que ya no recordaba por qué se había ido.

La primera llamada fue de un jardinero municipal que decía haber visto a Baruc junto al estanque del parque de los Héroes. Poncio, dijo que se llamaba. «¿Seguro que era él?», dijo Madre. Poncio respondió que sí y preguntó si daban una recompensa. Luego llamó un tal Julio Maza, un repartidor de butano que acababa de ver al chico del cartel en el polígono industrial de San Telmo. «¿Se fijó en qué ropa llevaba?», dijo Madre. Julio Maza explicó que iba con prisa y no se había fijado en eso. A continuación llamó una señora. Delfina, creo que era. «Está pidiendo limosna en la calle Betania —dijo—. Si van ahora, todavía lo encuentran.» Agobiada por tanto timbrado y tanta información imposible, Madre le pidió al tío Sócrates que siguiera contestando él y fue a calmarse a la cocina. Intuyendo que aún había llamadas para rato, el tío Sócrates trajo una silla del cuarto de estar y se acomodó en medio del pasillo. Luego cogió del mueble del teléfono el bolígrafo y la libreta de espiral que teníamos para apuntar recados y empezó a tomar nota de lo que le decían todos aquellos desconocidos. Resultó que en las últimas horas habían visto a Baruc jugando al fútbol en las canchas del antiguo Seminario, besándose con una chica en un banco de la plaza de América, poniendo monedas sobre las vías en el paso a nivel del barrio de La Pilarica, bañándose en la piscina municipal de La Victoria y limpiando parabrisas en un semáforo de la carretera de circunvalación. Nadie mencionó a Tigre. Nadie aportó datos fiables que nos permitieran reconocer a Baruc. Hace unos años, gracias a las notas del tío Sócrates y a la buena memoria de Madre, logré ponerme en contacto con algunas de aquellas personas. Quería saber por qué lo habían hecho. Qué les había movido a coger el teléfono y llamar a una familia sumida en la angustia para darle una información que, siendo benévola, sólo puede describirse como poco fidedigna. La respuesta fue tan unánime como turbadora. Quitando a Poncio —quien reconoció sin ambages que llamó por interés o, como él mismo dijo, «por si caía algo»—, todos los demás mantenían que habían visto a Baruc y se negaron a admitir que pudieran haberse equivocado.

A eso de las cuatro llamó un hombre con la voz camuflada. Dijo que no nos molestásemos en seguir buscando. Que Baruc —«o lo que queda de él», añadió en un tono siniestro— estaba enterrado en uno de los parterres del paseo de los Disciplinantes. El tío Sócrates palideció.

—Es una broma, ¿verdad? —acertó a decir.

Al otro lado de la línea se oyó un silencio. Luego un estallido de risas. El tío Sócrates colgó el auricular con fuerza. El golpe resonó como una campana rota en la tórrida quietud de la mediatarde.

—Esto es de locos. ¿Y si descolgamos el teléfono? —dijo señalando la libreta, al ver a Madre asomada al pasillo.

—No podemos —dijo Madre con expresión abatida—. ¿Qué pasa si llama Melchor.? ¿O la policía?

El teléfono sonó otra vez. El tío Sócrates miró a Madre. Después a mí. Al tercer timbrado alargó la mano y, aún poseído por el sobresalto, levantó el auricular y siguió atendiendo llamadas.

A las cuatro y veinte apareció doña Gloria. Había visto el cartel al salir del restaurante Mónaco, en la valla de una obra, y quería que supiéramos que ella estaba ahí para lo que necesitásemos. Mientras hablaba no hacía más que estirar el cuello y mover de un lado a otro la cabeza, tratando de vislumbrar lo que ocurría en el pasillo. «Gracias», dijo

Madre. «De verdad, Isabel, lo que os haga falta», insistió doña Gloria y, tras un último e infructuoso vistazo, enfiló las escaleras hacia su casa. A doña Gloria la siguieron otros vecinos del edificio. Recuerdo en especial a Lupe Balmori, la enfermera del quinto izquierda. Trajo un pastel de manzana, como si sufrir diera hambre, y antes de irse abrazó a Madre, a quien apenas conocía, y la besó como si fuesen hermanas. Más tarde, a medida que la noticia crecía, empezó a llegar gente de todo el barrio. Llamaban a la puerta con gesto grave y se ofrecían para lo que fuese. No quiero parecer ingrato. Sé que su ofrecimiento era sincero. Que, en cierta forma, compartían nuestra congoja. Pero aun así creo que bajo sus buenas intenciones se ocultaba un motivo mucho menos honorable: el deseo irreprimible, ruin y profundamente humano de ver cómo la desgracia se despachaba con otros.

A las cinco las visitas desbordaron el descansillo y empezaron a derramarse dentro del *hall*. Madre no sabía qué hacer para librarse de tanto vecino bienintencionado. Escuchaba sus buenas palabras y asentía mecánicamente con la cabeza mientras en su interior rugían la confusión y la angustia. Yo estaba en el pasillo, aturdido por los incesantes timbrazos del teléfono, por la penumbra que había invadido la casa, por el murmullo fúnebre de las visitas. El tío Sócrates había llenado de notas la libreta de los recados y ya no apuntaba nada. Contestaba por inercia, con la débil esperanza de que con la avalancha de datos imposibles llegara alguno fiable. De pronto saltó de la silla con el auricular en la oreja, levantó la mano y exigió silencio. Ante la tensa mirada de todos, se puso a caminar de un lado a otro hasta donde le dejaba el cable. Dijo «sí» varias veces. Luego dio las gracias y colgó. El teléfono sonó de nuevo, pero esta vez no atendió la llamada. Lo que hizo fue descolgar y apretar el interruptor con la mano. «Se acabó», dijo, y dejó el auricular estéril junto al cuerpo descabezado del aparato. A continuación cruzó el pasillo con media docena de pasos marciales y, abarcando a las visitas con los brazos extendidos, las empujó suavemente hacia el rellano. «Gracias por venir, pero ahora tienen que irse», dijo. Viéndolo echar a aquella gente de casa, volví a cobrar conciencia de lo grande que era el tío Sócrates. Además de ser muy alto, tenía unos hombros anchos, poderosos, más propios de un púgil en activo que de un jugador de ajedrez retirado. Pero lo que más me llamó la atención al mirarlo fue la timidez con que se conducía. Como si jamás se hubiese mirado a un espejo. Como si, a pesar de sus treinta y cinco años, aún no supiese lo fuerte que era. Cuando por fin se fue todo el mundo, cerró la puerta y, en la medialuz sin ventanas del hall, nos dijo que habían llamado del hospital Clínico. A Padre le había dado una insolación en la calle. Lo habían recogido inconsciente delante del hotel Avalón y le estaban suministrando suero para recuperar los fluidos perdidos.

—¿Está bien? —dijo Madre.

—Sí, pero van a tenerlo en observación esta noche.

—¿Y desde cuándo lleva ingresado? ¿Te lo han dicho?

—Desde el mediodía. No han podido llamar hasta ahora.

—Desde el mediodía... —dijo Madre.

Hubo un silencio breve y definitivo. Uno de esos silencios en los que todo sucede. En los que, para bien o para mal, todo se pone en su sitio. Estábamos medio a oscuras. Adivinándonos unos a otros. Intuyéndonos. Como sombras en una caverna. Entonces el tío Sócrates encendió la luz y pude ver el rostro de Madre. Lo tenía estragado. Blanco como la tiza.

—Está bien —dije, para tranquilizarla.

Pero no pareció oírme. Sin decir palabra, accionó el tirador de la cerradura y abrió la puerta para irse. En el descansillo estaba Leo, con una mano levantada hacia el timbre.

—No es un buen momento, Leo. ¿Qué quieres? —dijo Madre.

No le gustaba el quiosquero. Le desagradaba su gesto abatido, de anciano prematuro, y además sabía que le vendía tabaco a Baruc. Razones más que suficientes para no dejarle irrumpir en nuestra desdicha. Al percibir la animadversión de Madre, Leo bajó la mano y dudó, como un pobre en el umbral de una casa de ricos.

—Acabo de enterarme y... —empezó a decir.

—Gracias, Leo, pero tengo prisa.

—He visto a Baruc.

—Cuándo.

—A las dos. Iba hacia la pradera del Cid.

—¿Qué ropa llevaba?

—La que lleva siempre cuando lo veo ir al río. Un niqui verde, vaqueros y esas playeras tan viejas. Lo que me extrañó fue la hora y que no llevase la caña.

—¿Y no iba con un perro?

—Ayer sí. Pero hoy no vi ninguno. Madre se dio la vuelta y nos consultó con los ojos. —Yo creo que está en la Isla —dije yo. —Ya fuisteis esta mañana, y no estaba —dijo Madre.

—Pero seguro que había estado. Es a donde iría yo si me escapase.

—Está bien saberlo —dijo Madre y, emergiendo por un instante de su angustia, me acarició la mejilla—. Id vosotros. Yo hasta que no vea a tu padre no me quedo tranquila.

La memoria es una luz inconstante. Parece una sentencia de la abuela Milagros —soy lo que soy, no puedo huir de mis genes—, pero eso no quita para que sea cierto. A veces me para gente en la calle y me dice que nos conocemos. Al notar mi confusión me dan nombres, fechas, circunstancias. Entonces yo finjo alegría y, para no ofenderles —olvidar a alguien es matarlo un poco y, al mismo tiempo, matarse un poco uno mismo—, hago como que caigo en la cuenta. En mi última mudanza, mientras soltaba lastre para poder seguir mi camino, encontré en un baúl los catálogos del colegio. Los llevé al salón desmantelado y, entre cajas apiladas y muebles envueltos en telas, pasé un rato estudiando los rostros sonrientes de mis antiguos compañeros de clase. Para mi sorpresa, no me acordaba de todos. Me dio tanta vergüenza haber olvidado a personas con quienes había compartido tantos años de mi vida, que en vez de deshacerme de los catálogos, como era mi intención, los embale con los libros y los traje a la nueva casa. De vez en cuando los abro y, escudriñando con fuerza las fotografías, trato de rescatar a los muchachos perdidos. Ya he recuperado a dos: a Emilio Bernal —nunca se peinaba y le salió bigote antes que a nadie— y a Pedro Montes —un chico nervioso, asustadizo, que una vez se hizo pis en clase de Química—. No me rindo. Poco a poco, espero, iré rescatando a los que faltan. No

recuerdo bien el entierro del abuelo Tomás, y eso que lo adoraba. Recuerdo el viaje a Santander, pero para describir lo que comimos en aquel mesón de Puertochico he tenido que preguntarle a Madre. Si no hubiera fotos para comprobado, no sabría decir a qué amigos invité a mi Primera Comunión. Puedo seguir: la lista de mis olvidos es larga. Y sin embargo lo que ocurrió aquella tarde de agosto, después de que Leo viniera a vernos, está grabado en mi memoria con una nitidez palpitante. Física, podría decirse. Tan palpable como el bolígrafo que tengo en la mano o el insecto desnortado que en este preciso instante, mientras escribo esta línea, atraviesa mi escritorio.

Bajamos los cuatro por las escaleras. Sin hablarnos. Primero Madre, con la cabeza algo agachada y una mano metida en el bolsillo del vestido. Inmediatamente detrás íbamos el tío Sócrates y yo. Y algo rezagado, resoplando como un viejo fuelle, el quiosquero. Entre el primer piso y la calle había un peldaño roto. Al pasar sobre él, la piedra suelta se quejó cuatro veces. Cuatro aldabonazos tristes, pensé. En la acera, delante del portal, nos encontramos con el grupo de vecinos que acababa de echar de casa el tío Sócrates. Eran por lo menos diez y hablaban de Baruc. De adonde podía haber ido. Madre los rodeó y salió corriendo hacia el hospital. El tío Sócrates y yo echamos a andar en dirección opuesta. Hacia el río. Leo y los vecinos nos siguieron. A lo largo de la calle Lepanto se fue uniendo más gente. A pesar del bochorno. A pesar del cielo sucio, que se frotaba la tripa con las aristas de los tejados. Salían de sus casas y bajaban a la calle en silencio, sin que nadie los llamara, decididos a ayudar en la búsqueda. Al llegar a la pradera del Cid, debíamos de ser ya unos cincuenta. Junto al bordillo había dos coches de la policía con las luces del techo encendidas, girando como fuegos artificiales en la tarde cenicienta. Nos detuvimos. Del primer coche se bajó la pareja que había detenido a Padre por la mañana. El más joven apoyó el codo en la puerta abierta y se izó de un tirón los pantalones caídos. El otro, el del pelo blanco, se acercó a nosotros despacio.

—Buscan al chaval, ¿no? —dijo, sin dirigirse a nadie en concreto.

—Dice mi sobrino que tiene que estar en la Isla —dijo el tío Sócrates señalándome primero a mí, luego a la oblonga mancha de vegetación que flotaba inmóvil en el río.

—¿Y usted es...?

—Sócrates Ruiz, el tío de Baruc... Del chaval.

—Yo a usted lo conozco —dijo el policía, y se agarró la barbilla con los dedos—. ¿No es usted aquel ajedrecista tan bueno? Sí, hombre, el que ganó a Bobby Fischer.

—Eso fue hace mucho tiempo.

El policía se volvió hacia su pareja para compartir con él la coincidencia. Abrió la boca para empezar a hablar, pero de pronto cambió de opinión y, volviéndose de nuevo hacia el tío Sócrates, le explicó que un compañero suyo había visto a Baruc poco después de las dos junto a la caseta del viejo embarcadero. Al llamarlo, Baruc se había asustado y había salido huyendo. El agente lo había perseguido por la orilla hasta la altura de los desagües. Luego le había perdido la pista.

—Puede que su sobrino tenga razón. En cualquier caso, no debe de andar muy lejos.

Mientras tanto el grupo había aumentado. Las luces giratorias habían atraído a más gente y ya eran más de cien las personas que se concentraban en la pradera. Rápidamente, con una eficacia sin aspavientos, el policía las dividió en partidas de diez y, usando los puentes como referencias, asignó a cada partida un tramo de las orillas.

—Mi compañero y yo iremos con ustedes a la Isla —nos dijo al tío Sócrates y a mí.

Entonces empezó la lluvia. Del cielo fosco se desprendieron unas gotas tímidas, tan débiles que apenas lograban oscurecer el alquitrán reseco de las aceras. El aire se llenó de verde. De tierra. De naturaleza resucitada. Luego las nubes se agarraron unas a otras y, aunando fuerzas, arrojaron sobre nosotros una tromba enfurecida. Con la lluvia vinieron también los relámpagos. Manojos de luz violenta que me atemorizaron y me hicieron recordar una tormenta de la infancia. El chaparrón nos había cogido merendando en el pinar de La Llana. Mientras corríamos a guarecernos en el coche, Madre se dio cuenta de que los fogonazos me asustaban. En vez de ponerse delante, como era su costumbre, se sentó atrás conmigo, me apretó contra su cuerpo y me dijo: «No tengas miedo. Sólo es Dios haciéndonos fotos». Pero esta vez Madre no estaba. Esta vez el miedo y yo estábamos solos. Después de los relámpagos estalló el rugido de la tronera. Algunos de los presentes salieron de la pradera y se pusieron a cubierto bajo el voladizo de una casa. Desde allí, gritando para que pudiéramos oírles a través del aguacero, nos decían que con tanta lluvia iba a subir el río y era peligroso ponerse a buscar entonces. Los demás no hicimos caso. Encorvados por el peso de aquella agua espesa, que mojaba pero no mitigaba el calor, cumplimos sin vacilar las órdenes del policía. Unos se fueron hacia el terraplén. Otros hacia los puentes. El tío Sócrates me puso la mano en la espalda y, aplicando una leve presión, me instó a que me pusiera en marcha. De pronto se esfumó el miedo. Dejé de oír la tronera. Dejé de sentir sobre los hombros las pedradas de la lluvia. Sólo pensaba en Baruc. En lo mal que lo tenía que estar pasando. Me quité el flequillo chorreante de la cara y eché a andar con determinación. Tras mis pasos, chapaleando en los charcos recién hechos, venían el tío Sócrates —colosal bajo la manta de agua— y los dos policías. Al bajar el terraplén, el más joven se cayó y tuvimos que ayudarle a levantarse. Acabó embarrado, maldiciendo la lluvia, con la camisa por fuera y un desgarró en la sisa de la chaqueta. Tomamos la sirga, dejamos atrás la higuera y alcanzamos la curva donde se iniciaba el descenso final hacia el río. Allí nos encontramos con otros dos policías. De uno de ellos recuerdo muy poco: su figura uniformada y el goteo incesante de su barbilla. Al otro sí que lo recuerdo bien. Era pelirrojo y tenía cara de pocos amigos. Nos quedamos todos mirando la Isla. Su cuerpo alargado y verde, de salamandra gigante, moteado de amapolas. Entre ella y nosotros se extendían la pendiente anegada y los trampones oxidados de la fábrica de harinas. Y, más allá, el pasillo de hormigón invisible, oculto bajo la torrencial corriente del río. Un relámpago rasgó el cielo. Varios segundos después escuchamos el redoble. No me asusté. Pero no entendí qué interés podía tener Dios en hacer una foto de nuestro desánimo.

Habían acomodado a Padre en una habitación compartida. La otra cama, la más cercana a la puerta, la ocupaba un hombre tripudo, enrojecido por el sol, con el pijama abierto y la pierna derecha escayolada hasta el muslo. Junto a él, sentadas en un sillón de dos plazas, estaban su mujer y su hija. La hija tenía unos diez años. Llevaba el pelo recogido en dos coletas y unas gafas muy gruesas con la montura de plástico rosa. Miraba a su alrededor sin curiosidad. Aunque a veces sus ojos se detenían en algo —el crucifijo de la pared, el televisor a monedas apagado, la escayola de su padre— era obvio que se aburría. La mujer llevaba las gafas de sol en la frente, a modo de diadema, y no estaba quieta ni un segundo. Le arreglaba el pelo a la niña. Abría ruidosamente el envoltorio de un caramelo. Cogía de la mesilla una revista del corazón, la hojeaba sin interés y volvía a dejarla en su sitio. Sacaba y metía cosas en el bolso. Y todo sin parar de reprender a su marido. Que vaya un momento había elegido para tener un accidente. Que a quién se le ocurre subirse a la moto en bañador y chancletas. Que hace falta ser inconsciente para coger ese atajo, sabiendo la gravilla que hay en las curvas. Que qué prisa tenía. Si, total, sólo iba a comprar los helados del postre. El hombre parecía no oírla. De vez en cuando exhalaba un suspiro lastimoso y se quejaba del calor. Padre estaba tumbado boca arriba, conectado a una bolsa de suero. Tenía el respaldo de la cama un poco subido y la cabeza vuelta hacia la ventana, hacia el oscurecido paisaje de nubes sucias y edificios grises. Sentía un dolor punzante detrás de los ojos, y hacer cualquier movimiento —cambiar de postura, izar el brazo para arreglar la sábana— requería de él un esfuerzo angustioso. Pero lo peor no eran los males del cuerpo, sino el regusto de pesadilla que le había quedado en el ánimo después de recobrar la conciencia. Una viscosa sensación de catástrofe. De fracaso. De árbol enfermo y sin raíces. Notó que había entrado alguien en la habitación porque la mujer se calló de repente. Supuso que era la enfermera. Volvió la cabeza muy despacio, con intención de pedirle algo para la jaqueca. De pie junto a la cama estaba Madre. Tenía la cara muy blanca y los ojos acuosos, al borde del llanto.

—¿Qué tal estás? —dijo, y puso su mano sobre la de Padre.

—¿Y Baruc?

—Leo lo vio ir hacia el río hace un rato. Lo están buscando.

Madre saludó al hombre tripudo ya su familia con un somero «buenas tardes» y una leve inclinación de la barbilla.

—Melchor, yo... —empezó a decir en voz baja.

Padre retiró la mano, volvió otra vez la cabeza y siguió mirando por la ventana. Se había puesto a llover. Al chocar contra el cristal, las gotas producían un repiqueteo suave. Un murmullo de dedos de agua. Bajo la lluvia, la ciudad era un dibujo tosco, de contornos difuminados. El tráfico estaba nervioso. De la calle llegaba el fragor amortiguado de los frenazos y las bocinas. La mujer dijo que era una pena que se pusiera a llover ahora, con lo bueno que había hecho todo el día. Durante varios segundos esperó una respuesta de Madre. Algo a lo que poder agarrarse para iniciar un diálogo entre desconocidos. Al ver que esperaba en vano, fijó la vista en la escayola de su marido y, negando enfáticamente con la cabeza, reanudó la reprimenda. Que mira que se lo tenía dicho. Que no cojas ese atajo. Que la gravilla es traicionera. Que cualquier día vamos a tener un disgusto. Pero él como si nada. Apurando las curvas en bañador y chancletas. Jugándose la vida para comprar unos cortes de mantecado.

—¿Nos vamos ya? —dijo de pronto la niña.

La mujer la miró desconcertada. Luego, con movimientos bruscos, de madre y esposa airada, sacó el monedero del bolso y le dio a su hija una moneda de veinticinco pesetas.

—Toma, anda. Vete por unos ganchitos.

La niña cogió el dinero con avidez, se levantó del sillón de un salto y salió corriendo de la habitación.

—Niños —dijo la mujer y, una vez más, su comentario naufragó en el silencio.

Para Madre fueron unos minutos muy largos. En los dieciséis años que ella y Padre llevaban casados no habían faltado riñas y desencuentros, pero jamás habían dejado de hablarse. Estaba aterrorizada. Habría preferido que Padre le gritara. Que la castigase con recriminaciones. Incluso que la insultara. Cualquier cosa antes que aquella quietud lacerante. Cuando ya no pudo soportarla más, se inclinó sobre la cama y, con la voz temblorosa, dijo:

—Melchor.

Padre no reaccionó. Seguía con la cabeza ladeada, viendo cómo al otro lado del cristal la lluvia se convertía en tormenta.

—Melchor —insistió Madre.

El hombre tripudo, ajeno a lo que sucedía a su lado, se quejó del calor. La mujer dejó de reprenderlo y se puso alerta. Apoyó las manos en las rodillas. Separó la espalda del respaldo. Y, estirando un poco el cuello, trató de escuchar la conversación.

—No fui a la cita —susurró Madre.

Como respuesta se oyeron los zuecos de una enfermera recorriendo el pasillo y el crujido de un manojo de truenos. Luego, otra vez el silencio.

—No sé en qué estaba pensando. Lo siento. Pero te juro que entre ese hombre y yo no ha pasado nada.

Padre se volvió lentamente hacia ella.

—Ha pasado en mi mente. ¿Te parece poco?

—Necesito que me perdones.

—¿Tanto te aburro, Isabel? ¿Tan cansada estás de mí? —dijo Padre y, agotado por el breve intercambio, cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, Madre ya no estaba. El hombre tripudo se había quedado dormido. Roncaba con fuerza. Por la comisura de los labios le caía un hilo de baba. En el sillón la mujer se pintaba los labios con la ayuda de un espejo plegable. La hija comía ganchitos mientras veía *Con ocho basta* en el televisor a monedas. En la pantalla, varios hermanos Bradford salían corriendo del agua en una playa resplandeciente. Al verlos, Padre se acordó de nosotros. De Santander. De la familia que habíamos sido. Entonces imaginó a Baruc perdido en la lluvia. Quiso levantarse de la cama e ir a buscarlo, pero lo detuvieron el agotamiento y los agujonazos de la jaqueca. Una enfermera entró en la habitación y le preguntó cómo estaba. A pesar del

bochorno, llevaba puesta una rebeca azul marino encima del uniforme blanco. Padre quiso contestarle que muerto, que lo que ella estaba viendo era un fantasma, pero se contuvo. Haciendo un gran esfuerzo, dijo que estaba mejor y, con la voz rota, pidió una aspirina.

«No sé cómo no me di cuenta —dice el tío Sócrates—. Teníamos que haber ido a la Isla nosotros solos.» Lo dice cada vez que hablamos de lo ocurrido y yo no puedo estar más de acuerdo. Otra vez las bifurcaciones. Cómo habrían sido las cosas si, al emerger del macizo de árboles, Baruc no hubiera visto a los policías. La respuesta es sencilla. Le habríamos ayudado a cruzar la corriente y, ensopado pero ileso, lo habríamos llevado de vuelta a casa. Pero el caso es que los vio. Nada más salir al claro miró hacia la orilla y se quedó de piedra, como esas estatuas humanas que se instalan los domingos en las calles del centro. La lluvia le rebotaba en los hombros y le caía como un torrente por el pecho y los costados. Así, con el pelo empapado y la ropa pegada al cuerpo, parecía aún más delgado de lo que era. Más indefenso. Dijo algo, pero su voz se perdió en el doble fragor del río y la tormenta. Luego echó a correr, con la clara intención de salvar la corriente y seguir huyendo por la orilla antes de que los policías tuvieran tiempo de llegar a los trampones. Entró en el agua y, hundido hasta las rodillas, con los brazos abiertos como un equilibrista, avanzó de memoria por el pasillo invisible. El policía joven y el pelirrojo se lanzaron pendiente abajo. Esta vez fue el pelirrojo el que se cayó. Patinó en el fango, cayó de espaldas con los pies apuntando hacia el cielo y resbaló dando tumbos hasta el pie del terraplén. Para entonces Baruc ya había superado el centro de la torrentera. De pronto pisó fuera de la banda de hormigón y perdió el equilibrio. Trató de recobrarlo chapoteando en la espuma, pero no pudo. Entonces, mientras los policías se subían a los trampones y nosotros gritábamos horrorizados desde la curva del sendero, se lo llevó la corriente. Al principio pudimos ver su cabeza y sus brazos agitándose en una nube de lluvia y agua encrespada. Luego se hundió del todo y le perdimos el rastro. Los dos policías retrocedieron y, con los ojos entornados por el estruendo del río y los latigazos de la tormenta, empezaron a recorrer la orilla. Cada poco alzaban la vista para buscar indicios de Baruc en la superficie y señalaban con el dedo cuando creían vislumbrar algo. Yo fui tras ellos. El tío Sócrates trató de detenerme. «Es muy peligroso», dijo, agarrándome de la muñeca. Pero me zafé de él dando un tirón y me lancé en un temerario descenso a través del lodo, las zarzas y los parches de amapolas. Los alcancé cincuenta metros río abajo, en una pequeña playa llena de ramas sueltas a la que Baruc y yo solíamos ir a pescar cuando no picaba nada en la Isla. Estaba tan angustiado, que no noté que sangraba hasta que me lo dijo el policía pelirrojo. Al bajar, las zarzas me habían rasgado los brazos y la cara. Y suerte que ese día iba con pantalones largos, porque si no me habrían hecho jirones las piernas. De aquellos arañazos sangrantes hoy me queda una pequeña marca bajo el lóbulo izquierdo. Una señal indeleble de aquel día de espanto. «Vete a que te miren eso», me dijo el policía pelirrojo. Pero no le hice caso. En la playa estaba también el grupo encargado de peinar aquel trecho de la orilla. Habían venido por el otro lado, desde el puente de Neptuno, y aprovechando el claro de la playa se habían detenido a escrutar la corriente. Miraban con firmeza, pero era difícil ver nada. El río bajaba muy rápido. Además, al rebotar contra la piel erizada de la torrentera, la lluvia provocaba una infinidad de diminutas perturbaciones que hacía casi imposible saber con certeza qué era lo poco que se vislumbraba. Las bolsas de plástico parecían riojas a la deriva, y las hojas a la deriva, peces muertos.

—¡Allí! ¡Allí! —gritó de pronto el tío Sócrates.

Estaba encima de nuestras cabezas, asomado al filo de la pendiente, y señalaba un punto oscuro que aparecía y desaparecía entre los charcos de espuma. Sin dejar de señalar, empezó a descender por una escalera de troncos que bajaba hasta la arena. Detrás de él venían Leo y los otros dos policías, el mayor resollando, con el pelo

agrisado por la lluvia. Del río, a unos diez metros de donde nos tallábamos, surgió entonces el rostro de Baruc. Hay cosas que uno nunca olvida. Se te graban a fuego en el cerebro y, para bien o para mal, pasan a formar parte de la persona que eres. Como tu voz. Como tu forma de andar. Como tus pesadillas. Eso me ha pasado a mí con aquel rostro convulso, apenas reconocible, distorsionado por el pánico y la falta de aire. Baruc gritó algo, pero no entendimos qué. Taparon sus palabras el rugido del torrente y un nuevo redoble de truenos. Luego echó a nadar hacia nosotros con unas brazadas agónicas. El policía pelirrojo cogió del suelo una larga rama de chopo y la metió en el río para que se agarrase a ella. A duras penas, luchando contra el empuje del agua, Baruc ganó un metro más. Luego otro. Estaba a punto de alcanzar la rama cuando el río lo paró en seco y, en medio de un remolino de espumarajos y residuos fluviales, lo arrastró de nuevo al centro de la corriente. Al verlo alejarse, echamos a correr por la orilla. La crecida se había comido el sendero, así que tuvimos que abrirnos paso entre la vegetación y los desechos que por la noche la gente arrojaba desde la cima del terraplén. En el puente de Neptuno se unió a nosotros la partida del siguiente tramo. El puente se alzaba sobre cuatro pares de gruesas pilastras de hormigón. Dos de ellos descansaban sobre las orillas. Los otros dos se hundían en el lecho del río. Para salvarse, Baruc sólo tenía que corregir un poco su trayectoria y dejarse llevar hacia una de las pilastras centrales. Pero no lo hizo. Desde la base del puente vimos con desesperación cómo su cuerpo flácido, extenuado por el esfuerzo de mantenerse a flote en el caudal fuera de madre, pasaba de largo y se alejaba flotando a merced de la corriente. El policía pelirrojo sacó un radio. Sin dejar de mirar a Baruc —cada vez más lejano, cada vez más pequeño—, pidió ayuda y una ambulancia. Junto a él, sus tres compañeros rezumaban lluvia con los pies clavados en el fango. El tío Sócrates se había derrumbado. Estaba sentado en medio del barrizal, con los antebrazos apoyados en las rodillas y la cabeza hundida en el pecho. Los demás permanecían atónitos, sin saber qué hacer, resignados a la derrota. Arriba, alineados tras la barandilla del puente, varios viandantes cubiertos con paraguas y capuchas observaban cómo Baruc se disolvía en la tormenta. Entonces eché a correr de nuevo. Crucé el trecho seco de debajo del puente y me lancé en una carrera insensible a lo largo de la orilla anegada. No veía los charcos empantanados ni las olas marrones del río. No sentía la lluvia ni las ramas que se atravesaban en el camino para arañarme donde ya me habían arañado las zarzas. No oía el estruendo que hacía el agua al arrastrarse. Ni los latigazos de los truenos. Ni los gritos que desde la distancia me decían que volviera. Corrí con el rostro de Baruc grabado en la mente. No el de verdad, el que yo tan bien conocía, sino el otro, la máscara grotesca que acababa de ver surgir entre los remolinos y que aún no he conseguido erradicar de mis sueños. Y de pronto empecé a llorar unas lágrimas gruesas. Convulsas. Tan torrenciales que por un momento pensé que, al salirse de su curso, el río se me había metido dentro. Corrí y lloré con la fuerza implacable que dan el pánico y el arrepentimiento. Porque en el fondo sabía que todo era culpa mía. Que si sólo veinticuatro horas antes hubiera avisado a alguien de que lo había visto, ahora Baruc estaría merendando en casa, no muriendo en la crecida. Corrí sin hacerme ilusiones, convencido de que el río no iba a soltarlo tan fácilmente. Primero jugaría con él un rato. Lo zarandearía como a un muñeco. Lo sumergiría una y otra vez con una crueldad impasible. Lo arrastraría durante un largo trecho como a un enemigo humillado. Y cuando por fin se cansara de él, lo engulliría y dejaría que se ahogase.

Por suerte, me equivoqué. Nada más pasar el siguiente puente, el de las Ánimas, encontré a Baruc encallado en un parche de juncos. Estaba flotando boca abajo, con los brazos abiertos y la cabeza cubierta de hojas. Me acerqué al borde del agua y, agarrándolo por el niqui, tiré de él hacia la orilla. En cuanto tocó tierra, su cuerpo se hizo plúmbeo. Casi inamovible. Como si estuviese imantado a los cimientos del mundo. Le di la vuelta como pude, lo cogí por las axilas y lo aparté del cieno. Tenía la cara

blanca y los labios sin vida. «¡Baruc! ¡ Baruc! », grité mientras le agitaba la cabeza para que volviera en sí. Presa del pánico, me levanté y miré a mi alrededor en busca de ayuda. Por la orilla se acercaban los policías, seguidos a varios metros de distancia por el tío Sócrates, Leo y el grupo de voluntarios. Venían todos desperdigados. Tropezando. Esquivando ramas. Vadeando las lengüetadas del río. Sobre el puente de las Ánimas se agolpaban los curiosos. Desde la cima del terraplén, un sanitario con un impermeable rojo y un botiquín en la mano me gritó que no me moviera. Que no hiciese nada. Bajó la pendiente de lado, resbalando como un esquiador experto sobre la masa de cieno y maleza. Una vez en la orilla me pidió que le sujetara el botiquín y, arrodillándose junto a Baruc, apoyó el oído en su pecho. Al no percibir signos de vida, le buscó el pulso en la muñeca. «No respira», dijo. Entonces le alzó la barbilla, le tapó la nariz y empezó a hacerle la respiración artificial. Con el primer soplo notó que había algo raro. Le metió los dedos en la boca y sacó un manojito de ovas igual que los que Baruc y yo usábamos para pescar barbos en la pesquera. Lo echó a un lado y, ya sin obstáculos, le insufló repetidamente su aliento. Pero no sirvió de nada. Baruc seguía blanco. Exangüe. Muerto. Para entonces los demás ya habían llegado. Se habían situado a nuestro alrededor con la cabeza agachada y las manos unidas bajo el estómago, como familiares dolientes en un entierro lluvioso. Por el terraplén bajaban otros dos hombres con impermeables rojos portando una camilla. Recuerdo que uno, el que bajaba primero, llevaba gafas y cada poco tenía que hacer un alto para quitarse la lluvia de los cristales. El sanitario cambió de táctica. Apoyó las manos en el esternón de Baruc y le aplastó el pecho con una serie de compresiones rápidas. Nada. Tomó aire y lo intentó de nuevo. Y esta vez funcionó. Baruc volvió en sí de repente, como si la muerte no lo quisiera y lo hubiese devuelto a empujones. Abrió los ojos y, tosiendo, respirando con ansia, regurgitó todo el río que se había tragado. Entonces, apenas audible entre las ruidosas expresiones de alivio, el sanitario dijo algo que jamás olvidaré. «Bienvenido», dijo y, sin dejar de sujetarle la cabeza a mi hermano, hizo un gesto a sus compañeros para que se acercaran. Y se me ocurrió que esa bienvenida era también para mí. Y para el tío Sócrates. Y para Padre y Madre. Y para los hombres y mujeres que habían participado en la búsqueda. Porque Baruc no era el único que había resucitado aquella tarde de agua y pánico. Habíamos resucitado todos.

Las crisis dignifican y suben de rango a quienes las padecen. Luego, cuando pasan, dejan que cada cual siga siendo lo que es. Yo no me considero una excepción. Repasando los hechos, me doy cuenta de que durante el tiempo que Baruc estuvo huido me conduje con más madurez de la que me correspondía. Ayudé en todo lo que pude a mis padres. Salvé con entereza mi primera noche de mal dormir. Pegué con ejemplar prontitud los carteles del tío Sócrates. Y no sólo participé como un adulto más en la búsqueda, sino que guíé a mi grupo hasta la Isla y continué corriendo río abajo cuando los demás ya se habían rendido. La crisis me hizo audaz. Me engrandeció. Pero en cuanto acabó todo, en cuanto Baruc recobró la conciencia y vi alejarse el peligro, volví a mi tamaño normal. A mi reducida piel de púber corriente. Tuvo que ser eso lo que pasó. De otra forma no me explico cómo, después de semejante susto, pude pasarlo tan bien en el coche patrulla, camino del hospital.

Íbamos muy deprisa, dando bandazos entre el tráfico para no despegarnos de la ambulancia. En las curvas chirriaban los neumáticos y en una ocasión, al rodear la plaza del Reloj, incluso derrapamos un poco. El tío Sócrates pasó un mal rato. Hizo el viaje en tensión, aferrado al asidero que había sobre la ventanilla. «Pensé que nos matábamos», dice. Yo en cambio estaba extático y en lo único que pensaba era en las ganas que tenía de que llegara septiembre para poder contar en clase que había atravesado la ciudad en un coche de la policía. Todo me parecía fascinante. Los aullidos de la sirena. Las voces crujientes que llegaban a través de la radio. El olor a cuero húmedo. A emergencia. A ley. La muda concentración del agente pelirrojo, que iba al volante. Los grilletes que colgaban del cinturón de su compañero. Y, especialmente, el saber que allí mismo, justo donde yo estaba sentado, habían viajado cientos de malhechores. He tardado mucho en entender aquel entusiasmo. Y me sorprende porque, ahora que lo he hecho, la explicación me parece obvia. Es el eterno idilio entre la juventud y las emociones fuertes. Entre la inocencia y el mal en abstracto.

Pese a los esfuerzos del policía pelirrojo, la ambulancia nos dejó atrás en la calle Colón. A la altura de los juzgados el tráfico se espesó de golpe y no pudimos seguirla. Los últimos cien metros los recorrimos muy despacio, casi a rastras. Recuerdo que seguía lloviendo, aunque con menos rabia. Ya no eran las trombas airadas que nos habían azotado en el río, sino una llovizna leve, casi piadosa, que apenas alteraba la superficie de los charcos. Cuando por fin llegamos al hospital, ya habían metido a Baruc en Urgencias. En la sala de espera, el sanitario que lo había salvado nos aseguró que estaba bien. «Sólo van a hacerle unas pruebas —dijo—, por si acaso.» Entonces se fijó en mí. Me cogió la barbilla y estudió de cerca mi rostro arañado.

—Ven conmigo, anda —dijo y, apoyando la mano en mi espalda, empujó una puerta batiente que daba a un largo pasillo.

El tío Sócrates intentó seguirnos, pero el sanitario le pidió que por favor esperase fuera. Antes de perderme en las entrañas del hospital vi cómo se sentaba, empapado y dócil, en una butaca de plástico gris. Aparte de él, sólo había dos personas en la sala: un anciano que no paraba de toser y una mujer con el pelo muy corto que, a juzgar por el parecido, debía de ser su hija. Todavía era pronto —las siete—, pero a causa de la tormenta habían tenido que encender las luces y parecía de noche. De la calle llegaban el rumor de la lluvia y los bocinazos del tráfico. Bañado por el macilento brillo de los tubos fluorescentes, el tío Sócrates me miró con ternura. Así supe que había cambiado. Que, fuera quien fuera ahora, ya no era el hombre que ganó a Bobby Fischer.

La sala de curas estaba al final del pasillo. Era un espacio rectangular pintado de blanco, ocupado por una camilla, un biombo de dos cuerpos, una banqueta cromada, un negatoscopio, una lámpara con lupa y una vitrina llena de material médico. Lo recuerdo con detalle porque, al verme tan mojado, el sanitario mandó mi ropa a secar a la lavandería del hospital y después de la cura pasé un rato tumbado en la camilla esperando a que me la devolviesen, sin otra cosa que hacer que fijarme en lo que me rodeaba. Mientras tanto usé el pijama que me trajo una enfermera. Azul. Con un botón de menos y la chaqueta de distinto tono que los pantalones. La mayoría de los rasguños eran superficiales y bastó con desinfectarlos con agua oxigenada y mercromina. Pero el de debajo de la oreja hubo que suturarlo. «No te preocupes —dijo el sanitario—, no será más que un momento.» Pero a mí me pareció una eternidad. Tengo pánico a las agujas. A los nueve años me diagnosticaron una fiebre reumática leve y hasta los once recibí en casa la visita quincenal de un practicante llamado Monsalve. Es curioso, pero en mi memoria siempre lo veo en verano, con una camisa de manga corta y un pequeño bolso de mano amarrado a la muñeca con una correa de cuero. Era tal el pavor que me causaban sus inyecciones, que en cuanto oía sonar el timbre corría a refugiarme donde podía. Por lo general bajo la cama de mis padres. Pero también en la despensa. O detrás de la puerta del cuarto de estar. Incluso en el cesto de la ropa sucia, si estaba vacío. No servía de nada. Antes o después Madre me encontraba y me llevaba agarrado del brazo a la habitación. En defensa de Monsalve he de decir que era rápido y no se recreaba en mi sufrimiento. En cuestión de segundos me limpiaba el glúteo con un algodón empapado en alcohol, preparaba la disolución de penicilina, eliminaba las burbujas de aire de la jeringuilla y me pinchaba mientras me preguntaba qué tal me iba la vida. El dolor no me dejaba responder. Era como si me estuvieran inyectando fuego. Una irrigación de lava, de cristales al rojo vivo, que se extendía por mis músculos como una insidia y me obligaba a apretar los dientes y los ojos. Para cuando amainaba el ardor, Monsalve ya se había ido. Sin respuesta. Hasta después de quince días. Y fue eso, las inyecciones odiosas, lo que me vino a la mente cuando el sanitario me acercó a la cara la jeringuilla de la anestesia. Mi primera reacción fue dar un respingo. «Tranquilo —me dijo—, no te vas ni a enterar.» Pero no le creí. Soporté el pinchazo sin dignidad, temblando y gimiendo como un niño acobardado. Luego, al verle montar la aguja quirúrgica en el portaguñas, empecé a marearme. Aguanté con dificultad los tres primeros puntos de sutura. No me dolía, es cierto, pero sentía las perforaciones de la aguja y los tirones de la carne. En el cuarto punto —el último—, perdí el conocimiento. La sala se puso a dar vueltas. Luego, como el escaparate de Calzados Martínez, se fragmentó mil veces y se vino abajo con un fragor de vasos rotos. Una prueba más de que, tras la crisis, yo había encogido. De que había recobrado mi talla.

Entre el desvanecimiento y lo que tardaron en traerme la ropa, no volví a la sala de espera hasta las ocho. El tío Sócrates seguía sentado en la butaca gris, encogido, como un niño grande abandonado a su suerte. Madre estaba de pie, hablando con la enfermera que me había dado el pijama. En cuanto me vieron aparecer por la puerta batiente se acercaron los dos corriendo y me pasaron revista con una mezcla de alivio y espanto. Alivio porque ya estaba fuera. Espanto porque, con tanto arañazo y tanta mancha de mercromina, parecía un eccehomo. «No se asusten —dijo el sanitario—. Si no se toca las costras, en unos días estará como nuevo.» Y, despidiéndose con una inclinación de cabeza, salió a la calle y se subió a la ambulancia, que lo esperaba a la puerta. Entonces me di cuenta de que Madre y el tío Sócrates no estaban solos. Con ellos estaba también doña Gloria. Y Lupe Balmori. Y algunos de los vecinos que habían ayudado a buscar a Baruc en el río. Me rodearon. Me acariciaron el hombro. Me preguntaron cómo me encontraba y, al contrario que el metódico Monsalve, se quedaron a escuchar mi respuesta. «Bien. No ha sido nada», dije, quitándole

importancia a los cuatro puntos de sutura que latían como tambores bajo mi oreja. No se me ocurrió otra forma de reconquistar la dignidad. De restituir, aunque sólo fuera en parte, el decoro perdido en la sala de curas. «Vamos a ver a tu hermano», dijo Madre, resplandeciente de tristeza y orgullo. Y, arropado por la admiración unánime de los presentes, entendí de pronto una de las sentencias que más le gustaba pronunciar a la abuela Milagros: «Mentir no es mentir cuando se hace por supervivencia» .

El trayecto hasta la habitación de Baruc fue un vía crucis jalonado de espantos. Aunque los protocolos de la muerte no me eran ajenos —ya había estado en dos funerales—, nunca había pisado un hospital. Al abuelo Tomás el infarto lo había sorprendido en el sillón del cuarto de estar, mientras veía el telediario de las nueve. Fue, como él, una muerte impetuosa, exenta de tubos y agonías. La abuela Palmira estuvo ingresada varias veces, sobre todo al final, cuando la viudez y el cáncer de páncreas unieron sus fuerzas para consumirla, pero no permitió que mis padres nos llevaran a Baruc y a mí a visitarla. Eramos demasiado pequeños, decía, para asimilar tanto deterioro. Puede que tuviera razón. Gracias a eso, en el último recuerdo que guardo de ella no está batallando con la muerte, sino sentada en su mecedora de bambú, haciéndole un jersey al tío Sócrates. Tiene una toquilla sobre los hombros, las gafas apoyadas en el borde de la nariz, como siempre que hacía punto, y sonrío pensando en sus cosas. A Padre, a Madre y al tío Sócrates yo jamás los había visto enfermos. A Baruc sí, aunque nada grave. Alguna que otra gripe, agravada por las ganas de no ir al colegio. En cuanto a mí, quitando la fiebre reumática y los inevitables catarros, antes de aquella tarde de agosto sólo había estado malo una vez. Fue a los ocho años y la culpa la tuvo Toño Alija, un compañero de clase que me convenció para comprar a medias una bolsa de un kilo de barras de regaliz rojo. Nos ocultamos tras los arcos del patio, para no tener que compartirla con nadie, y nos la comimos entera en los treinta minutos que duraba el recreo. Toño tuvo suerte: pagó el exceso con un mero empacho. Yo salí peor parado. Cogí una infección intestinal que me petrificó las tripas y me tuvo dos días en cama entre calambres y vómitos. Y eso es todo lo que, a los trece años, yo sabía de los hospitales y la enfermedad. Hasta ahí llegaba mi conocimiento de la decadencia y los males del cuerpo cuando Madre me quitó el pelo de la cara, me besó en la frente y me llevó a ver a Baruc.

A lo largo del pasillo que unía Urgencias y el vestíbulo del hospital había aparcadas tres camas con ruedas. En la primera descansaba una muchacha sin pelo, con una gran depresión violácea en la mitad derecha del cráneo. Sobre la frente tenía un costurón de hilo negro de unos quince centímetros de longitud que le daba un tétrico aspecto de muñeca remendada. En la segunda cama yacía una anciana macilenta. Tenía la piel amarilla, del mismo tono que la cera, y emitía un gemido agudo y constante. Sobre la tercera había un bulto cubierto con una sábana. Madre murmuró algo que no entendí, se santiguó, me rodeó los hombros con el brazo y apretó el paso. Antes de salir al vestíbulo vimos a un médico hablando con una mujer. Era muy bajo y tenía una cara anodina. Uno de esos rostros sin atributos que hacen que quien lo porta pase inadvertido en la calle. En el mundo de los sanos. Pero allí, en el templo de la enfermedad, aquel hombre vestido de verde, con el estetoscopio colgado del cuello, parecía un ser todopoderoso. La mujer escuchaba muy seria, con los brazos cruzados. De pronto volvió la cabeza y miró horrorizada hacia el bulto de la tercera cama. Palideció, dejó caer los brazos sobre los costados y se desplomó como una marioneta sin hilos. Quedó tendida boca abajo, con las piernas torcidas y un zapato quitado. Madre y el tío Sócrates se acercaron a socorrerla, pero el médico los detuvo con la mano y, en un tono tajante, dijo que él se ocupaba. La escena me impresionó tanto, que del paso por el vestíbulo apenas recuerdo nada. El calor. El aroma a ciudad llovida que entraba a ráfagas por las puertas automáticas. Y un paciente en bata y zapatillas

mirando la lluvia con las manos en la espalda. Al llegar a los ascensores, tuvimos que dividirnos. Éramos muchos —con nosotros venía el grupo que me había esperado en Urgencias— y no cabíamos todos en el mismo. Arriba, en el hall que daba acceso a los pasillos de la tercera planta, estaban los demás. En total unas cincuenta personas empapadas, con los zapatos llenos de barro. Al vernos aparecer tras las puertas del ascensor dejaron de hablar y, echándose a un lado, nos abrieron paso. Si cierro los ojos, aún puedo oler la tibia humedad de su ropa y sentir cómo se rompe el barro bajo mis zapatos náuticos. Oigo también a Leo que dice «Bien hecho, valiente» y las voces de Madre y el tío Sócrates dando las gracias mientras cruzamos el gentío, pidiendo a todos que por favor vuelvan a casa. Y por fin, después de tanta incertidumbre y tanta angustia, me veo avanzando por un pasillo desierto y empujando la puerta entrecerrada de la habitación de Baruc.

Estaba sentado en el borde de la cama, cenando, con un pijama igual que el que me habían dado en Urgencias. Me miró con la boca llena y sonrió. Parecía cansado. Pero no como cuando pescábamos barbos en la Isla, ni como cuando volvía a clase después de jugar al fútbol en el recreo. Éste era un cansancio distinto. Más hondo, me pareció a mí. Más adulto. Por lo demás, no había señales visibles del susto que le había dado el río. Frente a él, sentado a medias en la cama vacante y aferrado a un soporte con ruedas del que pendía un gotero, estaba Padre. El pijama le quedaba grande. Tenía el rostro demacrado y había perdido el porte de galán de cine que tanto le gustaba a Madre. «Hola, hijo —dijo, y me acarició débilmente el pelo—. Me han dicho que te has portado como un valiente.» Junto a la pared, hundidos en dos butacones, estaban la abuela Milagros y el abuelo Rafael.

Se levantaron enseguida —ella con la mano en la boca y los ojos espantados, él chasqueando la lengua y negando una y otra vez con la cabeza— y escrutaron mis heridas.

—Pero ¿qué te ha pasado? —dijo la abuela.

—Son sólo unos rasguños —dije yo.

Y la abuela enmudeció. No halló qué decir ante la debacle que, sin saber cómo ni por qué, se había desatado en su familia.

—¿No le dices nada a tu hermano? —me dijo Madre.

Entonces fui yo quien se quedó sin palabras. Quería decirle tantas cosas. Quería decirle que le había echado de menos. Que por favor no volviera a escaparse. Que sin él todo era silencio. Que me hacía falta su sombra protectora. Que sentía no haberlo salvado antes, cuando le vi cruzar la calima desde la ventana. Que le admiraba. Que le quería. Me habría gustado decirle eso y más, pero las palabras me dieron la espalda y, después de un gran esfuerzo, lo único que salió de mi boca fue: «¿Cómo es el Ogro de cerca? ». Todos se rieron. «Es un buen hombre», dijo Baruc y, entre bocados y sorbos de agua, nos habló de la noche que había pasado en el río. Mientras hablaba, tuve la sensación de que hacía mucho que no nos veíamos. Me pareció que había estado muy lejos, en lugares a los que yo nunca iría, y que a partir de ahora íbamos a tener que aprender a conocernos de nuevo.

Poco antes de las nueve entró una enfermera a llevarse la bandeja. Era muy joven, morena, con unos coloretos tan nítidos que parecían pintados. Al salir miró el reloj y, en un tono comprensivo pero firme, dijo que se había acabado el horario de visitas. Padre y Baruc iban a pasar la noche en el hospital. Baruc estaba bien. Las pruebas no habían

detectado daños internos, pero el médico que lo había visto quería ser prudente y había decidido tenerlo una noche en observación. En cuanto a Padre, se sentía débil y aún tenía fiebre. Había bajado a ver a Baruc desobedeciendo al internista —que le había prescrito reposo— y burlando la vigilancia de las enfermeras. Los primeros en irse fueron los abuelos. Después de besarnos a todos cogieron sus cosas —el bolso, el bastón, el paraguas— y salieron cogidos del brazo. Ya en el pasillo la abuela Milagros suspiró y, pensando que no la oíamos, dijo: «No hay nada peor que las enfermedades del alma». Me he acordado mucho de esa sentencia. Puede que la pronunciara al tuntún, pero yo prefiero creer que sabía de qué hablaba. Que lo dijo porque conocía bien a su hijo y podía ver en su rostro demacrado lo que los demás no veíamos. Después de los abuelos se fue el tío Sócrates. Había estado todo el rato junto a la puerta, para no llenar de barro la habitación. Dijo que iba a ducharse ya cambiarse de ropa, y que más tarde se pasaría por casa. Pese al aviso de la enfermera, Padre no quería volver a su habitación. Madre insistió. «Tienes que descansar», dijo y, cogiéndolo del brazo, le ayudó a levantarse. Al verlo en pie, me dio la sensación de que se había hecho viejo en un día. No lograba erguirse del todo, como si la debilidad hubiera puesto un tope a su estatura. Le temblaban las manos. Y de no ser por el apoyo de Madre y de la barra del gotero, yo creo que se habría venido abajo. «Quédate con tu hermano. Ahora vuelvo», me dijo Madre. Aún no habían alcanzado la puerta cuando, con un hilo de voz, Baruc dijo:

—¿Vais a castigarme?

Se había tumbado en la cama, vencido al fin por el agotamiento.

—No, hijo. Ya hemos tenido todos bastante castigo —dijo Padre.

Durante varios segundos oí alejarse las ruedas del soporte del gotero. Luego me volví hacia Baruc y le pedí que me contara más cosas, pero no me respondió. Se había quedado dormido.

Esperé un rato. Lo que tardaron el tedio y la inquietud en obligarme a salir al pasillo. Miré a ambos lados, como si fuese a cruzar una calle. Olía a sopa y a medicina. Dos habitaciones más abajo, pegado a la pared, había un carro lleno de bandejas con restos de comida. Algún paciente estaba viendo el telediario. La voz del locutor, atenuada por los muros y la distancia, flotaba en el aire como un murmullo sin dueño. De algún lugar llegó una risa. Por el tono —agudo y algo infantil—, pensé que podía ser la de la enfermera de los coloretos. Al echar a andar percibí un zumbido que me había pasado inadvertido hasta entonces. Un gruñido envolvente y eléctrico, que me hizo sentir que caminaba por las tripas de un animal gigantesco. En el *hall*, una mujer con una bata azul fregaba el barrizal que había dejado la gente. Cada vez que escurría la fregona en el cubo, emitía un suspiro quejumbroso. Me detuve. No sabía adonde ir. A la izquierda, según indicaba un cartel, se hallaban los quirófanos. Frente a mí, más allá de los ascensores, se extendía otro pasillo con habitaciones. Y a la derecha había unas puertas de cristal que daban a las escaleras. Me disponía a volver con Baruc cuando me pareció oír un susurro. Esperé atento. Al cabo de unos instantes lo oí de nuevo. Una voz femenina y urgente. Me acerqué a las puertas despacio, con cuidado para no pisar las baldosas fregadas. Miré a través del cristal. En el rellano estaban mis padres. Padre tenía la espalda apoyada en la pared. Con una mano agarraba la barra del gotero y con la otra le acariciaba a Madre la cintura. Madre estaba abrazada a él y, llorando convulsamente, decía: «Gracias, gracias, gracias...».

Dicen que somos lo que recordamos. Si eso es verdad, yo soy lo que viví durante aquellos dos días de agosto. Soy el bochorno. Soy Baruc llegando tarde a comer. Soy la bofetada de Madre. Soy el silencio. La espera. Las palabras que nadie dice. Soy el Capitán Trueno. Soy la noche en blanco y los dibujos que hacen las farolas en el techo de la habitación. Soy Padre dormido en el sofá. Soy los bigotes de agua blanca del camión de riego del ayuntamiento. Soy la Isla. El río inmóvil. La caña de pescar y el macuto en la caseta del embarcadero. Soy la sangre en el filo del cuchillo y una urraca posada en un cable de la luz. Soy los carteles del tío Sócrates y el pastel de manzana de Lupe Balmori. Soy el cielo negro. La lluvia rebotando en el río. Las zarzas y el barro. Soy Baruc encallado en un parche de juncos. Soy los grilletes en el cinturón del policía. Soy la anestesia. Soy un bulto cubierto con una sábana. Pero también soy lo que sé y lo que me han contado. Soy los cabos sueltos. Los hilos que se desprenden del tejido de esta crónica. Soy Ulises. Soy Elio Infante. Soy el Ogro.

A Ulises intenté localizarlo en el año dos mil. Quería oír su versión. Discernir con claridad cuál había sido su papel en lo ocurrido. Pero fue imposible. No pude buscarlo en la guía telefónica porque ignoraba sus apellidos. En el supermercado nadie había oído hablar de él, ni siquiera los empleados más antiguos. Para entonces ya hacía tiempo que el hotel Avalón no existía. Preguntando aquí y allá logré contactar con un hombre —Fedro Cisneros— que había trabajado en la recepción desde mediados de los setenta hasta el derribo. El mismo hombre que Padre debió de ver a través de la puerta giratoria aquel mediodía de agosto, poco antes de que el sol lo fulminase. Lo llamé sin esperanza, consciente de que por ese camino iba a ser difícil conseguir nada. No tenía constancia de que Ulises hubiera estado en el hotel. Y si estuvo, ¿cómo iba a acordarse Fedro Cisneros de un cliente de hacía veinte años? Y sin embargo, se acordaba. «Sí, hombre, Ulises», dijo, como si se alegrara de que por fin alguien le preguntase. Primero me lo describió, para confirmar que hablábamos de la misma persona. Alto, con la tez muy pálida y los ojos un poco achinados. «El mismo», dije yo. Entonces me habló de él. Me dijo que había empezado a ir al hotel en el verano del ochenta. Siempre los martes. Siempre la misma habitación: la ciento cuatro. Al principio pensó que era lo que parecía. «Ya sabe usted. La cita semanal con la amante. Eso en el Avalón era el pan nuestro de cada día.» Pero con el tiempo se dio cuenta de que tenía que ser otra cosa. Ulises entraba y salía solo. Llegaba antes del mediodía y cuando se marchaba, a eso de la una, dejaba la habitación intacta. Ni un objeto desplazado. Ni una silla fuera de sitio. Ni una arruga en la cama. «Como si no hubiera estado nadie. O peor aún, como si hubiera estado un fantasma.» En diciembre, espoleado por la intriga, Fedro Cisneros echó a un lado la discreción y se decidió a preguntarle la próxima vez que lo viera. Pero no hubo ocasión. Una tarde en que él no estaba de servicio, Ulises llamó para cancelar la reserva y ya nunca volvió. «Me quedé con ganas de saber qué hacía», dijo Fedro Cisneros antes de despedirnos, y yo no creí oportuno explicarle que no hacía nada. Sólo esperaba.

Lo que sé de Elio Infante me lo ha contado él, aunque no faltan fuentes para saber lo que hizo. Pasó el martes lidiando con la vergüenza. Durante el desayuno no se atrevió a mirar a Elvira a la cara. «Me sentía sucio —me dijo—. Indecente.» Luego, en el bar del casino, sirvió cafés y ensaimadas envuelto en una nube de desprecio hacia sí mismo. No reconocía al hombre que, la noche anterior, había salido a la calle armado con una navaja. No lograba quitarse de la cabeza los ojos de aquel muchacho. Su ropa de misa. Su gesto obsceno. Su grito de animal amenazado. A la hora de comer llamó a Elvira desde el teléfono del bar y le mintió. «Hay mucho trabajo y tengo que

quedarme», le dijo. Comió un pincho de tortilla en la barra. Luego subió al primer piso, entró en un salón desierto y se sentó en un sillón forrado de terciopelo rojo. Quería luchar a solas contra las ganas de estar muerto. Quería abrazarse a su propia infamia y debilitarla hasta que ya no le doliera. Pero había pasado la noche en blanco y el sueño llegó antes que la paz de espíritu. Soñó que llovía negro. El agua oscura lo ponía todo perdido y convertía las calles en arroyos de tinta china. Cuando despertó, vio a través del ventanal el cielo cubierto y entendió que el sueño había sido una premonición. Bajó al bar y, atenazado por la amargura, siguió trabajando.

A lo largo de la tarde se fue encontrando mejor. La vergüenza se hizo a un lado. No del todo. Lo suficiente como para que pudiera sentir otras cosas. Sintió alivio. Sintió que el asesinato fallido de la noche previa le había aniquilado la rabia. Sintió algo que se parecía bastante a la calma. A eso de las seis empezó la lluvia. Al ver los hilos de agua clara que corrían por los cristales, comprobó que el sueño se había equivocado y sonrió. Pensó que aún no era tarde. Que había luz más allá de la tormenta. Que después de tanto dolor, de tanta negrura, la vida podía comenzar de nuevo. A las ocho llamó otra vez a Elvira y le propuso ir a cenar al restaurante Palermo. «Ese al que íbamos cuando éramos novios, ¿te acuerdas? », le dijo. Elvira se mostró reacia. Dijo que era martes. Que estaba lloviendo. Que no tenía ganas...

—No podemos morirnos tan pronto —dijo Elio Infante.

—No sé.

—Haz un esfuerzo.

—¿Seguirán poniendo esa lasaña tan rica?

—Seguro que sí. Paso a recogerte a las nueve.

—A las nueve, entonces.

Elio Infante guardaba el coche en un garaje de la calle Galilea, a medio camino entre su casa y el casino. Sólo eran cinco minutos andando, pero la lluvia hizo que pareciesen más. No tenía paraguas, así que para no mojarse tuvo que avanzar esquivando a la gente que se apelotonaba bajo los toldos y las cornisas. Antes de recoger a Elvira, quería estar un rato con su hijo. No en el cementerio —allí era difícil imaginárselo vivo—, sino en la llanura del norte. En los trigales que crecían más allá de las últimas casas, al otro lado de la carretera de circunvalación. El y Lolo habían estado allí una vez, cuando Lolo era un niño. Venían de algún sitio y al pasar se quedaron atónitos contemplando el océano de espigas verdes que se extendía desde el borde de la carretera hasta la difuminada costura del cielo. En un extremo de la llanura, casi tocando el trigo, estaba el sol. Gordo. Sanguíneo. Resistiéndose a ponerse. En el otro flotaba una luna amarilla y rotunda. Elio Infante detuvo el coche en el arcén, cogió a Lolo de la mano y lo llevó al centro del milagro. Pasaron un rato persiguiéndose entre las espigas, dando vueltas sobre sí mismos con los brazos abiertos, aullándole al sol que se iba y a la luna que llegaba. Hasta que por fin se impuso la noche y tuvieron que marcharse. Allí quería ir Elio Infante para estar con su hijo. Para sentirlo. Para hacerle saber que, después de tanta amargura, de tantos años sin lustre, su madre y él deseaban volver a estar vivos.

Nada más salir del garaje, paró de llover. Liberadas de su carga, las nubes aflojaron su abrazo y dejaron que se abrieran resquicios de luz en la grisura. Elio Infante apagó el limpiaparabrisas y, mientras sorteaba los atascos del centro, se le ocurrió que después de cenar podía llevar a Elvira al café La Bohème. Hacía más de quince años que no

iban. Era una buena forma, pensó, de sellar el inicio de su resurgimiento. Bajó la ventanilla y dejó que entrara el fragante aliento de después de la lluvia. Pasó la avenida de Marte y, a salvo ya de los agobios del tráfico, atravesó con calma los polígonos industriales de las afueras. Poco antes de alcanzar la rotonda que daba acceso a la carretera de circunvalación, un semáforo en rojo lo obligó a detenerse. Miró a su izquierda. A las naves de cemento pintado, con tejados de uralita que parecían flotar sobre el agua estancada. Luego, distraídamente, se volvió hacia la ventanilla del copiloto y el corazón le dio un vuelco. Vio a un chico con una mochila azul caminando ante la fachada de una fábrica de muebles. Detrás, a varios pasos de distancia, iba un mil leches empapado. «Es él», pensó. El semáforo se puso verde, pero él no se movió. Se quedó mirando cómo el muchacho llegaba a la esquina, giraba a la derecha y se alejaba pisando los charcos por una avenida inhóspita. Una furgoneta le pitó para que arrancase. Puso el coche en marcha y avanzó muy despacio, volviéndose a cada instante para intentar ver adónde iba el chico. Al entrar en la rotonda, pensó en Elvira. En el fin del desconsuelo. Supo con absoluta certeza lo que debía hacer. Debía seguir adelante y tomar la carretera de circunvalación. Debía hablar con su hijo en el trigal de la llanura del norte. Debía cenar con su esposa. Debía vivir. Pero no lo hizo. Empujado por un impulso ciego, más fuerte que su voluntad, pasó de largo la salida, dio la vuelta a la rotonda y tomó una vía de servicio que lo llevó hasta la fábrica de muebles. Oteó nervioso la avenida inhóspita. Escudriñó las aceras levantadas. Los camiones chorreantes aparcados junto a los bordillos. El gran charco negro veteado por un arco iris de aceite que llenaba el centro de la calzada. Pero ni rastro del chico. Recorrió el lateral de la fábrica deseando no encontrarlo. Pidiéndole a Dios que hubiera desaparecido. En vano. En el primer cruce miró a su derecha y allí estaba. Unos veinte metros calle abajo. De espaldas. En cuclillas. Atándose el cordón de una bota mientras, en la acera opuesta, el perro hundía el hocico en un contenedor de basura volcado. Paró el coche. Aún podía irse, pensó. Sólo tenía que pisar el acelerador y volver a la carretera. Sencillo. Pero no pudo. «Dale una oportunidad más», se dijo. Entonces apoyó la frente en el volante, cerró los ojos y contó hasta diez. Al abrirlos de nuevo, comprobó con desmayo que el chico seguía allí. Puso el freno de mano, se bajó del coche y echó una ojeada a su alrededor. La avenida estaba desierta. Lo único que se movía en ella eran los regueros de agua de lluvia que corrían hacia los desagües y los destellos que, al asomarse entre las nubes, el sol le arrancaba al pavimento. Rodeó el morro del coche y encaró la calle. En la esquina había una obra. Una edificación a medio levantar, envuelta en un andamio salpicado de cemento y pintura. Sobre la acera había una pila de ladrillos. Al fondo, desleída por los vapores de la tormenta, se alzaba la ciudad. Entre medias, la calle yerma. Un largo corredor flanqueado de silencio y fachadas impasibles. El perro seguía husmeando en la basura. El chico se irguió, se ajustó la mochila al hombro y empezó a andar. Elio Infante hizo un último esfuerzo por oponerse a sus instintos.

«Vuelve al coche», se dijo. Pero en vez de eso, cogió un ladrillo de la pila y fue hacia el chico. Al principio despacio, con una indecisión agónica. Luego a la carrera. Rojo de rabia. Con el brazo echado hacia atrás.

Dispuesto a morir del todo.

—Fuera —dijo el policía pelirrojo.

El Ogro estaba sentado en el banco de cemento, observando cómo las nubes se dispersaban y la ventana de la celda volvía a llenarse de azul.

—¿Y Baruc? —dijo.

—Qué pasa con Baruc.

—¿Lo han encontrado?

—Sí. Por qué te crees que te dejamos marchar.

—¿Está bien?

—Perfectamente. Venga, largo.

El Ogro apoyó las manos en el borde del banco y se puso en pie con un gemido de dolor. Se palpó la rodilla. Le pareció que la hinchazón había aumentado.

—Es para hoy —dijo el policía.

Empezó a andar con cuidado, tratando de no apoyarse mucho en la pierna mala. Antes de llegar al vestíbulo, el policía lo detuvo y le dijo que no se metiera en más líos. Que no quería volver a verlo por allí. Lo dijo muy alto, para que sus compañeros lo oyeran, en un tono autoritario y burlón. El Ogro no dijo nada. Atravesó el vestíbulo, salió a la calle y, ajeno a las expresiones de desagrado de la gente con que se cruzaba, regresó al río.

La crecida había tapado las barcas y las partes bajas del muelle, pero no había entrado en la caseta. Se había quedado a la puerta. Mansa. Como un perro esperando a su dueño. El Ogro observó sin pena el revoltijo de sus posesiones. Luego cumplió paso a paso el plan que había trazado en el calabozo. Hizo lo que había decidido hacer si Baruc se salvaba. Primero buscó unas tijeras y se cortó la barba y el cabello. Como no tenía espejo, lo hizo al tacto, pasándose la mano para comprobar que quedaba igualado. Los restos de barba se los afeitó con una maquinilla gastada y una pastilla de jabón que rescató del desorden. Luego se quitó los harapos y, sentándose en la orilla del muelle, se metió desnudo en el agua. Se bañó despacio en la corriente terrosa. Se jabonó la cabeza. Las heridas. La piel clara como el yeso. El corte de la mano había dejado de sangrar, así que desenrolló el trapo que lo envolvía y dejó que se lo llevara el río. Para aclararse, se agarró al borde del muelle y se sumergió varias veces. Se secó al aire. Con los ojos cerrados y los brazos y las piernas un poco abiertos, para que el sol intermitente de después del chubasco pudiera acariciarle sin trabas. A continuación se vistió. De la ropa que guardaba en el carro eligió unos pantalones grises de pinzas, una camisa blanca con rayas granates, arrugada pero digna, y unos castellanos color burdeos que había encontrado hacía meses junto a la valla del Club Hípico. Entonces dudó. Había pensado quemarlo todo antes de irse. Borrar sus huellas con fuego. Pero en el último momento prefirió dejar la caseta como estaba. Lo que le había servido a él, pensó, podía servirle a otros. Salió por última vez al muelle y, recogiendo los pantalones para que no se le mojasen los bajos, tomó el sendero que subía hasta el puente del Perdón. Una vez arriba, en la calle, echó a andar hacia la estación de trenes. Regresaba a Barcelona. A tratar de corregir sus errores. A subsanar, si le dejaban, todo el daño que había hecho. En la subida los zapatos se le habían

manchado de barro. Mientras los limpiaba, frotándolos contra la hierba que rodeaba un árbol de la avenida de Marte, pasó aullando una ambulancia.

—Alguien se muere —dijo.

El aullido perdió fuerza y se disolvió en la distancia.

—Y si no es ése, será otro.

***This file was created
with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
05/03/2012***

Dejo el bolígrafo sobre el cuaderno abierto, me levanto de la silla, rodeo el escritorio y me acerco a la ventana. Es de noche y hay niebla. La calle flota en un limbo de gas amarillo en el que apenas se distingue nada. La silueta de una casa. El esqueleto de un árbol. Sombras de sombras. Toco el cristal helado y de nuevo me pregunto el porqué de esta crónica. Viene a mi mente lo que de verdad sucedió. Lo que no quiero recordar pero recuerdo a cada instante. El sanitario de rodillas, exhalando lluvia mientras presiona el pecho de mi hermano, y mi hermano que no vuelve, no vuelve, no vuelve... Después el silencio de todos. El tío Sócrates apretándome contra su pecho. El estruendo victorioso del río. Carraspeo y, en voz alta, como un actor ensayando un monólogo, le digo a la niebla lo que ya sé, lo que siempre he sabido: que necesitaba cómplices para poder corregir el pasado. Algo se mueve en la calle. Fuerzo la vista y vislumbro a un hombre en bicicleta. Avanza despacio, encogido por el frío. Lo sigo hasta que desaparece. Luego vuelvo al escritorio y me dejo caer en la silla. Aparto el bolígrafo. Cierro con cuidado el cuaderno. Apago el flexo. Sumido en la aterradora oscuridad final, me oigo decir que he escrito esta crónica para salvar a Baruc. Para salvarnos a todos.